

# LOS *Borgia*

HISTORIA DE UNA AMBICIÓN

*Juan Antonio  
Cebrián*



# Los *Borgia*

HISTORIA DE UNA AMBICIÓN

*Juan Antonio  
Cebrián*

,

Este libro está dedicado a mi esposa Silvia y a mi hijo Alejandro,  
auténtica fuente inspiradora de mi particular Renacimiento vital.

# INTRODUCCIÓN

EN EL INCONSCIENTE COLECTIVO DE LOS HUMANOS PERDURAN, incomprensiblemente, algunos mitos históricos cubiertos por la oscuridad y el engaño. Un ejemplo de ello es, sin duda, el de la familia Borgia, representada durante siglos como paradigma de la perversión en aras de obtener poder y gloria a costa de lo que fuera. Hoy en día, si preguntamos a cualquiera por los integrantes de este clan español, que alcanzó una enorme dimensión en los tiempos de la Italia renacentista, con presteza surgirán tres nombres: César, Lucrecia y el padre de éstos, Rodrigo, más conocido como el papa Alejandro VI, último pontífice de origen hispano que ocupó el trono de Pedro (entre los años 1492 y 1503). Por añadidura, nuestro interpelado sumará al recuerdo de dichos personajes acciones malvadas asociadas a ellos como envenenamientos, asesinatos, traiciones, conjuras, ostentación, riqueza, lujuria... En todo caso, hechos terribles, cuya imagen el discurrir de los siglos ha aumentado de forma incontrolada hasta convertir a los Borgia en seres depravados impulsados por un afán maligno propio de las estancias infernales.

A decir verdad, nadie discute que los Borgia pudieran ser así. Pero, a fe de ser justos, no todo sucedió como nos lo contaron plumas y mentes más o menos condicionadas. La vida de los Borgia se deformó y tergiversó por parte de algunos enemigos declarados, pertenecientes a dinastías rivales que no repararon en esfuerzos difamatorios a la hora de vilipendiar uno de los apellidos más ilustres del Renacimiento europeo. El propio papa Julio II, uno de los sucesores inmediatos de Alejandro VI, se convirtió en el más obstinado detractor de este linaje español incardinado en el núcleo del poder vaticano. Más tarde, serían autores románticos del siglo XIX como Víctor Hugo o Alejandro Dumas los que se fijarían en los Borgia para el entramado dramático de sus obras, eligiendo como víctima propiciatoria a la bella Lucrecia, quien, muy a su pesar y sin posibilidad de defensa, soportó, una vez pasados los siglos, un injusto maltrato en su persona. Se la transformó en auténtica diablesa envenenadora al servicio de los intereses alzados por su parentela. Pocos conocían a Lucrecia Borgia en el siglo XIX. Sin embargo, todos, en especial los franceses, adoraban las obras de Víctor Hugo. No es de extrañar, pues, que al célebre autor de Los miserables se le concediera crédito cuando supuestamente recuperó la biografía de Lucrecia en una obra teatral de escasa calidad. Si bien el recuerdo de aquellas representaciones pasó al olvido, no en cambio la nefasta aura que desde entonces rodea a la hija del papa Alejandro VI. Desgraciadamente, todavía hay quien piensa que lo expuesto por los románticos del XIX poseía rasgos de verosimilitud histórica.

Bueno será que en estas páginas reivindiquemos el recuerdo fidedigno de los Borgia, una familia constituida en privilegiada embajadora de la fascinante época que los albergó.

La Italia del siglo XV era un hervidero cultural y político. En ese contexto, diferentes naciones y familias combatían por el control de aquella península sumida en un Renacimiento deslumbrante. En el sur, España extendía sus influencias, lo mismo que Francia en el norte. Entre ambas potencias, los Estados Pontificios y las pequeñas repúblicas pugnaban por la hegemonía de ricos territorios abiertos al comercio con el mundo conocido. En dicho conglomerado de intereses, el carisma del papa era evidente y poderoso, con escasos opositores

que osaran contravenir los dictados vaticanos, ya que aún quedaban algunos años para la explosión protestante en el centro de Europa. Mientras tanto, Italia seguía siendo el epicentro para las apetencias de los que movían el concierto internacional. Las dinastías poderosas constituían el eje en torno al cual giraban los acontecimientos más destacados del momento: los Sforza, Medici, Orsini, Colonna y otros como ellos dominaban de punta a punta una Italia protagonista de un siglo fundamental para la historia.

Roma, a finales del siglo XV, era poco más que un villorrio poblado por 80.000 almas que a duras penas conseguían integrarse en el milagro de una vida abandonada al recuerdo de un tiempo glorioso, en el que la Ciudad Eterna se arrogaba el derecho de ser la urbe emanadora de civilización. En 1492, buena parte del antiguo esplendor imperial se encontraba en ruinas, sepultado por la escoria o por las malas hierbas. Los ciudadanos romanos recuperaban estos restos, no para su restauración, sino más bien para el uso cotidiano o para las nuevas construcciones que se repartían por la capital del Tíber. El clima insalubre procuraba epidemias casi endémicas, como la malaria o la peste, y la llegada del asfixiante estío auguraba una nueva lista de fallecidos que se sumaban a los ocasionados por la guerra, las vendettas o la falta de higiene. No obstante, durante el periodo en el que los Borgia ostentaron el poder en los Estados Pontificios, un cierto bienestar llegó a los territorios de los que se enseñoreaban los valencianos. César, hijo predilecto del papa y heredero moral de éste, hizo gala de sus dotes para el gobierno y la guerra, siendo orgullo de su padre y modelo de Nicolás Maquiavelo, quien se fijó en el arrogante muchacho para diseñar el argumento esencial de su obra *El príncipe*, un texto en cuyas páginas se trazaron las líneas maestras de actuación para todo aquel que pretendiera gobernar un Estado con la herramienta de la fría razón ante cualquier impulso emotivo que obstaculizara el camino común de los pueblos.

En este libro quiero tratar de explicar con objetividad el especial universo que envolvió la trayectoria vital de los Borgia, desde sus orígenes en tierras aragonesas hasta su final en aquella hermosa Italia que se adentraba en la modernidad: los primeros años de Rodrigo Borja bajo el amparo de su tío Alfonso, futuro papa Calixto III; los once años de Alejandro VI en el trono de San Pedro; la formación de sus vástagos; amoríos, conjuras, vaivenes políticos, guerras, intrigas... O los matrimonios de Lucrecia, las amantes de Alejandro VI, el porte y la frivolidad de Juan Borgia, la soberbia luminosa de César, la discreción apocada de Jofré, los adversarios merodeadores de las estancias palatinas vaticanas y las luchas intestinas entre clanes que supusieron, dados los venenosos métodos empleados, un claro referente para las futuras mafias italianas, que aún siguen operando impunes en nuestros días. En fin, todo el esplendor y la miseria de un tiempo dominado por un escudo de armas en el que se podía contemplar la representación de un buey bermejo, símbolo de los Borgia, una de las familias más influyentes del Renacimiento, a cuyo servicio trabajaron y se inspiraron espíritus tan geniales como Leonardo da Vinci o Miguel Ángel Buonarroti.

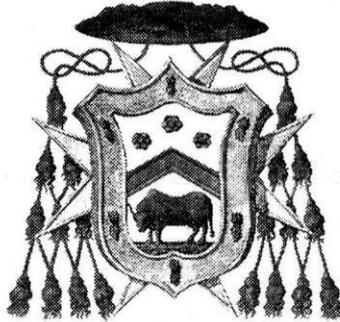
Entre pues sin temor en esta apasionante historia de la Europa moderna y descubra la verdad de una de las historias más asombrosas que vieron los tiempos. Es turno ahora para recuperar, sin complejos, la legítima memoria de los Borgia. Le aseguro que este libro puede ser el mejor antídoto ante un pertinaz envenenamiento histórico.

JUAN ANTONIO CEBRIÁN  
14 de julio de 2006

## FABULADA CARTA DE UN PAPA MORIBUNDO

*Yo, Rodrigo Borgia, consagrado papa Alejandro VI, sumo pontífice de Roma y vicario de Cristo en la tierra, estoy a punto de comparecer ante el Sumo Hacedor. Mi agonía se prolonga con tal exceso, que en ocasiones despeja el camino que conduce mi entendimiento mortal, dejando libre el corazón, atormentado por el dolor, físico y espantoso. Mi alma se agita convulsa ante la desesperación provocada por el mal intangible que se adueña de mi cuerpo. Mis ojos endurecidos por la enfermedad intentan escapar de mi rostro. Hace días que dejé de sentir las extremidades. Mi lengua, apéndice húmedo del que obtuve tanta satisfacción en prodigiosos discursos o en íntimas reuniones, es ahora un pedazo de carne inservible y grotesco. Apenas puedo moverme del lecho y tan sólo consigo, en lentos y dolorosos trasiegos, acercarme al reclinatorio en el que rezo por el futuro incierto que le espera a mi familia. Sí, precisamente ellos, mis adorados hijos, centro permanente de desvelos y alteraciones, símbolo vivo del poder Borgia, y que ahora llorarán desconsolados por la pérdida del padre que tanto les quiso. Hora es de ponerme a bien con Aquel que me eligió para tan digno laborar; hora es de alzar mi espíritu hasta los cielos y olvidarme con ello de la tortura terrenal. Poco importa ya mi deambular por el mundo de los humanos, y únicamente ansío la liberación del cuerpo a fin de paliar la terrible zozobra física a la que me veo sometido por culpa de una mente negra. El hedor que desprendo y que mis cardenales disimulan con escaso éxito invade la estancia que contempla mi declive. Estoy hinchado como un buey arrojado al Tíber y sé que todos esperan la muerte del papa de un momento a otro. En mi cabeza se aglutinan sensaciones, imágenes, recuerdos... ¡Ay, Dios! Cuán efímera es la existencia, y más breves aún sus instantes gozosos. Cuánto sufrimiento para alcanzar el poder, y con qué presteza se evapora una vez logrado. ¿Mereció la pena este empeño? ¿Serán los Borgia respetados tras mi óbito? ¿Cómo me recordará la historia?*

*Mi único deseo es que el trascender de los siglos no deforme este capítulo insignificante para el acontecer humano pero que, al fin y al cabo, condicionó mi vida. Tan sólo anhelo que la memoria de los Borgia sea evocada con la dignidad y honor de los que hicimos gala durante nuestro tiempo, aunque sé fehacientemente que esto no será así y que mis enemigos se esforzarán hasta el más mínimo detalle por tergiversar, trastocar y confundir a las generaciones venideras. Pero también estoy convencido de que, tarde o temprano, nuestra gloria sepultada resurgirá, y será entonces cuando se vigorice nuestro mensaje de esplendor, el mismo por el que se hablará de nosotros en las centurias que aún están por llegar. Hoy, 18 de agosto de 1503, entrego mi alma a Dios con la paz de aquel que ha culminado la obra encomendada. A El dejo, en Su infinita bondad, mi destino en el Reino que estoy a punto de conocer. No fui peor que otros e intenté transmitir un legado digno a mis sucesores. Ahora, llegado este momento decisivo, dejo que mi espíritu trascienda. Sólo quiero descansar, sólo descansar, mientras rememoro con la última lucidez mi vida, la vida de un Borgia.*



I PARTE  
EL ASCENSO DE UN LINAJE  
[1431-1492]

## EL ORIGEN DE UN APELLIDO

LA FASCINANTE HISTORIA DE LOS BORGIA —ITALIANIZACIÓN del apellido Borja— tiene su origen en el núcleo del antiguo reino de Aragón. Según parece, a fines del siglo V a. C. se levantó una pequeña aldea celtíbera cuyos habitantes primigenios bautizaron con el nombre de Bursau. Dicho enclave se situó en las tierras del actual cerro de la Corona, y no fue ocupado por los romanos hasta el siglo I a. C. Con los años, el villorrio original incrementó su censo poblacional gracias a una situación privilegiada, que permitía el comercio y el tránsito de las gentes hacia diferentes demarcaciones y más aún tras la fundación de Caesar Augusta (Zaragoza), una urbe vital para los intereses romanos que quedaba a unos 62 kilómetros al este de Bursau. Pero fueron las invasiones musulmanas las que otorgaron a la futura ciudad de Borja su periodo de mayor prosperidad. Ya en el siglo XII, los vientos de reconquista condujeron a las tropas de Alfonso el Batallador por las tierras aragonesas, y en 1128, el valiente monarca concedía a uno de sus mejores lugartenientes, el conde don Pedro de Atares (nietao del rey don Ramiro I), el dominio y gobierno de la antigua Bursau —ahora llamada Borja, un término árabe que venía a significar Torre del Castillo— por sus méritos en la guerra contra el islam. De ella tomaría el apellido. Desde entonces, numerosos colonos se asentaron en aquellas latitudes, entre ellos los linajes materno y paterno de una familia que daría mucho que hablar en la historia. No en vano de las diferentes mezclas y uniones endogámicas entre miembros del clan Borja surgirían grandes protagonistas para el Renacimiento europeo. En 1238, ocho representantes de la familia Borja acompañaron a Jaime I el Conquistador en sus luchas por reconquistar Valencia, y una vez más se distinguieron en las múltiples batallas que se dieron por el Levante hispano, lo que los hizo merecedores de un magnífico premio: la propiedad del castillo ubicado en la localidad de Játiva con abundantes y fértiles tierras de labranza. De ese modo llegó el asentamiento definitivo para buena parte del singular clan aragonés, que desde entonces se dedicó a mejorar su heredad con la incorporación de más y más huertas en un paisaje prodigioso, cubierto por extensas plantaciones de naranjos, limoneros y palmeras. En todo caso, los Borja, al margen de sus hazañas bélicas, constituían una estirpe de campesinos acomodados y libres de servidumbre a señor feudal alguno, lo que les permitió alcanzar una cierta posición social desde la que contemplaban la rica huerta valenciana a la espera de grandes acontecimientos para su linaje. Es curioso comprobar cómo, desde tiempos ancestrales, esta familia no tuvo inconveniente en la hibridación de sus componentes y, desde antiguo, muchos de ellos se emparentaron, acaso temerosos de una hipotética contaminación externa. Este detalle nos puede poner sobre la pista de futuras actuaciones en las que la conciencia de clase se convirtió en el motor de los fundamentales capítulos que jalonaron la peripecia histórica de los Borgia.

En cuanto a los abuelos y padres de Rodrigo Borja, futuro papa Alejandro VI, cabe comentar que los abuelos maternos fueron Francina y Domingo de Borja, matrimonio incardinado en la clase agraria de Játiva con cinco hijos a su cargo: Alfonso (futuro papa Calixto III), Isabel (madre de Rodrigo), Juana, Catalina y Francisca. Los abuelos paternos fueron, cómo no, también provenientes del

apellido Borja, sus nombres Rodrigo de Borja y Sibila Escrivá, padres de una prole en la que figuraba Jofré, casado a su vez con su prima Isabel, una unión que fructificó con la venida al mundo de seis vástagos: Pedro Luis, Rodrigo, Juana, Beatriz, Damiana y Tecla. Sobre el nacimiento de Rodrigo, no hay duda de que se produjo en Játiva en 1431. En cambio, sí se especula con el mes concreto en el que el futuro Alejandro VI hizo acto de presencia en este valle de lágrimas. A ese respecto, la mayoría de los investigadores se decanta por julio en detrimento de enero, mes defendido por unos pocos exegetas. Sea como fuere, sí parece que nuestro Rodrigo nació en plena madrugada, en un parto sin complicaciones que no ofreció mayores molestias a su feliz madre. En cuanto a sus primeros años de vida, poco sabemos: tan sólo que sus progenitores gozaban de un buen patrimonio económico, lo que les permitía mantener cuadra propia con cuatro equinos que servían no sólo para tareas del campo, sino también para pasear a sus dueños, y en ese sentido existe algún recuerdo del pequeño Rodrigo subido a lomos de un cuadrúpedo trotando por las calles de Játiva bajo la mirada orgullosa de su padre. Es de presumir que recibió, al igual que sus hermanos, la mejor instrucción posible de la época, aunque él se preparó de un modo especial, pues siendo segundo filogenético no estaba llamado a ser el heredero patrimonial. En cambio, siguiendo la costumbre del momento, se tenía que preparar para asumir la vida eclesial, lo que nos da una idea muy aproximada sobre la holgada situación económica de sus padres, los cuales se podían permitir el lujo de entregar un hijo varón al camino religioso y no a las duras condiciones del campo. No obstante, un hecho trastocó sensiblemente el discurrir de esta rama de los Borja. En 1437 falleció de forma inesperada Jofré, con lo que su viuda, acompañada de sus pequeños hijos, decidió trasladarse a Valencia para recibir el amparo y protección de Alfonso, hermano de Isabel y tío por tanto de Rodrigo. El futuro Calixto III era por entonces obispo en la capital del Turia y muy pronto asumió personalmente la educación de Rodrigo, orientando los pasos del jovencito hacia el ámbito de la Iglesia. Es por ello que con apenas siete años, edad mínima requerida para instruirse en las materias sagradas, Rodrigo quedó privado de la existencia cotidiana propia de los niños y abandonó juegos infantiles para iniciarse en la lectura de textos litúrgicos, cánticos en latín y rezos dominicales. De esa guisa permaneció hasta los dieciséis años de edad. Fue entonces cuando, gracias a la influencia de su prestigioso pariente ya convertido en cardenal, recibió una bula del flamante papa Nicolás V (1447-1455) en la que se le autorizaba a ejercer oficios de cierta altura administrativa, así como dignidades de gran calado eclesiástico, lo que le permitió entrar en el organigrama que ostentaba el poder en el cabildo de Valencia. El 17 de febrero de 1449, Alfonso de Borja obtuvo una nueva merced de Nicolás V, quien autorizó al cardenal valenciano a residir permanentemente en Roma, muy lejos de su jurisdicción. Esta decisión fue de facto un reconocimiento del sumo pontífice hacia uno de sus hombres de absoluta confianza, y empezó a clarificar el camino para que un español ocupara por tercera vez el trono de Pedro en la tierra. Como es lógico, y siguiendo la tradición vaticana, Alfonso de Borja reclamó en la Ciudad Eterna la presencia de amigos y familiares a fin de distribuir entre ellos cargos y puestos de relevancia. (Que a nadie extrañe esta medida, propia del más flagrante nepotismo, pues era regla no escrita entre todos los que se acercaban a los ambientes romanos dispuestos a prosperar en su escalada hacia la cumbre del poder.) Según se cree, en ese mismo año el cardenal Borgia (el apellido ya se había italianizado)

mandó llamar a su lado a sus sobrinos Pedro Luis y Rodrigo, dispuesto a encomendarles las primeras tareas de responsabilidad. El lugar elegido para que los jóvenes fijaran su residencia fue el convento-fortaleza de los Cuatro Santos Coronados, un recinto que sobrevive, asentado en las ruinas del antiguo Foro Romano, muy cerca de San Pedro del Vaticano. Los muchachos hicieron acto de presencia en Roma siendo poco más que adolescentes recién llegados de su Játiva natal. Ante ellos, el claroscuro de una otrora capital del mundo, venida a menos por mor de los acontecimientos históricos. Desde luego, aquella antigua metrópoli imperial sumida en los estertores tardomedievales apenas soportaba algún vestigio de su pasado impecable y orgulloso. Ahora la capital del Tíber difícilmente podía esbozar argumentos de grandeza, y eran más las ruinas desmoronadas que los opulentos edificios representativos de cualquier esplendor. En todo caso, los hermanos Borja, convertidos por la lingüística local en Borgia, transitaban esas calles teñidas de decadencia con la emoción del que se enfrenta a un mundo nuevo lleno de aventuras ignotas pendientes de conquista. Rodrigo era un guapo mozo de dieciocho años de edad, encantado con todo lo que le estaba ocurriendo gracias a la generosidad de su tío, transformado en príncipe de la Iglesia e insigne candidato a vestir algún día la púrpura vaticana. Según los cronistas, el joven valenciano era portador de un innegable carisma. Al atractivo físico se unía un seductor talante personal, que le permitía ser protagonista en diálogos decisivos para sonoras transacciones comerciales. Su afán por integrarse en la vida mundana contrastaba con su supuesta vocación religiosa, y no era difícil, según algunos, verle cantar en tabernas o correteando por burdeles de variada condición. Aunque, por otra parte, se me antoja que no hizo nada distinto a lo que hicieron otros de su dignidad. El muchacho tenía, a decir verdad, un significativo ascendiente sobre los demás, lo que provocó numerosos comentarios acerca de su personalidad marcada, sugerente y protagonista de aquel universo sumido en los primeros esbozos de modernidad. Roma, la mortecina Ciudad de las Siete Colinas, se abría a las tesis renacentistas y se buscaban en el pasado senderos de gloria que la resucitaran en su intento de volver a ser señora del mundo conocido y dominado por la curia católica.

## LA IGLESIA SUMIDA EN EL CAOS

La figura de Alfonso de Borja es fundamental para explicar la famosa trayectoria de su controvertida familia. No en vano fue el primero que abrió camino en Roma para una parentela muy arraigada hasta entonces en sus posesiones valencianas, sin más pretensión que la de prosperar en aquella corona de Aragón que miraba ilusionada hacia el Mediterráneo. Alfonso, hombre recto y humilde, alcanzó el papado en un tiempo dominado por la guerra contra el turco y las conjuras de los clanes tradicionales italianos, siempre ambiciosos de aumentar su poder a costa de lo que fuera, incluida la propia existencia de los Estados Pontificios, por entonces sumidos en una particular lucha por zafarse de abundantes movimientos opositores encabezados por diversos antipapas que respiraban aires cismáticos. En realidad, esta crisis de identidad había empezado a gestarse casi un par de siglos antes tras el sonoro fracaso de las ocho cruzadas emprendidas contra el islam por la posesión de Tierra Santa. Todo se acentuó cuando a principios del siglo XIV el magalómano papa Bonifacio VIII publicó en 1302 una encíclica titulada *Unam Sanctam*, en la que formulaba su pretensión de superioridad sobre todos los gobernantes cristianos y, por ende, la tierra entera. En todo caso, un documento muy exagerado en el que el sumo pontífice romano enarbolaba su prepotente voluntad de sólo rendir cuentas ante Dios como único ser superior a él en el mundo habitado por los hombres. Como es lógico, esta disposición vaticana provocó la inmediata reacción de las potencias cristianas europeas, principalmente la de Francia, donde su monarca Felipe IV el Hermoso, encendido enemigo de Bonifacio VIII por cuestiones tributarias que venían arrastrándose de tiempo atrás y que no temía a Dios y mucho menos al papa, decidió enviar a Roma un año más tarde a uno de sus lugartenientes, Guillaume de Nogaret, quien con la ayuda de algunos adversarios romanos del pontífice penetró en las estancias privadas que el papa disfrutaba en su palacio veraniego de Anagni. El susto para el dignatario eclesiástico fue de alta magnitud, pues el francés no sólo le declaró prisionero conminándole a la abdicación, sino que también le amenazó con una muerte segura en caso de mantener su nuevo posicionamiento ideológico, contrario a la excelente marcha adquirida por los pujantes Estados europeos. Pero lejos de amilanarse, Bonifacio VIII consiguió escapar de sus captores provocando la huida de éstos al pensar que algunas tropas leales a los Estados Pontificios les podrían ocasionar algún fatídico descalabro. No obstante, este altivo vicario de Cristo murió poco después, según algunos por el disgusto de la acción punitiva contra su figura, además de la humillación que supuso para él verse desprestigiado por un grupo tan excéntrico de adversarios, los cuales le dejaron bien claro que los súbditos de la cristiandad cerraban filas en torno a sus reyes próximos y carnales antes que ofrecer pleitesía al representante de Dios en la tierra. Sus sucesores en el trono de Pedro conservaron sin embargo suficiente fuerza espiritual y aún pudieron actuar utilizando a gobernantes seculares afines, si bien nunca más volvieron a reclamar verdadero poder sobre las naciones, en especial Francia e Inglaterra, potencias emergentes en aquel contexto que se disponía a afrontar una extenuante guerra que duraría más de cien años.

Bonifacio VIII fue sucedido por el efímero Benedicto XI, quien moriría antes de

un año. La coyuntura fue aprovechada por Felipe IV, quien logró, en un ejercicio de habilidosa presión, elevar al pontificado a una marioneta suya llamada Bertrand de Got, proclamado papa en 1304 bajo el nombre de Clemente V. Este singular personaje fue decisivo para que el soberano francés pudiese poner en marcha su ambicioso proyecto de suprimir la Orden de los caballeros templarios —una prestigiosa hermandad de monjes guerreros nacida en tiempos de las cruzadas, que se había desarrollado hasta el punto de convertirse en una institución de enormes riquezas cuyos miembros, cada vez más poderosos, empezaron a actuar como prestamistas y negociantes—. El soberano galo codiciaba su fortuna, y después de haber lanzado sobre ellos falsas acusaciones e injurias, ordenó en 1307 la detención masiva de sus integrantes, torturándolos de forma miserable hasta completar su total destrucción tras quemar en la hoguera a Jacques de Molay, su último gran maestro. Felipe IV, una vez libre de estos molestos e influyentes enemigos, no tuvo obstáculo alguno para apoderarse de las posesiones templarias francesas. Aunque esta forma de actuar no le era desconocida, pues algo parecido ya había realizado cuando expulsó a los judíos galos en 1306. Por su parte, Clemente V no mostró disconformidad alguna con el asunto del exilio hebreo. Sí, en cambio, parece que expresó alguna contrariedad acerca de los métodos utilizados en la persecución infame contra los templarios, a tenor de los últimos estudios realizados por investigadores sobre documentos de la época. Aun así, lo que ha trascendido para la historia es que la orden de la cruz bermeja fue abolida con el consentimiento implícito del sumo pontífice.

La situación de este periodo en Roma no se presentaba muy halagüeña para un papa tildado de extranjero y que ocupaba un tambaleante trono vaticano. En consecuencia, a fin de evitar un levantamiento de las masas, Clemente V organizó el traslado de la curia en 1309 a la ciudad de Aviñón, un feudo de los Estados Pontificios ubicado en el sureste de Francia, a orillas del río Ródano. El papa quiso rodearse de personas acreditadas en su lealtad y por ello nombró un número suficiente de cardenales franceses para asegurar la sucesión de papas con idéntica nacionalidad. En efecto, tras él pontificaron Juan XXII (1316-1334); Benedicto XII (1334-1342); Clemente VI (1342-1352) e Inocencio VI (1352-1362), todos franceses y títeres en manos de la monarquía gala, aun cuando ésta se hallara abrumada por las victorias inglesas en la ya declarada, desde 1337, guerra de los Cien Años. El papado se encontraba pues en su nivel más bajo desde hacía tres siglos. El prestigio de la máxima institución católica estaba más que cuestionado por la cristiandad a la que supuestamente representaba, pero este difícil escenario se mantuvo contra viento y marea durante más de setenta años, en los que los papas galos no quisieron mirar más allá de Aviñón. Al fin y al cabo, eran franceses que vivían rodeados de un gran lujo y que se identificaban con los fines políticos de los reyes galos en un momento en que la propia Francia estaba arruinada.

No obstante, este enroque geográfico en el seno de la Iglesia católica tuvo su primer intento de apertura en la figura de Urbano V (1362-1370), quien entendió, en contra de sus consejeros, que el epicentro natural de la vida cristiana debía ser Roma, ciudad a la que viajó con la intención de quedarse. Sin embargo, la situación ruinososa de la urbe era tan lamentable que el papa la tuvo que abandonar después de tres años en los que apenas pudo gestionar el aparato burocrático pontificio. Sería su sucesor, Gregorio XI (1370-1378), último papa oficial de Aviñón,

quien pondría fin a la situación anterior trasladándose definitivamente a Roma, donde falleció tras haber obtenido por parte de las autoridades romanas unos valiosos terrenos localizados en el monte Vaticano a los que se añadió la basílica de Santa María la Mayor, dotada de indulgencia plenaria. La inesperada muerte del pontífice dejó a los cardenales que le acompañaban a merced de un populacho dispuesto a recuperar la influencia del papado y, a pesar de las protestas llegadas desde Francia, los prebostes eclesiásticos tuvieron que elegir en Roma a un nuevo sucesor en el trono cristiano, con lo que se generó una inédita bicefalia, pues, naturalmente, los cardenales que permanecían en Aviñón eligieron por su parte otro pontífice. El resultado fue que en las siguientes décadas hubo dos papas, uno en Aviñón y otro en Roma. A decir verdad, esta delicada situación tuvo momentos de máxima zozobra y se llegó a temer por la propia Iglesia católica, ya que ambas facciones no reparaban en intercambiar toda suerte de insultos, descalificaciones y excomuniones, con lo que el panorama religioso de Europa se tornó en dantesco espectáculo con varios bochornos incluidos. Mientras tanto, los monarcas europeos, inmersos en sus particulares conflictos internos e internacionales, se alineaban junto al papa que les resultaba políticamente más ventajoso, de modo que la Santa Sede se convirtió en un instrumento del que todos se servían y que nadie respetaba.

En 1400 persistía el Gran Cisma o Cisma de Occidente, como se denominó. Benedicto XIII (1394-1423) era en ese momento el representante de Aviñón, al igual que Bonifacio IX (1389-1404) ocupaba el poder en Roma. En esta época se puso mayor empeño en acabar con el Gran Cisma y se abrió paso la idea de hallar una autoridad superior a la de los papas querellantes de Roma y Aviñón, por lo que se pensó en reunir un concilio de dignatarios de la Iglesia que decidieran quién sería el único papa al frente de los católicos. Este proyecto equivaldría a incorporar una especie de parlamento permanente a la monarquía pontificia. Con este propósito se celebró en 1409 el Concilio de Pisa, al que acudieron quinientos dirigentes eclesiásticos junto con delegados de varias naciones de Europa occidental. Tras cuidadosa deliberación, decidieron deponer a los por entonces papas Gregorio XII de Roma y Benedicto XIII de Aviñón en beneficio de Alejandro V (1409-1410). Pero como ninguno de los depuestos aceptó la decisión, a Europa se le ofreció el escenario de tres papas insultándose mutuamente. A Alejandro V le sucedió un nuevo antipapa, Juan XXIII (1410-1419), con lo que se mantuvo la asombrosa experiencia tricefálica. El galimatías religioso ya era tan tremendo como surrealista y nadie acertaba a imaginar en qué acabaría aquella trama de cardenales, obispos y curas elegidos por tal o cual mano y predicando el amor al prójimo mientras ellos se enzarzaban en vilipendios varios por seguir ostentando el supuesto poder concedido por Dios. Finalmente la cordura se impuso y los máximos dignatarios eclesiásticos volvieron a reunirse en 1414 en el Concilio de Constanza, lugar de Alemania donde se decidió acabar con la pantomima y después de tres angustiosos años de deliberación, los tres papas fueron depuestos, siendo nombrado como única cabeza visible de la cristiandad Martín V (1417-1431). Aún existió un serio intento de resistencia encarnado en la figura del aragonés don Pedro de Luna, el proclamado en Aviñón Benedicto XIII, que buscó en su obstinación el seguro refugio de Peñíscola (Castellón), en cuyo castillo residió sintiéndose legítimo papa hasta su fallecimiento en 1423. Por fin se había superado el Gran Cisma, después de treinta años y al cabo de un siglo de

residencia de los papas en Aviñón. El episodio en su conjunto convirtió al papado en el hazmerreír de Europa, y la institución precisó largo tiempo para recobrase. Martín V logró hacerse de nuevo con el dominio de los Estados Pontificios e inició la lucha contra el movimiento conciliar; es decir, contra la idea de que los concilios eran superiores en autoridad al papa.

## LOS BORJA PROSPERAN EN ITALIA

En este contexto histórico, cuajado de intrigas y malestares, surge la figura del honrado Alfonso de Borja, un hombre muy necesario para ayudar a reconducir la maltrecha nave católica. Su llegada a Roma en el segundo tercio del siglo XV fue sin duda el paso inicial para una de las historias más asombrosas del Renacimiento europeo. Nació el 31 de diciembre de 1378 en la Torre de Canals, un lugar próximo a Játiva y habitado por su familia, una rama secundaria de los Borja valencianos. Era hijo, como hemos dicho, de Francina y Domingo de Borja, y fue bautizado en la parroquia principal de Játiva. Cursó estudios de Leyes en Zaragoza, pasando posteriormente a Lérida. La formación adquirida durante este período, unida al grado de doctor en Derecho Civil y Canónico, le sirvieron para entrar al servicio como jurista del rey aragonés Alfonso V el Magnánimo, de quien, con el tiempo, llegó a ser vicescanciller, además de uno de sus más fieles consejeros privados, una circunstancia que marcaría el posterior desarrollo de su vida. También bajo la influencia del monarca, ejerció como auditor de la Cámara Real, canónigo de la catedral de Lérida, vicario general de la diócesis, párroco de Montoir —en Mallorca— y profesor de Derecho Canónico y Civil de la Universidad de Lérida; en definitiva, un envidiable currículum que no pasaría desapercibido en Roma. En 1419 medió decisivamente en el interminable conflicto territorial existente entre Aragón, Castilla y Navarra. Fue entonces cuando el brillante clérigo valenciano consiguió apaciguar a los litigantes Alfonso V de Aragón, Juan II de Castilla —primo y cuñado del anterior— y Juan II de Navarra —hermano del primero— en un ejercicio de lúcida diplomacia que se concretó en un acuerdo donde los tres reyes se comprometían a resolver mediante el diálogo los futuros enfrentamientos entre ellos. Ya sabemos que la mayoría de estos protocolos y alianzas saltaban por los aires casi de inmediato, pero en el caso del Borja estas conversaciones moderadas por él le sirvieron para una evidente y prestigiosa proyección personal. A partir de ese momento, su carrera eclesiástica comenzó a despuntar y, una vez más, fue requerido como árbitro para conciliar posturas entre el papa Martín V y Clemente VIII, quien se reclamaba como sucesor del antipapa Benedicto XIII, el Papa Luna. Precisamente, gracias a su intercesión, el nombrado Clemente VIII renunció a su situación de heredero de la silla de Pedro, con lo que se ponía fin a este difícil capítulo de bicefalia en el seno de la Iglesia católica. Este hecho supuso para Alfonso en 1429 la concesión por parte de Martín V del nombramiento de obispo de Valencia en reconocimiento a su magnífica labor. No era mal premio, pues la circunscripción valenciana estaba considerada una de las diócesis hispanas de mayor riqueza. Apenas tres años después, viajó a Roma en su calidad de embajador aragonés. Más tarde acompañaría a su señor, el rey Magnánimo, a resolver diferentes asuntos en las posesiones napolitanas. Tras esto pasó a residir en Roma de manera continuada, regresando en contadas ocasiones a su tierra natal. Alfonso de Borja era de natural honesto, cualidad difícil de encontrar entre los prebostes que rodeaban por entonces la figura del sumo pontífice. No es de extrañar pues que sus opiniones tuvieran peso específico a la hora de tomar decisiones esenciales para el buen gobierno vaticano. Al fin, su lealtad y sobre todo su gran capacidad para convencer a su amigo el rey Alfonso V sobre la conveniencia de no asistir al polémico Concilio de Basilea (1431-1449),

dejando esa opción representativa al propio Alfonso de Borja, recibió el reconocimiento oficial por parte del nuevo papa Eugenio IV (1431-1447), quien plasmó dicha gratitud nombrándole cardenal el 2 de mayo de 1444. No olvidemos que en esta reunión permanente de la Iglesia se consiguió la renuncia del último antipapa, Félix V, lo que supuso un viento de alivio para los defensores de la ortodoxia romana. Con este gesto el cuestionado y recién ungido papa Eugenio IV abría la senda hacia la cátedra de Pedro para el flamante príncipe de la Iglesia. Desde entonces Roma sería lugar de residencia permanente para el Borja y ya nunca regresaría a su Valencia natal. Una vez integrado en la curia romana, su destacada formación como jurista —fruto de los inicios de su carrera en Lérida—, ligada a la vida austera por la que se caracterizó, constituyeron los dos pilares básicos sobre los cuales se asentaron el respeto y la confianza de buena parte de los miembros de la cúpula vaticana. Como ya hemos referido, en 1449 comenzó a rodearse de sus más destacados familiares y amigos, asunto que, aun siendo habitual entre sus iguales, no pasó desapercibido para todos aquellos que vieron en esta decisión una afrenta al monopolio italiano que se ejercía en los palacios vaticanos. En aquellos años se habló de la invasión que estaba sufriendo Roma por parte de los *catalanes* afines al sereno cardenal, el cual, lejos de miserias, se dispuso a organizar su particular oficina de gobierno en previsión de lo inevitable, y esto no era otra cosa sino la asunción tarde o temprano del pontificado.

En dicho año se plantaron en Roma, entre otros, Pedro Luis y Rodrigo Borja, y tras algún tiempo de adaptación su tío decidió enviarlos a la universidad con el propósito de mejorar sus perspectivas de futuro, dado que había pensado en ellos para ofrecerles grandes responsabilidades eclesiásticas. Rodrigo se inscribió en la Universidad de Bolonia. Corría el año de 1453, un tiempo exigente para la vieja Europa ya que la Sublime Puerta otomana había hecho acto de presencia con la toma de Bizancio —capital del mortecino imperio bizantino—. Precisamente, la caída de la antigua Constantinopla supuso un mazazo directo al corazón de la Edad Media, lo que dio paso sin obstáculos al fulgurante Renacimiento en la proclamada Edad Moderna, si bien los contemporáneos de aquel esencial lance histórico no se percataron de ello, algo parecido a lo que había ocurrido en 476 d. C., cuando los bárbaros depusieron a Rómulo Augústulo, último emperador romano de Occidente, con lo que se finiquitó la etapa que conocemos como Mundo Antiguo. Sea como fuere y al margen de disquisiciones históricas, lo cierto es que Europa se estremecía ante la posibilidad de ser arrasada por los turcos, a la usanza del temible Atila y sus jinetes hunos, y la actividad oratoria se disparó por púlpitos eclesiales, salones privados, plazas públicas y por supuesto universidades. Por tanto, nuestro querido Rodrigo tuvo a buen seguro que discutir mucho en estos meses con sus condiscípulos y maestros sobre qué haría la Europa católica en caso de recibir una invasión de los musulmanes otomanos convertidos en enemigos primordiales de la civilización cristiana. Por fortuna, los ejércitos de la cristiandad contuvieron momentáneamente el avance de la media luna por el oriente europeo, lo que permitió mantener una cierta estabilidad social en la península Itálica y, en el caso de Rodrigo, seguir esforzándose en sus estudios de Derecho Canónico, que completó con absoluta brillantez.

Sin embargo, algo trastocó sensiblemente su trayectoria académica y esto fue el óbito del papa Nicolás V, acontecido el 25 de marzo del año 1455. La noticia se

esperaba dada la precaria salud del sumo pontífice y, una vez más, se cruzaron apuestas sobre quién sería el elegido para ocupar tan relevante trono religioso. Como es lógico, existía un indudable temor hacia la elección de un pontífice que no fuese italiano. Tantos años protagonizados por los papas franceses de Aviñón invitaban al resquemor y las camarillas asociadas a la corte vaticana no tardaron un minuto en destacar sus favoritos vinculados a tal o cual *lobby* cercano a sus intereses. Pero, por otra parte, se abrió paso la idea de un candidato que acercara posturas otorgando un pacífico periodo de transición en el que todos pudiesen respirar mientras se fortificaban las nuevas tesis católicas para el avance de la cristiandad. La muerte de Nicolás V dio paso a unas justificadas exequias, en las que se le rindió un reconocido homenaje popular. En dichas liturgias brilló con luz propia la respetable imagen del cardenal Alfonso Borgia, y muchos pensaron que él debía ser el digno sucesor del llorado monarca católico. Al fin el colegio cardenalicio dispuso la inauguración del cónclave del que surgiría el nuevo pontífice, y tras cuatro jornadas dominadas por profundos debates y arduas deliberaciones, los purpurados optaron por la candidatura del cardenal Alfonso Borgia, era el 8 de abril de 1455. Doce días más tarde el tercer español en ocupar el trono de Pedro asumía su poder e influencia sobre el orbe cristiano bajo el nombre de Calixto III.

Esta elección, no exenta de polémica, fue sin duda muy acertada. En ella, a pesar de las críticas ejercidas por diversos cardenales italianos, se vio una necesaria transición encarnada en un papa que por entonces contaba setenta y seis años de edad. Desde luego, dadas las expectativas de vida en aquel tiempo, el Borgia no prolongaría mucho más su estancia en la tierra, pero su efímero reinado serviría como tregua en la que se aclararían muchas cuestiones para el futuro de la Iglesia. El pontificado de Calixto III se caracterizó principalmente por su constante atención a la reconquista de Constantinopla, hecho que él mismo manifestó ya en su primera declaración de intenciones como nuevo pontífice. Paralelamente, procedió a materializar la canonización de su paisano Vicente Ferrer, quien —según la tradición— había predicho que Alfonso de Borja sería papa y que le elevaría a él a los altares. Asimismo, Calixto III inició la rehabilitación de la francesa Juana de Arco, quien había sido condenada injustamente por un tribunal eclesiástico como bruja, lo que le supuso morir quemada en la hoguera. En terrenos más particulares, no perdió un instante a la hora de reclamar a su lado a cuantos familiares y amigos había ido preparando en años anteriores. En el caso de su sobrino Rodrigo le otorgó, veinte días más tarde de su proclamación como papa, el nombramiento de protonotario apostólico, para sin dilación concederle en junio el decanato de su natal Játiva.



Retablo de Santa Ana o de Calixto III, de Pere Reixach (1452). Alfonso Borgia fue el tercer español en llegar al papado, con el nombre de Calixto III. Fue iniciador de la fortuna del linaje valenciano de los Borja.

Calixto III, a pesar de este visible nepotismo, fue un magnífico pontífice que supo administrar su gobierno con absoluta eficacia libre de corrupción y al margen de las interesadas críticas que anunciaban una auténtica invasión de *catalanes* en todos los ámbitos regidos desde el Vaticano. De cualquier modo, en aquellos tiempos en los que un papa apenas gozaba de leales, estaba justificado que buscara la complicidad de los pocos incondicionales que nunca le fallarían y éstos siempre se encontraban inscritos en el parentesco o en el paisanaje que abrazaban al purpurado elegido. Así fue como decenas de paisanos del nuevo pontífice coparon los puestos de cierta importancia, provocando una inevitable ola de impopularidad. Sin embargo, no puede considerarse anómala la conducta de Calixto III, quien favoreció a su clan familiar, empezando por los sobrinos, como era costumbre desde casi el inicio de la propia actividad católica en Roma; por cierto, esta tradición se mantuvo vigente en los linajes vaticanos hasta bien entrado el siglo XIX.

En lo que respecta a Pedro Luis Borgia, su tío le reservó un buen número de excelentes cargos entre los que destacaban la prefectura de Roma, el título de máximo gonfalonero de la Iglesia o el de portaestandarte de Cristo con mando sobre las plazas de Spoleto, Terni y Orvieto. El 20 de febrero de 1456, Rodrigo Borgia añadía a sus distinciones el capelo cardenalicio con la titularidad de la basílica romana de San Nicola in Carcere, mientras que su primo, Luis Juan de Milá —hijo de Catalina, otra hermana del papa Calixto—, se incorporaba a la enorme lista nepótica para asumir el gobierno cardenalicio sobre la basílica de los Cuatro Santos Coronados. En esta entrega de cargos también fue nombrado cardenal otro veinteañero, Jaime de Portugal, hijo del infante don Pedro, muy amigo de Calixto III y también dispuesto a ofrecer su ayuda al papado si era menester. Con esta decisión, el primer pontífice Borgia situaba a sus dos sobrinos

preferidos en la máxima dignidad para cualquier religioso católico. No obstante, el prudente español quiso que sus jóvenes parientes siguieran instruyéndose en las disciplinas de la jurisprudencia, pues necesitaba, de forma apremiante, hombres versados en materias imprescindibles para la buena dirección de la Iglesia. Ese mismo año, habiendo cumplido solamente tres de los cinco años preceptivos y debido a su gran valía, Rodrigo fue admitido a la prueba de licenciatura de la Universidad de Bolonia, doctorándose el 13 de agosto en Derecho Canónico. En aquel momento las huestes cristianas detenían en Belgrado el avance otomano, un hecho que propagó el júbilo por las ciudades de Europa, que ahora veían en la figura de su papa un ariete capaz de hacer retroceder a los implacables guerreros del islam. Rodrigo Borgia, con su licenciatura universitaria en el bolsillo, recibió por parte de su tío el primer encargo de cierta importancia, siendo enviado como vicario papal a la siempre tumultuosa marca de Ancona, uno de los dominios más inestables de los Estados Pontificios. En dicha geografía, la aristocracia local se enzarzaba en constantes disputas que acababan por lo general con mucha sangre vertida por parte de los contendientes. Empero, la llegada del nuevo legado papal con sus innegables condiciones para el mando consiguió apaciguar voluntades levantiscas y, al poco, la paz se imponía en Ancona con los desafectos sometidos a castigo y los afines premiados con abrumadora generosidad. En realidad fue la primera ocasión en la que el futuro Alejandro VI se las tuvo que ver con clanes teñidos de conjura, ambición y vendetta. Precisamente, en estas disputas de Ancona, el joven Borgia se adiestró en la intriga, disciplina hasta entonces ignorada por él, y cuyo conocimiento exhaustivo le convertiría en el mejor de sus representantes. Tras el éxito obtenido en esta exigente prueba de fuego para Rodrigo, su anciano tío vio en él un digno continuador del apellido familiar y en otoño de 1457 le elevó a la dignidad de vicescanciller, o lo que es lo mismo, responsable de la organización interna eclesial, un cargo que le convirtió de facto en el segundo de a bordo de la jerarquía católica justo después del mismísimo papa. Por otra parte, a Pedro Luis Borgia tampoco le iba nada mal, ya que su tío concebía para él la secreta esperanza de verle sentado en el trono del reino de Nápoles.

Como vemos, los Borgia protagonizaban en este periodo una carrera tan fulgurante como exitosa, pero tanto brillo no quedó exento, ya en ese tiempo, de algunos enemigos siempre dispuestos a demoler lo construido por los valencianos. Cabe comentar que el rango de vicescanciller estaba magníficamente remunerado y que otorgaba a su poseedor un poder casi ilimitado, tan sólo por debajo del papa. A esto debemos añadir que Rodrigo Borgia recibió la responsabilidad de dirigir como general los ejércitos pontificios bajo las órdenes de su hermano Pedro Luis, con lo que de inmediato se transformó a sus 26 años de edad en uno de los hombres más poderosos de Italia.

Esto, lógicamente, desató multitud de adhesiones más o menos interesadas, aunque también la ira de enemigos influyentes, los cuales comenzaron a tejer la urdimbre de la conspiración contra unos Borgia a los que consideraban «viles extranjeros invasores». Pero, al margen de oponentes ambiciosos, lo cierto es que las cualidades que adornaban la personalidad de Rodrigo Borgia comenzaron a darle óptimos beneficios. Era hombre muy tolerante con determinadas situaciones y siempre mostraba su mejor disposición para el diálogo, lo que le procuraba

grandes acuerdos y alianzas inconcebibles para otros dirigentes más enardecidos por su conciencia de clase. Por añadidura, el Borgia era muy sentimental y mundano, lo que le acercaba constantemente a lo expresado por el pueblo. De esa forma supo entender las sensaciones emanadas por el estrato social agrupado bajo su futuro cetro. Si bien algunos exegetas no le consideran el *culmen* de la intelectualidad, hay que decir que su inteligencia se encontraba bastante por encima de la media. Con este conjunto de virtudes se puede entender mejor que mantuviera el cargo de vicescanciller durante treinta y cinco asombrosos años, en los que ayudó y sufrió a nada menos que cinco papas, incluido su anciano tío Calixto III.

En junio de 1458, Rodrigo Borgia fue nombrado obispo de Valencia, una diócesis que aportó a su patrimonio la nada despreciable suma de 18.000 ducados anuales. Mientras tanto, su hermano Pedro Luis adquiría el rango de capitán general de la Iglesia y gobernador del castillo de Sant Angelo, la fortificación que aseguraba la protección militar del Vaticano por si fallaba la divina. De esa guisa fue transcurriendo el reinado de Calixto III, quien falleció el 6 de agosto de 1458, tras tres años y cuatro meses de pontificado. El valenciano no pudo ver culminado su deseo de reconquistar Bizancio, aunque dedicara a este propósito más de 200.000 ducados sumados a otros 600.000 aportados por el anterior pontífice Nicolás V. Tampoco pudo anexionarse Nápoles deponiendo al rey Ferrante y sustituyéndolo por su sobrino Pedro Luis, como pretendía, pues la operación encontró la severa oposición de algunos magnates italianos como Francesco Sforza o Cosme de Medici, siempre temerosos de cualquier progresión territorial de los Estados Pontificios. Como era previsible, la muerte del papa español desató la ferocidad de sus adversarios encabezados por la familia Orsini, cuyos representantes se pusieron en vanguardia de las turbas que asaltaron las posesiones vaticanas dispuestas a echar a esos *catalanes* tan odiados por los clanes italianos. El propio Pedro Luis Borgia no pudo contener con sus tropas la avalancha de las masas, viéndose obligado a una huida poco honrosa hacia el parapeto establecido en su dominio de Civitavecchia, donde resistió en compañía de su mejor aliado, el cardenal veneciano Pietro Barbo. Aunque todo fue inútil, dado que en septiembre de ese año Pedro Luis Borgia moría víctima supuestamente de unas fiebres malignas. Nunca sabremos si éste fue el motivo real, o más bien nos encontramos ante la primera actuación venenosa contra los Borgia en aquel escenario cada vez más flamígero.

En cuanto a nuestro vicescanciller superviviente, éste hizo alarde, una vez más, de su equilibrado temperamento al no intentar escapada alguna como hicieron secretarios, protonotarios, criados y el resto de los cargos apoyados en su día por los Borgia. Tengamos en cuenta que cuando se dio a conocer la agonía del sumo pontífice, Rodrigo se encontraba fuera de Roma, y aun a sabiendas del estallido social que ponía en peligro la vida de cualquiera que respirara valenciano en esos días de disturbios, tuvo arrestos suficientes para regresar a la Eterna Ciudad, impedir con pasmosa calma el saqueo de su casa y plantar cara al mundo mientras velaba en solitario los cinco días finales de su agónico tío. Fue desde luego una actitud muy valiente que le granjeó el respeto posterior de los romanos y por supuesto de la curia vaticana, la cual se reunió para elegir un nuevo papa que honrase la memoria de Calixto III. Y dicha congregación no estuvo libre de enconados debates, pues algunos prebostes querían negar al fallecido las

exequias solemnes de las que era seguro merecedor. Sólo la personalidad de Rodrigo Borgia se mantuvo incólume ante tan magno agravio, consiguiendo al fin de todos los asamblearios la rúbrica verbal de un acuerdo por el cual se rindió el oportuno tributo al buen papa español. Ese fue el último servicio que Rodrigo pudo prestar a su querido tío.

## RODRIGO BORGIA CAMINA SOLO

Calixto III fue sucedido por Pío II, quien en sus seis años de reinado se comportó de forma generosa con su ratificado vicescanciller. A decir de muchos fue en este periodo donde se consolidó el prestigio social de Rodrigo Borgia, quien no reparó en oro a la hora de embellecer su palacio residencial, lugar en el que se ofrecían las mejores recepciones y fiestas que se podían dar en Roma. Ni un solo viajero ilustre dejó de visitar aquellas estancias en las que se gestaban secretas reuniones y grandes acuerdos para el buen discurrir de la vida vaticana. Nadie de relevancia significativa podía ni debía perderse un evento organizado por el vicescanciller Borgia, pues, a pesar de la frugalidad alimentaria y de la escasez vinícola, todos coincidían en admirar el *glamour* esgrimido por el valenciano.

En 1459 Pío II retomó con decisión la idea de lanzar una ofensiva guerrera sobre los siempre amenazantes turcos. Con tal motivo se celebró el Congreso de Mantua, para intentar comprometer a los príncipes europeos en la añorada empresa militar que plantase cara al islam. El resultado apenas tuvo repercusión, dado que las maltrechas arcas europeas no podían permitirse el embarcar en una nueva y costosa cruzada de resultado incierto. A esto se añadió una epidemia de peste que, sumada a lo anterior, terminó por desbaratar el nuevo intento bélico de la cristiandad. Pero es precisamente en Mantua donde, según algunos investigadores, Rodrigo Borgia conocería a su eterna amante Vanozza Catanei, futura madre de sus cuatro hijos reconocidos y por tanto legítimos, si bien el número oficial de vástagos se podría elevar a más o menos una decena. En junio del año siguiente trascendió un suceso poco honroso para el buen nombre del vicescanciller. Ocurrió en Siena, bellísima ciudad entregada al hedonismo y en la que concurrían personajes propios de los encendidos relatos de amor. En ese tiempo Rodrigo Borgia llegó a la plaza y, como es lógico, de inmediato recibió un buen número de invitaciones para otras tantas fiestas privadas. En una de estas reuniones, que había sido prohibida para los hombres, se integraron nuestro gentil y dicharachero cardenal y un veterano prelado que le acompañaba. Según parece, el jolgorio, la danza y las miradas cómplices fueron constantes en aquella algarabía de cuerpos felices, lo que provocó cierto malestar entre los varones cuya asistencia había sido vetada, pues algunos de ellos, maridos de las concurrentes, se molestaron, y con razón, por la presencia entre sus mujeres de los dirigentes eclesiásticos. La noticia sobre este original *guateque* llegó a oídos del propio papa Pío II, quien se vio obligado a redactar una carta de reprobación dirigida a su lugarteniente, escrita, eso sí, en tono comprensivo desde su autoridad moral. En el texto se conminaba al Borgia a no protagonizar este tipo de excesos festivos, más por el qué dirán que por el presunto desmán cometido. Todo ello en aras a reforzar una imagen social austera y seria en aquellos tiempos exigentes para todos, incluido el Vaticano.

Rodrigo aceptó el responso papal y regresó a Roma dispuesto a evitar nuevos escándalos, y a decir verdad, desde entonces mantuvo una actitud mucho más discreta, lo que a la postre le beneficiaría en sus aspiraciones. Como premio inmediato por sus gestiones de importancia, Pío II le concedió la administración del monasterio cisterciense de Tarragona. Era una nueva posesión para incorporar en

una enorme lista patrimonial que procuraba al cardenal valenciano un inmenso caudal de ingresos. Aun así, como ya hemos esbozado, Rodrigo era hombre de vida modesta con apenas gastos personales, a tal punto que muchos compañeros de actividad religiosa evitaban sentarse a la mesa con él, pues en su casa tan sólo se servía un plato único de comida acompañado de vinos de dudosa calidad. En este sentido cabe mencionar que el Borgia era completamente abstemio, por lo que no daba excesiva importancia a la grandeza de su bodega. Algunos llegaron a sostener que era persona dominada por la avaricia, sin embargo sus constantes mecenazgos culturales nos impiden avalar esa afirmación. Por ejemplo, en esta época que nos ocupa, Rodrigo Borgia ordenó la mejora de todas las iglesias bajo su jurisdicción mientras aportaba abundantes fondos para la edificación del Palacio Episcopal de Pienza, una obra tan hermosa como cara. Asimismo, gracias a sus donaciones se pudieron reconstruir las fortificaciones de Subiaco y el castillo de Civita Castellana, cerca de Roma. En el terreno militar, se esforzó más que sus iguales (no olvidemos que en aquellos años los ejércitos seguían siendo privados): él armó huestes siempre que fue necesario, como en 1461, cuando envió treinta hombres de armas para luchar contra uno de los señores feudales que hostigaban a los Estados Pontificios, o en la antes citada cruzada contra el turco, cuando aportó de sus fondos particulares dinero suficiente para pertrechar una galera, si bien este esfuerzo fue estéril, pues finalmente todo se truncó por la muerte en agosto de 1464 de Pío II en Ancona, a consecuencia de la peste, un mal que también afectó al propio Rodrigo y del que se pudo recuperar a tiempo para asumir un claro liderazgo en la reunión del colegio cardenalicio que estaba a punto de elegir nuevo pontífice. Una vez más, el influyente vicescanciller Borgia ejerció sus artes diplomáticas acostumbradas y en el cónclave de príncipes purpurados consiguió, tras un alarde de habilidad y astucia, que saliese triunfal la candidatura de Pietro Barbo, el cardenal veneciano que se había mantenido fiel a los Borgia tras la muerte de Calixto III. El nuevo papa fue ungido con el nombre de Pablo II y desde luego no tuvo inconveniente alguno en volver a ratificar a su amigo Rodrigo como vicescanciller de la Iglesia católica.

Se abría por tanto un nuevo periodo de poder para el valenciano, cada vez más consolidado en el núcleo duro del gobierno vaticano, aunque en estos años tampoco descuidaría sus relaciones personales e íntimas, contemplando expectante la llegada al mundo de sus primeros vástagos no oficiales, de los que hablaremos en páginas posteriores. El pontificado de Pablo II apenas se pudo prolongar siete años, un tiempo en el que Rodrigo Borgia consolidó su figura en el seno de la Iglesia católica mientras gestionaba para el sumo pontífice toda suerte de festejos y acciones propias de los carnavales venecianos a los que el papa era tan aficionado dada su raíz. Asimismo, en este periodo feliz y tranquilo el mecenazgo vaticano se desplegó con generosidad suficiente para restaurar varios monumentos romanos, como el Panteón. De igual modo, Pablo II se caracterizó por su enorme interés a la hora de acumular riquezas y excelsas obras de arte, con lo que las colecciones vaticanas gozaron esos días de una aceptable plenitud. El 26 de julio de 1471, el papa Pablo II pasaba a mejor vida y, obviamente, el infatigable vicescanciller Borgia se puso manos a la obra en el intento de no descuidar un solo detalle que le pudiese alejar del poder al que con tanto gusto estaba aferrado en sus ya cumplidos cuarenta años de edad. Y eso pasaba por la necesaria alianza con la familia Orsini, un clan siempre receloso con los Borgia y

que se convertiría con el tiempo en fatal enemigo vilipendiador de lo construido por los valencianos. La reunión del colegio cardenalicio no invitó desde luego al optimismo en aquella calurosa tarde romana. Los príncipes de la Iglesia mostraban sus semblantes tensos, pues diversas facciones se disputaban la hegemonía de la cúpula vaticana. Acaso el principal candidato a ocupar el trono de Pedro era en aquellos momentos el cardenal Bessarion, un antiguo exiliado de Constantinopla con suficiente carisma como para reivindicar una posición preeminente en la Iglesia. Tengamos en cuenta que este prelado ya fue un serio aspirante en la lucha por la sucesión de Nicolás V y su opción se había barajado desde entonces en todos los cónclaves celebrados para elegir sumo pontífice. No obstante, de nada le sirvió el supuesto ascendiente sobre los demás y el binomio Borgia-Orsini se impuso finalmente con la elección de Francesco della Rovere, quien fue proclamado papa bajo el nombre de Sixto IV. Como el lector puede suponer, el nuevo pontífice no perdió un minuto en derramar agradecimientos entre todos aquellos que le habían concedido su flamante cargo. El propio Rodrigo recibió, entre otras prebendas, la prestigiosa abadía de Subiaco. Aunque cabe comentar que el Borgia no fue el único en recibir honores, pues siguiendo la costumbre nepótica de colocar amigos y familiares, Sixto IV repartió capelos cardenalicios a sus sobrinos Giuliano della Rovere y Pietro Riario, amén de un sinfín de protonotarías, obispados, secretarías... Con todo, sólo hubo un cargo inamovible y ése fue, por supuesto, el de vicescanciller, que se mantuvo en manos del Borgia, como era tradicional desde los tiempos de Calixto III. Dicha permanencia en esta dignidad estaba justificada, pues no en vano el valenciano era uno de los mejores y más cualificados dirigentes eclesiásticos del momento, con la especialidad acreditada de mediador en situaciones de difícil diagnóstico. Muy pronto se le brindó la posibilidad de ejercer su maestría diplomática, pues los asuntos dinásticos en la península Ibérica reclamaban una esmerada atención por parte del papado y más cuando el Vaticano intentaba recabar apoyos de las grandes potencias europeas para emprender una nueva cruzada. Había llegado la hora de regresar a la tierra natal, donde le esperaban la reina Isabel I de Castilla y el rey Fernando II de Aragón, casados hacía poco tiempo y pendientes de una bendición suprema que justificase la unión de sus dos reinos en aras de un beneficio común que se llamaría España.

## UN VIAJE DECISIVO

En 1472 el papa Sixto IV decidió no esperar más en su ambicionada intención de plantarle cara a la Sublime Puerta otomana, y en consecuencia despertó los engranajes de la maquinaria diplomática vaticana, la cual se puso a trabajar de manera febril, dado que para tan magna empresa se precisaban ingentes recursos económicos y humanos, por lo que sólo una participación consensuada por parte de los reinos integrantes de la cristiandad podría fructificar con los resultados deseados por el orbe católico. En la primavera de dicho año, los cinco cardenales más emblemáticos de la curia partieron rumbo a diferentes geografías con el ánimo de convencer a los grandes monarcas de la época. El cardenal Bessarion viajó rumbo a Francia, Inglaterra y Borgoña; por otro lado, el cardenal Barbo fue enviado a Hungría, Alemania y a otras cortes centroeuropeas. Asimismo, el cardenal Carafa se encaminó a Nápoles y el cardenal Capránica recibió el encargo de convencer al resto de las repúblicas y territorios italianos. Quedó pues para el vicescanciller Borgia la importante tarea de visitar la península Ibérica con el propósito de entrevistarse con los reyes de Aragón, Castilla y Portugal. El 15 de mayo de 1472, el cardenal valenciano inició uno de los viajes más determinantes en la historia, no sólo de España, sino del mundo, pues en él se sentaron las bases del moderno Estado español con todas las consecuencias que eso traería para el fin de la Reconquista hispana, posterior descubrimiento de América y nacimiento del imperio español. Claro está que el Borgia ni siquiera sospechaba, cuando emprendió la ruta hacia su tierra natal, que todos estos capítulos fundamentales ocurrirían gracias a su decisiva mediación ratificada veinte años más tarde cuando proclamó *reyes católicos* a los soberanos hispanos Isabel y Fernando. Por el momento, el ya veterano dirigente eclesiástico se contentaba con llegar sano y salvo al lugar de destino. Esto ocurrió sin mayores inconvenientes un mes después, cuando arribó con sus dos majestuosas galeras venecianas al puerto de Valencia. En la populosa ciudad mediterránea fue recibido en loor de multitudes con la pompa propia de grandes y reconocidos mandatarios. El júbilo ante la llegada del insigne paisano se instaló por las calles adornadas de la capital del Turia, y nadie quiso perderse el desfile protocolario que avanzaba por Valencia en medio de alabanzas y aplausos. Nobles y altos funcionarios locales y de la corte salieron a recibirle. Las casas, a lo largo del camino que recorrió, aparecían embellecidas con tapices. El cardenal iba a caballo, bajo un elegante dosel que sostenían miembros de la nobleza a pie. El pueblo, en larga procesión, le acompañó en las visitas a las iglesias, donde se cantaron diversos *Te Deum*. El propio Rodrigo quiso agradecer el entusiasmo vertido hacia él con palabras en las que se excusaba por su larga ausencia, elogiando de paso a su tierra, mientras lanzaba un mensaje de optimismo al clero valenciano en un discurso que todavía se conserva y del que extractamos estos interesantes párrafos que nos ponen en contacto con la personalidad del futuro papa Alejandro VI:

Si hasta hoy, pues, nos ha sido vedado estar con vosotros y por ello hemos tenido que delegar en otro el cumplimiento de nuestro deber, ello no ha sido por elección nuestra y decisión de nuestra libre voluntad, sino obligados por las circunstancias. De esta guisa han delegado en otros, que los representen

para desempeñar sus propias labores, rectores de muchas iglesias, reyes y príncipes y las más altas autoridades; de esta suerte, también los pontífices romanos, de mayor consideración que todos, nombran sus delegados para una diócesis especial, a fin de que ejerzan el poder en su nombre. [...] Haced que los actos de vuestra vida se ajusten, en cuanto sea posible, a vuestra profesión, y observad tal modestia, que el corazón u ojos de los que os miran no sean turbados. Nuestra consagración a ser modelo de ejemplaridad hace que el pecado de olvidar tan alto sacerdocio sea aún más reprobable que la culpabilidad misma de la trasgresión. Procedamos honradamente y velemos por nuestra buena reputación; esto es primordialmente necesario para el éxito de nuestro ministerio. [...] Si se destruyera la cabeza [Roma], también perecería el resto del cuerpo cristiano. Si es incumbencia de alguien correr en ayuda de Roma, si alguien tiene el deber de prepararse para defender la religión, ciertamente a nadie le incumbe más que a nosotros. [...] Es preciso que los demás imiten nuestro ejemplo.

Estas palabras pronunciadas por el Borgia nos pueden poner sobre la pista de su filosofía vital, aunque él no cumpliera a rajatabla con los propósitos que recomendaba a los absortos oyentes. Pero al margen de discursos correctos y formalistas, lo cierto es que toda la ciudad demostró gran entusiasmo en festejar y honrar aquella presencia de su paisano más ilustre. En este periplo de reencuentro con su tierra, el capítulo más emotivo se dio sin duda cuando visitó su natal Játiva. Como era de esperar, la ciudad se volcó en la recepción a su hijo pródigo, quien por unos días recuperó el apellido original Borja para compartir con parientes y amigos mil recuerdos felices de sus años mozos.

A pesar de tantos escenarios gratos y placenteros, el vicescanciller no olvidó la misión por la que había regresado a su patria, pero pronto comprendió que la amenaza turca inquietaba apenas nada a los aragoneses y castellanos, por entonces enzarzados en un difícil conflicto dinástico que iba a desembocar en guerra fratricida. La llegada de Rodrigo serviría pues para conciliar posturas y evitar más derramamiento de sangre católica muy necesaria para afrontar otros litigios bélicos, verbigracia la interminable Reconquista cuyo último foco de resistencia se situaba en el reino nazarí de Granada. El problema hispano radicaba en las pretensiones desarrolladas por Juana la Beltraneja e Isabel de Castilla a la hora de heredar el trono del rey castellano Enrique IV.

Detengámonos un momento para intentar explicar este grave conflicto de sucesión. El rey de Castilla, Enrique IV, conocido como *el Impotente*, y su esposa Juana de Portugal habían sido padres de una sola hija, Juana, en 1462. Para muchos, la niña era el fruto de los amores de la reina y su favorito Beltrán de la Cueva, de ahí el apodo de *la Beltraneja*. La polémica hubiera sido menor de no ser porque estaba en juego la herencia del trono castellano, al que aspiraba Isabel, hermana de Enrique IV y casada de forma discreta con su primo en tercer grado Fernando de Aragón, un matrimonio realizado en todo caso sin permiso del rey castellano y sin la debida bula que dispensara a ambos de la prohibición de casarse, debido al problema de consanguinidad. Al parecer, los príncipes hispanos habían recibido una bula falsa que el Vaticano no reconocía; asunto que los desafectos a la causa isabelina esgrimieron como justificante de su lealtad a la

princesa primogénita. El contubernio dinástico estaba en un momento álgido cuando Rodrigo Borgia llegó a Castilla, donde los nobles y el alto clero dividían sus lealtades entre la Beltraneja y su tía Isabel. Así, mientras el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, estaba contra la hija del rey, otro poderoso prelado, Pedro González de Mendoza, se inclinaba a su favor. En realidad, la mayoría del pueblo ya se había decantado, puesto que, con razón o sin ella, pensaban que la heredera oficial era bastarda, lo que malograba sus esperanzas dinásticas. Este sentir popular fue recogido por el cardenal Borgia, quien decidió defender sin tapujos la causa de Isabel. Para ello entró en contacto con los principales magnates de la corte castellana, como el marqués de Villena, a quien convenció para que ejerciera su influencia sobre el rey con el claro propósito de conciliar las tesis expuestas por ambas facciones. Finalmente se organizó un banquete en el que se reunieron todos los litigantes dispuestos a rubricar un acuerdo que calmara momentáneamente las aguas de la discordia. Pero la fatalidad quiso que Enrique IV saliera del festín gravemente enfermo por un inesperado ataque hepático que acabó con su vida. En este triste suceso muchos quisieron ver la mortal acción del veneno, sin que se pudiese demostrar quién había proporcionado la dosis letal al soberano, aunque hay quien apunta directamente al príncipe Fernando de Aragón. Sea como fuere, el óbito del Impotente dio paso a cinco años durante los cuales ambos partidos pugnaron por el poder: Isabel estaba apoyada por su marido aragonés, mientras que Juana recibía la ayuda de Alfonso V, rey de Portugal, el cual aportaba tropas y recursos económicos para sostener la contienda. Al fin, la situación bélica se decantó, en 1479, por el bando isabelino con una clamorosa victoria en la decisiva batalla de Albuera. El triunfo consolidó a la Católica como reina de Castilla, dejando a Juana recluida de por vida en el convento de Santa Clara de Coimbra, donde falleció en 1530.

Llegados a este punto nos podemos preguntar qué hubiese sido de la historia en el caso de que Rodrigo Borgia hubiese apoyado a la primogénita de Enrique IV. Seguramente, la crónica de nuestra civilización se hubiese escrito de una manera bien distinta a como aconteció posteriormente y acaso en América se hablaría más portugués en estos días que nuestro idioma español.

En otro orden de cosas, gracias a Rodrigo Borgia se terminó de solucionar la delicada situación que suponía el presunto matrimonio ilegal de Isabel y Fernando. Hasta la fecha, la unión conyugal de los príncipes hispanos había sido relegada a la mera condición de concubinato, con su primogénita Juana condenada a la categoría de bastarda. Sólo una bula papal podía legitimar la alianza entre Castilla y Aragón. La pareja la había solicitado en vano a Pablo II, y Rodrigo Borgia intervino con eficacia para obtener de Sixto IV el documento definitivo por el que se legalizaba ante Dios y los hombres aquel matrimonio otrora casi clandestino. De facto, esta autorización de la Iglesia legitimaba también la unión entre Aragón y Castilla, con lo que se daba el primer paso hacia la nueva realidad española.

También en el reino de Aragón el cardenal Borgia tuvo que mediar en un problema que parecía abocado a la tragedia. Por entonces la ciudad de Barcelona se había sublevado y las tropas del rey aragonés Juan II sitiaron la Ciudad Condal, sometiénola a condiciones casi desesperadas. Rodrigo Borgia apoyó al rey aragonés, pero solicitó encarecidamente clemencia para los rebeldes, petición que fue aceptada con el consiguiente alivio de los barceloneses, los cuales siempre agradecieron este gesto del astuto Borgia. El propio vicescanciller, como magnífico

visionario, apostó desde entonces por la unión de los reinos de Castilla y Aragón, pensando quizás en las ventajas que la nueva potencia podía representar en el mantenimiento del precario equilibrio europeo. En cuanto a su quehacer religioso, no descuidó este aspecto a pesar del maremágnun político en el que se vio inmerso, y organizó un concilio en Segovia donde, tras reunir dirigentes eclesiásticos de toda la Península, dispuso algunas medidas para el buen gobierno de la nave católica en aquella tierra de frontera y convivencia con otras dos religiones, la hebrea y la islámica. Como ejemplo baste decir que condenó la ordenación masiva de sacerdotes ignorantes y animó a las diócesis a que mejorasen la formación cultural de los futuros clérigos.

En septiembre de 1473, tras dieciséis arduos meses de trabajo en la península Ibérica, el vicescanciller emprendió el viaje de regreso a Roma. Desde luego no se puede afirmar que las dos galeras que transportaban al cardenal y a su abundante séquito tuvieran una singladura apacible: más bien lo contrario, pues en octubre, cuando se acercaban a las costas italianas, se las vieron con una implacable tormenta que hundió uno de los navíos con casi doscientos pasajeros a bordo, los cuales, en su mayoría, perecieron ahogados. Los pocos supervivientes del desastre lograron subir al buque en el que se encontraba Rodrigo Borgia, y aunque en condiciones pésimas por las tremendas averías sufridas, la galera consiguió recalar en el puerto de Livon, en el litoral de la Toscana. Pero aquí no terminaron las zozobras acumuladas por la comitiva vaticana, y al poco del desembarco, Rodrigo Borgia y los suyos fueron atacados por un grupo de bandidos que les despojaron de sus bolsas y equipajes. De nada sirvió la carta que el legado papal envió a Lorenzo de Medici —señor de aquellas tierras—, quien hizo oídos sordos a la petición compensatoria efectuada por el maltrecho vicescanciller. En todo caso, el Borgia se encontraba sano y salvo en Italia. La misión para la que había sido enviado a la península Ibérica presentaba luces y sombras, pues si bien era cierto que su intervención había sentado las bases para el futuro Estado español, también era verdad que no se había conseguido por parte de los reinos hispanos el más mínimo apoyo para el esfuerzo de la cruzada contra el turco. No obstante, el fracaso del valenciano quedó atenuado por las respuestas que sus iguales trajeron de Europa y es que nadie, dentro de la cristiandad, estaba dispuesto a emprender ninguna lucha contra los enemigos otomanos. Las pésimas experiencias de otros siglos no invitaban a que se enarbolase bandera alguna frente al islam con gastos aparatosos en vidas y patrimonios que tan sólo servirían para debilitar aún más la precaria situación en la que se desenvolvía la mayor parte de los primigenios Estados modernos europeos. Por tanto, Sixto IV, muy a su pesar, tuvo que aceptar la decisión de los poderes terrenales. Desde entonces quedó claro y manifiesto que la cristiandad ya no estaba para más cruzadas.

En sus años de reinado, este papa no destacó por sus virtudes en cuanto a la gestión de los Estados Pontificios, aunque ha pasado a la historia por alguno de sus mecenazgos culturales. Transformado de modesto franciscano a opulento vicario de Cristo, no reparó en desembolsar 100.000 ducados para la confección de su tiara pontificia, aunque, seguramente, su hazaña más recordada sea la de ordenar la construcción de la Capilla Sixtina, un lugar que más tarde se realzaría con los frescos del inmortal Miguel Ángel y en el que se reunían los doscientos miembros de su corte personal. Además de esto, mandó construir el Ponte Sixtino sobre el río Tíber, gracias al cual se descongestionó notablemente el antiguo

puente del Santo Ángel, única posibilidad desde la Antigüedad para cruzar el cauce fluvial y que provocaba grandes aglomeraciones entre los peregrinos que acudían a las convocatorias de los años jubilaes. Sixto IV, sin poder jugar su baza de cruzadas, dedicó los años finales de su reinado a malgastar los fondos de las arcas vaticanas: emprendió una guerra contra Florencia y apoyó a los venecianos en su contienda contra Ferrara; aunque, como hecho más significado, debemos decir que animó a los reyes hispanos Isabel y Fernando a la constitución en 1478 de la Santa Inquisición, una institución severísima que otorgó tintes de leyenda negra a la Iglesia católica durante los siglos en los que se mantuvo vigente. Cuando falleció en el caluroso verano de 1484, pocos le lloraron, ni siquiera su leal vicescanciller Rodrigo Borgia, más ocupado por entonces en su querida prole legítima, unos niños que darían mucho que hablar como herederos del poder Borgia.

## LOS PRIMEROS HIJOS DE RODRIGO

En esta historia renacentista y llena de huecos documentales fidedignos, es sumamente difícil precisar la certeza de los sucesos que rodearon la vida de este Borgia tan descolante. En el capítulo de la descendencia, como el lector puede suponer, no faltan exegetas que defiendan variadas tesis sobre la supuesta prole generada por Rodrigo. Hay quien dice que ninguno de sus hijos, ni siquiera los reconocidos, fueron realmente suyos, siendo más bien sobrinos o tutelados a los que consideraba o declaraba hijos adoptivos. En cuanto a las mujeres que le acompañaron en su existencia tenemos la figura de Vanozza Catanei, el gran amor de Rodrigo Borgia, que se mantendría a su lado, con más o menos distancia, unos cuarenta años, si bien algunos investigadores defienden la posibilidad de varias féminas acogidas bajo el nombre de Vanozza, lo que añade mayor intriga a este conglomerado amoroso generado por el valenciano. Sobre los primeros vástagos de los que tenemos noticia debemos decir que el primogénito llevó por nombre Pedro Luis, en homenaje al hermano fallecido de Rodrigo. Unos dicen que nació de madre desconocida entre los años 1458 y 1463; otros afirman que la fecha más probable de su nacimiento fuese la de 1467; y autores no faltan para indicar que acaso la madre de este retoño bien pudiera ser la propia Vanozza, la misma que traería al mundo lustros más tarde a los famosos Juan, César, Lucrecia y Jofré. Como vemos, la escasez documental nos enfrenta a un enigma histórico de difícil resolución. En el caso del primogénito sí parece verificado que nació en España, dato que nos aleja de la presunta maternidad a cargo de la italiana Catanei. Este niño de crianza española llegó a formar parte de la corte aragonesa que servía al rey Fernando II. Siendo mozo recibió su bautismo de guerra en la lucha que se libraba contra los musulmanes nazaríes en Granada, participando con heroísmo en la batalla de Ronda (1485), hazaña por la que recibió del futuro Rey Católico el ducado de Gandía y el compromiso nupcial con María Enríquez, una de las primas más queridas del monarca aragonés. Sólo su prematura muerte mientras realizaba un enigmático viaje a Roma entre los años 1488-1491 truncó un ascenso imparable hacia el poder cuyas dimensiones, hoy en día, son complicadas de entender. Sobre Jerónima (1469-1483) e Isabel (1471-1547), nombres de sus siguientes descendientes, también, cómo no, se especula acerca de su incierto origen. Incluso en el caso de la mencionada Isabel se llega a comentar que fue tan sólo una sobrina tutelada de la rama más pobre de los Borgia. En cuanto a Jerónima, parece que su nacimiento está confirmado en 1469 y su aceptación oficial por parte de Rodrigo vino dada en un documento ambiguo redactado en enero de 1482 con motivo de la boda que se iba a celebrar entre ella y Gian Andrea Cesarini, documento en el que tampoco quedaba claro si era hija legítima o no. Sea como fuere, la infortunada Jerónima no pudo disfrutar mucho de su flamante condición de casada, pues falleció al año siguiente de sus esponsales, con tan sólo catorce años de edad. Un año más tarde, Isabel contraería matrimonio con Pietro Matuzzi, un secretario apostólico que daría buena vida a la modesta representante Borgia, la cual fallecería a la longeva edad de setenta y seis años.

En definitiva, como el lector puede observar, existe mucha distancia temporal entre estos tres primeros hijos y los cuatro siguientes, amén de dar por hecho que

no podemos valorar si hubo más entre estas dos camadas. Sí parece que existieron al menos otros dos hijos nacidos y acaso uno postumo de los que no tenemos muchos datos fiables. Aunque nos podemos sumar al juego de la especulación histórica si pensamos que Laura Orsini —hija de Giulia Farnese y Orsino Orsini— era en realidad fruto de los amores habidos entre Rodrigo Borgia y esta bella italiana de la que luego hablaremos. Por otra parte, existe la figura del primer hijo parido por Lucrecia Borgia, hija queridísima de Rodrigo de la que se llegaron a comentar con maledicencia numerosas relaciones incestuosas con sus hermanos y su propio padre, al que atribuyeron la paternidad de este niño conocido popularmente como el Infante Romano. Por tanto, siete hijos entre legítimos y bastardos, otros dos cubiertos por la incertidumbre y vaya usted a saber cuántos más quedaron por el camino sin que sepamos nada sobre ellos.

## LA FAMILIA OFICIAL DE RODRIGO

Al margen de incógnitas filogenéticas, lo que ha quedado para la historia con mayúsculas es que el papa Alejandro VI tuvo a su lado una mujer casi permanente llamada Vanozza Catanei, de cuyo seno materno nacieron cuatro vástagos considerados los legítimos Borgia, y por mucho que nos empeñemos en desempolvar hechos más o menos acreditados sobre las paternidades asumibles a Rodrigo Borgia, hoy en día queda para el común que los autorizados para dar relumbrón al apellido familiar fueron: Juan, César, Lucrecia y Jofré. Tampoco podemos valorar si el futuro papa español quiso más a Vanozza o a otras, pues lo cierto es que la Catanei fue el gran amor de su vida; eso sí, salpicado con ardorosos romances como el protagonizado por la bella y jovencísima Giulia Farnese. Acerca de Vanozza Catanei tampoco es que se sepa lo suficiente como para esbozar una biografía de cierta Habilidad. En su tumba figura que vivió setenta y seis años, cuatro meses y trece días. Puesto que el óbito se produjo el 26 de noviembre de 1518, queda claro que la Catanei vino al mundo el 13 de julio de 1442. Seguramente lo hizo en Roma, aunque este extremo nunca se ha confirmado con exactitud. De lo que no existe la menor duda es de su sobresaliente belleza, una virtud física exaltada por sus coetáneos, si bien apenas existen testimonios pictóricos sobre este hecho. Algún cuadro de la época nos la presenta como una fémica de rostro ovalado con rasgos agraciados y sedoso pelo negro acompañando a unos ojos de mirada profunda e inteligente. Y lo cierto es que Vanozza —diminutivo cariñoso de Giovanna— era mujer de alta capacidad intelectual, lo que a buen seguro provocó el interés del cardenal Borgia, hombre mundano acostumbrado a los placeres del cuerpo y a la compañía de exuberantes mozas, en la mayoría de los casos portadoras de simple estética corporal, pero carentes de un cerebro capaz de interpelar con profundo calado. En el caso de la Catanei sus turgentes formas eran un simple complemento que adornaba su brillante lucidez, con lo que Rodrigo pudo disfrutar de una compañera perfecta, no sólo en la cama, sino también en largas veladas al calor de una buena conversación. Vanozza supo mejor que nadie cómo era el interior del futuro papa, sus inquietudes, anhelos y ambiciones más secretas, a quiénes consideraba enemigos y a quiénes sinceros aliados. Fue su amante, su cómplice y, como ya hemos dicho, el gran amor de su vida a pesar de la irrupción fogosa, en 1489, de la joven y bella Giulia Farnese. En lo que respecta al romance entre Rodrigo y Vanozza, parece comprobado que, aunque se habían conocido tiempo atrás, la relación estable se inició hacia 1446. Es por ello que muchos especulan con la posibilidad de atribuir a Vanozza la maternidad de los tres primeros vástagos Borgia: Pedro Luis, al cual algunos biógrafos hacen nacer en Jerónima en 1469 e Isabel en 1471. Ya hemos explicado que esta teoría es poco probable por causas antes expuestas. De lo que no cabe duda es de que la nombrada Vanozza Catanei fue en tres ocasiones diferentes al altar para desposarse con otros tantos maridos elegidos por la mano de su relevante amante. No olvidemos que en aquellos tiempos, aunque estaba prohibido el matrimonio al clero, se consentía tácitamente el sostenimiento de concubinas procuradoras de hijos legítimos y naturales. Y es verdad que para una aspirante a cortesana era todo un privilegio que un preboste

eclesiástico se fijase en ella. Observe el lector este curioso dato extraído de un censo elaborado en Roma unos veinte años antes de ser proclamado Rodrigo sumo pontífice. Hacia 1472 existían más de 50.000 habitantes empadronados en la capital del Tíber, con un amplio porcentaje de varones que trabajaban en la Santa Sede ubicados en diversos oficios. Pues bien, en los suburbios de la ciudad se contabilizaron más de 6.800 prostitutas que prestaban sus servicios en los acreditados burdeles capitalinos. En muchas ocasiones el atractivo de estas mujeres era motivo de elección por parte de los representantes de grandes familias o fortunas, y para ellas se levantaban palacios o se creaban negocios que otorgaban magnífica vida a las agraciadas. No se puede afirmar, a tenor de los escasos documentos, que Vanozza Catanei formara parte de esta corte integrada por aspirantes a todo, ni tampoco se puede defender que proviniera de una modesta familia burguesa con escasos recursos económicos. Lo únicamente valorable es que apareció en la vida del llamado a ser el hombre más importante de su tiempo y que le ofreció grandes dosis de paz, sosiego y estabilidad emocional, lo que no deja de ser un hecho fundamental para esta historia tan original. Por otra parte, nos podemos preguntar cómo fue posible que esta gran mujer fuese dando a luz vástagos Borgia mientras mantenía nada menos que tres matrimonios de conveniencia. Es muy fácil responder a esta cuestión, pues Rodrigo, al igual que otros de su rango, pretendía en todo momento mantener las formas, evitando así escándalos poco recomendables. De esa guisa pasaron por la existencia de Vanozza Domenico D'Arignano, Giorgio della Croce y Cario Canale, personajes que aceptaron de grado a Rodrigo Borgia como hombre principal en la existencia de la Catanei, a cambio de una vida cómoda con ingresos suficientes para no pensar en nada más que en el menú o la fiesta que podrían degustar cada día. En resumen, Rodrigo Borgia, convertido ya en uno de los cardenales más influyentes de la curia vaticana, creó para sí mismo una situación emocional muy estable al lado de una mujer digna de su altura social que jamás le traicionaría, ofreciéndole, en todo momento, amor, comprensión y sobre todo ansiados herederos para mantener la gloriosa dinastía que él soñaba. A cambio, la cubrió generosamente con toda suerte de prebendas, incluida la gestión de una red de posadas romanas exentas de la mayoría de los pagos tributarios a la Santa Sede, así como de un suntuoso palacio habilitado para su residencia. Al fin comenzaron a llegar los niños y es aquí donde nos topamos con otro problema cubierto por el tinte de enigma histórico. Y es que todavía no nos ponemos de acuerdo sobre quién fue el primogénito de esta nueva prole Borgia. Según algunos esta distinción hay que atribuírsela a César, nacido el 14 de septiembre de 1475 en el romano convento de Subiaco. A éste le seguiría un año más tarde Giovanni o Juan. Según esta secuencia de nacimientos, parece ilógica la distribución de cargos y responsabilidades que su padre les concedió años más tarde. No olvidemos que el primer filogenético siempre estaba destinado a la administración del patrimonio y al ejército, mientras que el segundo nacido era destinado (como ocurrió con Rodrigo) a los oficios de la Iglesia. Sin embargo, Rodrigo Borgia trastocó esta costumbre concediendo a su primogénito el capelo cardenalicio, mientras otorgaba el mando de los ejércitos vaticanos, y lo que es más curioso, el ducado de Gandía —un título heredado de su primer primogénito, Pedro Luis— a Juan. Todo esto nos hace sospechar que en realidad el primero en nacer fue Juan, y para ello se baraja el año de 1474. Un pequeño galimatías que en ningún caso trastocó la biografía de

este poderoso clan.

Entremos pues en un análisis más pormenorizado sobre los primeros años de los herederos Borgia, cuando aún restaban más de tres lustros para que su padre reconocido ocupara el trono de Pedro en la tierra, y sepamos de paso en qué situación se hallaban algunas de las repúblicas italianas en aquella época que vio nacer a los hijos de Rodrigo Borgia.

## LA ITALIA QUE VIVIERON LOS BORGIA

El momento histórico que albergó a nuestra familia protagonista es uno de los más luminosos e interesantes del acontecer humano. Los cambios políticos de alta magnitud dieron como fruto la concepción moderna de los Estados, a lo cual se añadieron las flamantes sensaciones artísticas e intelectuales que desembocaron en el Renacimiento. Los humanistas dejaban a un lado lo espiritual para otorgar mayor importancia a las necesidades terrenas del hombre. Eran momentos convulsos, con la permanente amenaza de la guerra encarnada en banderas enseñoeadas por la media luna y la cruz. En lo que respecta a Italia conviene que nos pongamos al tanto de los hechos que adornaron este fundamental periodo histórico; de ese modo entenderemos un poco mejor los escenarios y actores que acompañaron a los Borgia en su peripecia vital.

El siglo XV italiano fue contexto de cortes señoriales, principados y ducados hereditarios. Quienes rigieron su gobierno dieron fundamento a las grandes dinastías italianas: los Visconti y Sforza en Milán; la casa Gonzaga en Mantua; los Este en Ferrara; los Montefeltro y Lante della Rovere en Urbino. Aunque también existieron casos excepcionales de ciudades o territorios que optaron por el orden republicano: fueron ejemplo de ello la serenísima Venecia o la región Toscana, geografías cuya gestión política estuvo de todos modos marcada por poderosos intereses oligárquicos. En el caso de Florencia, la familia Medici sobresalió por encima del resto de las sagas aristocráticas como Albizzi, Pitti y Pazzi. A la sombra del Estado Pontificio prosperaron linajes nobles de Roma como los Colonna, Savelli, Orsini, Anguillara y por supuesto los Borgia. En todo caso, clanes arraigados hacía siglos en la bota italiana y muy acostumbrados a la vendetta, la conjura o incluso la guerra abierta con tal de ver prevalecer su especial modo de vida en aquellas latitudes devastadas por el hambre, los conflictos bélicos o las epidemias.

A finales de esta centuria, cinco Estados litigaban por ensanchar sus marcas de influencia y ejercer el poder sobre los demás. En el noroeste dominaban los Sforza, que desde el último Visconti habían heredado el ducado milanés. Al no tener herederos varones, Filippo Maria Visconti había dado en matrimonio a su hija Bianca Maria a su mejor general, Francesco Sforza. Éste tuvo dos hijos: Ludovico y Galeazzo Maria, quien se casó con Isabel de Aragón, hija de Alfonso, futuro rey de Nápoles. Al morir Galeazzo, el testigo pasó a su hijo Gian Galeazzo, de tan sólo siete años de edad y que quedó sujeto a la regencia de su tío Ludovico, conocido por el sobrenombre de *el Moro*, un hombre de lúcida inteligencia que se hizo presto con el mando, convirtiéndose en un jefe de Estado que necesitaba con urgencia herederos que mantuviesen el recién establecido linaje de poder. Con dicho propósito contrajo nupcias a los treinta y nueve años de edad con la bella Beatriz d'Este y en 1493 cumplió su sueño con la llegada al mundo de su primogénito Maximiliano. Sólo existía un inconveniente y es que el anterior heredero, Galeazzo, seguía vivo, por lo que se suscitó una enconada pugna por ver quién debía asumir legalmente el gobierno milanés. En 1494 el nieto de Alfonso el Magnánimo ocupó el trono de Nápoles y Ludovico se vio obligado a solicitar la peligrosa ayuda francesa, que terminó en declarada invasión. Seis años más tarde,

Ludovico se encontraba prisionero de los franceses y falleció de esa guisa dejando sus dominios, temporalmente, en manos galas. Desde entonces no faltarían emociones en esta zona norteña de la bota italiana.

Pero siguiendo con nuestro recorrido geográfico diremos que frente a los Sforza se posicionó la Serenísima República Veneciana, cada vez más pujante en este siglo que abandonaba la desgastada Edad Media. Venecia, dada su ubicación geográfica en la que predominaba un defensivo conglomerado de pantanos y lagunas que protegían la ciudad de ataques imprevistos por tierra, pudo prosperar gracias, en buena parte, a la razonable organización de sus instituciones públicas, lo que dio de facto a la ciudadanía una buena calidad de vida, con negocios de importación y exportación que permitieron la prosperidad y el establecimiento de colonias comerciales. Como curiosidad cabe decir que en 1403 los venecianos impusieron un período de espera a quien pretendiese entrar en la ciudad, a fin de observar si estaba aquejado de peste. Con el tiempo, este lapso de espera se fijó en cuarenta días y se convirtió en una institución llamada *cuarentena*, una de las primeras medidas higiénicas contra la extensión de la enfermedad. El poder veneciano era ostentado por una oligarquía de notables de vieja tradición y acreditada habilidad comercial, asunto que les había enriquecido lo suficiente como para dejar de pensar en la simple supervivencia de su estilo de vida y centrarse en otras ambiciones más apetecibles. Por ejemplo, la expansión por el resto de Italia a costa de Lombardía, los Estados Pontificios o el propio Nápoles, cuyas costas adriáticas eran sed de codicia para la potente flota veneciana. En el exterior, los venecianos chocaron frontalmente con el imparable avance del imperio turco. En 1430, Venecia perdió la recién adquirida ciudad griega de Tesalónica, con lo que de alguna manera se empezaba a poner fin al sueño de expansión colonial por el Mediterráneo, aunque en esa misma época la república logró derrotar a Milán, anexionándose una considerable parte de la Italia nororiental, conocida más tarde como el Véneto. Este conflicto fijó definitivamente las aspiraciones de la Serenísima a la pura geografía italiana, pues su propagación a costa de Milán involucraría a Venecia en las guerras territoriales de Italia, impidiéndole un duelo más equilibrado contra los otomanos.

En lo que se refiere a Florencia, la capital de la Toscana se mantenía a la expectativa respecto de Venecia, ante cualquier ataque de su poderosa vecina. Sin embargo, esta hermosa ciudad encontró en la figura de Lorenzo de Medici, *el Magnífico* (1449-1492), al político más hábil y astuto de su tiempo. Tengamos en cuenta que si Italia disfrutó durante bastantes años de una paz relativa, el mérito hay que atribuírselo sin duda a este singular mandatario, el cual, gracias a sus innegables dotes diplomáticas, evitó mucho derramamiento de sangre entre las potencias locales italianas. Seguramente en la genética del Magnífico quedó impreso un buen porcentaje de su abuelo Cosme el Viejo, hombre del que heredó, además de un inmenso patrimonio económico, la inteligencia y la ambición necesarias para ejercer un poderoso liderazgo sin malgastarse en la exigente primera línea de la política. En 1474 Florencia se alió con Milán y Venecia para garantizar el statu quo del centronorte. Pero esta alianza alarmó al papa Sixto IV, quien en represalia retiró de los bancos de los Medici la gestión de las finanzas pontificias, transfiriendo la responsabilidad a la familia florentina de los Pazzi. En todo caso, Florencia se constituyó en esta época como gran epicentro de la cultura mundial. Se puede decir, dadas las constantes miradas hacia el mundo antiguo,

que fue una nueva Atenas emanadora de un magma cultural pocas veces visto desde los siglos helenísticos. Los renacentistas proclamaban el fin de diez siglos de oscuridad medieval y tomaban como referencia a los clásicos griegos, pensando que aquéllos habían sido sin duda mejores que los que les siguieron. Es por ello que Cosme de Medici (1389-1464) se convirtió en el gran mecenas e impulsor del Renacimiento en Florencia, protegiendo no sólo a los estudiosos italianos, sino también a los artistas e intelectuales de la mortecina Constantinopla, a los que animó para trasladarse a Italia llevando cualquier obra erudita griega que pudiera traducirse al latín. Uno de estos inmigrantes forzosos fue el ya mencionado Bessarion (1403-1472), quien trabajó en vano para lograr la unión de las Iglesias griega y romana. Fue nombrado cardenal en 1439 y tradujo las obras de Aristóteles y Jenofonte. Asimismo, uno de los más grandes artistas de este siglo y protegido por Florencia fue el escultor Donatello (1386-1466). Por su parte, León Battista Alberti (1404-1472) personificó al *hombre del Renacimiento*, definiéndolo como aquel que sobresale en muchas materias. El propio Alberti fue el mejor ejemplo de ello, destacando como pintor, escultor, arquitecto, músico, además de un gran matemático y formulador de las leyes de la perspectiva. Con Lorenzo el Magnífico, Florencia alcanzó la cumbre de su esplendor con máximos exponentes del arte como Sandro Botticelli, Miguel Ángel Buonarroti o el propio Leonardo da Vinci. De estos dos últimos hablaremos más adelante, pues durante una etapa de su vida estuvieron al servicio de los Borgia.

La Toscana limitaba al sur con los Estados Pontificios, que a su vez guardaban las espaldas del reino de Nápoles, dominado por los aragoneses desde hacía varias décadas. Aunque en este tiempo ni el rey Alfonso V el Magnánimo ni sus sucesores pudieron ejercer un control absoluto sobre la levantisca nobleza local, siempre dispuesta a sangrientas revueltas contra sus gobernantes extranjeros.

El Magnánimo tampoco dejó un brillante recuerdo a causa de su carácter terco y cruel. Aunque ayudó a los pobres y supo ganarse con su generosidad las simpatías de los artistas, literatos y filósofos, arruinó al resto de sus súbditos. Murió en 1458 sin herederos legítimos y dejó la corona a su hijo putativo Fernando, o Ferrante. Pese a la polémica, el papa Calixto III no dudó en reconocerlo como hijo de Alfonso, si bien le denegó el título de rey, pues ambicionaba ese trono para su sobrino Pedro Luis Borgia, sueño que, como ya sabemos, no se cumplió. A pesar de cuanto podía esperarse, el rey Ferrante se manifestó como mejor gobernante que su padre y en política tejió una sólida red de alianzas al casar a su hija Maria con el duque de Amalfi, a su hijo Alfonso con Ippolita Maria Sforza y a otra hija con el húngaro Matías Corvino. A su muerte en 1494, su reino gozaba de gran solidez, pero tampoco dejó herederos directos, por lo que algunos iniciaron una suerte de disputas a fin de apropiarse del goloso Estado mediterráneo. Uno de ellos fue Carlos VIII de Francia, quien se autoproclamó Luis II de Nápoles y partió a su presunta adquisición territorial con la intención de sentar sus reales en aquella latitud. Algo bien distinto debió de pensar el monarca Fernando II de Aragón, quien decidió plantar cara al francés enviando sus ejércitos bajo el mando de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, con lo que estallaron las famosas guerras de Italia que ganó brillantemente la recién fundada España. Fue una gran victoria que impulsó la fama de los, desde entonces y por un siglo y medio, invictos *tercios españoles*, permitiendo de paso que las banderas hispanas ondearan en Nápoles algunos siglos más.

En todo caso, los jóvenes Borgia se fueron preparando a conciencia para integrarse en un mundo dominado por la inestabilidad, la codicia y los constantes cataclismos en las diferentes cúpulas de poder. Por tanto, comenzaron a crecer en un contexto impregnado de dureza, frialdad y necesaria razón de Estado. Unos niños que, de grado o por la fuerza, tendrían que ser distintos al resto, pues así lo imponía la estricta conciencia de clase defendida por su implacable progenitor. Sólo así se elevarían un peldaño más que el resto de las familias influyentes, las cuales pretendían ejercer el mismo poder que ellos ostentaban.

## CONCIENCIA DE ESTIRPE

Rodrigo Borgia regresó de su viaje a España en 1473 con la bolsa muy mermada, pues en aquella época los elegidos para estas misiones especiales debían asumir forzosamente los costes económicos de las expediciones. El cardenal llegó justo en el tiempo en que nació, a decir de algunos, su hijo Juan y parece constatado que el niño fue enviado a España para criarse en compañía de su hermanastro Pedro Luis, quien todavía infante se educaba bajo el influjo de la corte aragonesa. Aún restaban unos años para que el primogénito natural de Rodrigo asumiera el ducado de Gandía, el mismo título nobiliario que tras la muerte de Pedro Luis iría a parar al propio Juan, quien, como ya hemos especulado, bien pudo ser el hijo mayor de la prole oficial engendrada por el cardenal valenciano. Se debería a ello que, tras el fallecimiento inesperado de Pedro Luis, el propio Juan asumiera el ducado de Gandía y de paso el compromiso nupcial con María Enríquez, prima del futuro Rey Católico, con quien Juan se casaría en 1491. En cuanto a César, disponemos, dada su tremenda popularidad posterior, de bastantes referencias historiográficas, incluida su carta astrológica elaborada el día de su nacimiento por el mayordomo y astrólogo de Rodrigo, Lorenzo Behaim, hombre relacionado con las artes ocultas y de absoluta confianza para él, quien, a pesar de ser preboste eclesiástico y presuntamente enfrentado a las mancias mistericas, no desaprovechaba la ocasión de poseer magos de cabecera tal y como hacían sus iguales de la curia u otros magnates seculares. En dicha carta astral, datada el 14 de septiembre de 1475, se podía leer lo siguiente: «A la hora de tu nacimiento, el Sol se encontraba en su fase ascendente, la Luna en la séptima, Marte en la décima, Júpiter en la cuarta. Todos estos signos auguran que tendrás una existencia fulgurante, una vida de conquistas y de gloria, el ascenso irresistible a una potencia soberana, pero asimismo la caída, el exilio y una muerte violenta como epílogo». Lo cierto es que, se crea o no en estas cuestiones astrológicas, lo escrito por Behaim fue una auténtica profecía que se cumplió a rajatabla, como más tarde se pudo comprobar en la trayectoria vital del Borgia más célebre.

Mientras tanto, su padre seguía prosperando en el núcleo duro de la Santa Sede y en 1475 fue comisionado junto al cardenal Giuliano della Rovere por Sixto IV para recibir la visita en Roma del rey Ferrante de Nápoles. Justo dos años después, el propio Rodrigo viajaría al reino napolitano en calidad de legado papal para asistir a los esponsales del monarca con Juana de Aragón, asunto considerado entonces como de alto calado político y que no recibió la visita del propio papa al encontrarse éste sumido en la resolución de los múltiples problemas que acuciaban a los Estados Pontificios. Hay quien ve en esta designación un claro favoritismo por parte de Sixto IV hacia el que él consideraba su mejor lugarteniente en detrimento del soberbio Giuliano della Rovere, uno de los tres sobrinos de Sixto IV ungidos con el capelo cardenalicio y que ya en esos años soñaba con alcanzar el solio pontificio. Como es lógico, Rodrigo Borgia era como vicescanciller vaticano el obstáculo a salvar por el ambicioso Della Rovere, y es aquí donde se acrecentó el odio que se profesaban ambos dirigentes eclesiásticos. Más tarde este familiar poco querido por su tío conseguiría su meta cuando fue proclamado en 1503 papa bajo el nombre de Julio II, convirtiéndose en uno de los máximos detractores de los

Borgia y artífice de su injusta leyenda negra.

Pero volviendo a la educación de César Borgia, diremos que en su condición de segundo filogenético fue destinado, muy a su pesar, a los oficios de la Iglesia, y con tan sólo seis años de edad fue nombrado canónigo de la catedral de Valencia, archidiácono de Játiva y protonotario apostólico. Al año siguiente se le otorgaron las dignidades de rector de Gandía y prepósito de Albar. Por entonces ya habían nacido sus otros dos hermanos, Lucrecia y Jofré. Más tarde, tras la muerte de Sixto IV y la elección del siguiente papa, Inocencio VIII, en la que por supuesto influyó una vez más el eterno vicescanciller Rodrigo Borgia, el pequeño César asumió nuevas distinciones como las de tesorero de las catedrales de Cartagena y Mallorca, canónigo de la Seo de Lérida o archidiácono de Tarragona, cargos que reportaban magros beneficios para su titular a pesar de los escasos años que contaba. En 1486 su progenitor decidió encomendar la tutela educativa de César y Lucrecia a doña Adriana de Milá, una ilustre prima del cardenal valenciano casada con Ludovico Orsini y que había fijado su residencia familiar en el palacio que los Orsini poseían en Monte Giordano, un lugar suntuoso, cómodo y cercano a la residencia oficial del cardenal Borgia. La Milá tenía tantos detractores como partidarios. Los primeros aseguraban que era fémica despiadada, fría y tan sólo adicta a su poderoso pariente Borgia. Los segundos, en cambio, defendían que doña Adriana era prototipo de mujer renacentista entregada al fomento de la cultura y al refinamiento de sus modales cortesanos. En todo caso, no existía mucha distancia intelectual entre Adriana de Milá y Vanozza Catanei (quien, a pesar de todo, se quedó con el pequeño Jofré), por lo que debemos presumir que en ese año la relación sentimental entre Rodrigo y su amante oficial había llegado a su fin, aunque debemos señalar que la bella italiana mantuvo lealtad y respeto incommovibles hacia el hombre de su vida, actitud que se prolongaría hasta la tumba. Los preceptores de César fueron seleccionados escrupulosamente por Rodrigo, quien deseaba la mejor formación para su vástago preferido. De ese modo fueron contratados grandes maestros como Spannolio de Mallorca, miembro de la Academia Romana, o el humanista valenciano Juan Vera, quien llegaría a ser nombrado cardenal. César descolló de inmediato y se mostró como muchacho adornado por una luz especial. En ese fulgor muchos creyeron ver el halo carismático que elevaba a los Borgia hasta la cúspide del poder absoluto. No es de extrañar pues que su padre decidiera inscribirle con tan sólo catorce años de edad en la prestigiosa Universidad de Perugia, donde cursó estudios de Derecho Canónico. Dos años más tarde, el 12 de septiembre de 1491, César fue ordenado obispo de Pamplona, justo al tiempo de ingresar en la Universidad de Pisa para completar sus estudios teológicos.

En estos años de juventud, el heredero Borgia vivió como un gran príncipe renacentista, rodeado por decenas de cortesanos émulo de su actitud vital y partícipes de sus excéntricos desmanes. César vestía, en casi todas las ocasiones, carísimas ropas seculares, una impedimenta que le hacía brillar en las fastuosas fiestas que organizaba, así como en torneos de caza, justas o frivolidades varias donde, por supuesto, siempre estaba a la cabeza de la galanura. Lo cierto es que el joven Borgia llamaba poderosamente la atención. Su magnetismo personal quedaba reforzado por una imponente presencia física ornamentada por cabellos castaños, tez morena y unos profundos ojos oscuros. A esto añadía su rabioso

vigor corporal y no faltaban en él alardes típicos de la mocedad, como derroches físicos en los que rompía lanzas con la fuerza de sus manos o realizaba grandes cabalgadas hasta la extenuación del equino. En definitiva, un prodigio de la naturaleza que no parecía destinado al sosiego de los hábitos eclesiásticos y sí más bien al entusiasmo de la guerra o al fogoso ayuntamiento carnal con mil enamoradas jovencitas. Se puede decir que César Borgia era, en efecto, un digno sucesor en lo mundano de su orgulloso padre, el cual no quiso poner freno a los habituales excesos protagonizados por su vástago, pues él mismo consideraba que el flamante obispo navarro se encontraba a la altura, o quizás por encima, de cualquier gobernante de su época. Según esto, en la conducta de César Borgia Rodrigo veía reflejado todo el universo que él había soñado para su estirpe. Era sin duda el punto álgido de una conciencia de clase entrenada para la supervivencia a costa de quien fuera y César, desde luego, se constituyó en máximo representante de dicha condición.

En cuanto a su hermana Lucrecia, no le fue a la zaga en carisma, aunque con otro talante que la diferenciaba de su clan, pues nunca buscó el protagonismo exagerado que pretendían su padre y hermanos. Ella tan sólo se limitó a intentar ser feliz, mientras obedecía cuantos dictámenes se tejían para su azarosa existencia. Nacida en Roma el 18 de abril de 1480, pronto destacó por su viva simpatía y bello rostro, donde predominaban dos inmensos ojos azules adornados por los bucles dorados de sus largos cabellos. La niña se parecía a sus hermanos mayores César y Juan, sobre todo a este último, del que siempre se dijo que estuvo enamorada platónicamente. Como correspondía a una joven de su clase, recibió la mejor educación posible, sobresaliendo en algunas áreas tales como danza, música, declamación y pintura. Además fueron cuatro las lenguas que Lucrecia llegó a dominar perfectamente: italiano, latín, francés y español. La preparación académica que estaba desarrollando la hermosa muchachita complacía a su padre, quien, en la idea de aprovechar la belleza de su hija, pronto arregló una ventajosa boda con la noble familia valenciana de los condes de Oliva.

En 1491 Lucrecia era desposada por poderes con Juan Querubín de Centelles, primogénito de los condes y señor de Val d'Ayora. Sin embargo, un año más tarde el vicescanciller se lo pensó mejor, rompiendo el enlace sin que los niños unidos en matrimonio llegaran a conocerse jamás. Para este tiempo, Rodrigo ya tenía en mente a Gaspar de Prócida y Aversa como nuevo candidato a yerno, asunto que tampoco llegó a cuajar, pues en el camino se cruzó nada menos que la elección papal de Rodrigo, por lo que el aspirante a ser marido de Lucrecia debía aportar mayor realengo e influencia a la causa de los Borgia.

En lo que se refiere a Jofré o Godofredo, poco podemos apuntar sobre su infancia, acaso que permaneció durante sus primeros años de vida bajo la tutela de su madre Vanozza, convirtiéndose en un niño frágil y mimoso que echó en falta la compañía de sus hermanos una vez estos fueron entregados a doña Adriana de Milá, por lo que, no tardando mucho, él mismo fue enviado a Monte Giordano, donde pasó el tiempo hasta la consagración de su padre como papa. Jofré era el menos agraciado de la prole y quizás fue el peor preparado de todos, posiblemente por esa injusta catalogación que Rodrigo hizo con su descendencia.

En resumen, la llegada del año 1492, momento clave para los Borgia por el acceso del progenitor al solio pontificio, nos deja cinco hijos vivos por la muerte prematura de Pedro Luis y Jerónima. Quedaban, por tanto: Isabel, de veintiún años

de edad, Juan con dieciocho, César con diecisiete, Lucrecia con doce y Jofré con apenas once. Para todos ellos se abría un mundo lleno de sobresaltos y capítulos graves, pero también de oropel, alegrías y victorias. Bueno será que sepamos cómo fueron los años previos a esta fecha para Rodrigo Borgia.

## PRÓLOGO PARA UN PAPA

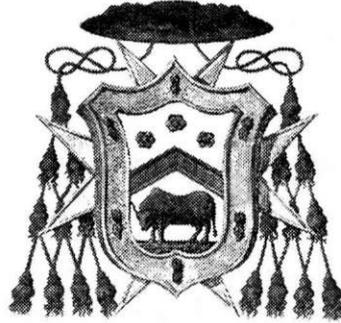
Tras la muerte de Sixto IV en 1484, se produjo el consabido *maremágnum* agitador de la curia vaticana. No pocos eran los intereses que se cruzaban tras las paredes de las estancias papales y los cardenales con cierto ascendiente iniciaron las consultas de rigor a fin de preparar el cónclave del que surgiera un nuevo pontífice. Como ya era costumbre desde hacía años, tanto Rodrigo Borgia como Giuliano della Rovere movieron sus influencias con el propósito de elegir al más indicado y maleable. Fueron días de dura lucha y constantes votaciones en los que no sólo se debía resolver quién debía ostentar la vicaría de Dios en la tierra, sino también qué cardenal era el más fuerte de todos, con suficientes argumentos económicos y morales que impusieran su criterio al resto de los preladados. Finalmente, el vicescanciller Borgia consiguió reunir los apoyos suficientes en torno al genovés Gian Battista Cibo, quien fue ungido con la gracia de Inocencio VIII. Como es obvio, el eficaz Rodrigo fue ratificado por quinta vez en su cargo de vicescanciller, con la consiguiente molestia de Giuliano della Rovere, el cual tendría que esperar algunos años más para consumir sus propósitos de ocupar algún día el trono de Pedro en la tierra. Ese mismo año el papa Inocencio VIII promulgó la bula *Summis desiderantes affectibus* contra la brujería, reconociendo así su existencia.

Este pontífice fue hombre de natural bondadoso, aunque débil de carácter a causa de sus frecuentes enfermedades y dolencias, lo que le ponía en manos de sus consejeros con demasiada frecuencia y, en múltiples ocasiones, en momentos de importancia. Recordemos que en estos años los Estados italianos se debatían en constantes enfrentamientos políticos y militares, por lo que se precisaban grandes mediadores que impusiesen cordura en las interminables negociaciones. Inocencio VIII no era desde luego un buen negociador, y menos ante los problemas que planteaba el vecino reino de Nápoles. Precisamente el primer conflicto de envergadura se dio en 1485, cuando el monarca napolitano Ferrante se negó a pagar el censo feudal a los Estados Pontificios. Dicha hostilidad se vio acentuada por las crueldades que el obstinado soberano ejercía contra los súbditos del papa. Ferrante, ante la inminente contienda, buscó el apoyo de Hungría, Milán y la familia Medici. Por su parte, Inocencio VIII tan sólo pudo recabar la ayuda de su natal Génova, lo que le llevó, muy a su pesar, a solicitar una alianza con Francia, poderoso enemigo de Nápoles, asunto que incitó a Ferrante a la firma de una paz que, a pesar de todo, nunca llegó a cumplirse. Las consecuencias de este enfrentamiento fueron, en algún sentido, funestas. Ejemplo de ellos fue la obstaculización que se produjo en la guerra contra el turco, aunque el papa no olvidó esta eterna lucha contra la media luna e hizo ver a los Estados europeos la gravedad del peligro otomano, enviando legados a España, Alemania y Francia. En el primer caso se obtuvo escasa repercusión, pues por entonces Castilla y Aragón se encontraban enfrascados en la guerra final contra los musulmanes de Granada, mientras que Alemania y Francia tampoco quisieron sumarse a ninguna liga contra los turcos, dada la precariedad de sus políticas internas. Si bien se sabe que Inocencio VIII protegió las artes, la mayor parte de las obras de esta época se han perdido. También veló solícitamente por la pureza de la fe, de lo que da muestra su

comportamiento con el famoso filósofo Pico della Mirandola. Cuando éste se presentó en la Ciudad Eterna para exponer sus teorías, el papa nombró una comisión de teólogos, obispos y juristas que examinaron sus tesis y decidieron que eran heréticas y paganas, con lo cual Inocencio VIII optó por prohibir la disputa pública con el defensor del neoplatonismo.

En lo concerniente a España, autorizó la unión a la corona de las tres órdenes militares de Calatrava, Santiago y Alcántara, y cuando el 2 de enero de 1492 las tropas de Isabel y Fernando entraron triunfales en la ciudad de Granada poniendo fin a setecientos ochenta años de presencia musulmana en la península Ibérica, ordenó que el magno evento se celebrase con la pompa requerida por todas las calles de Roma. El propio Rodrigo Borgia se sumó a las celebraciones organizando en su palacio un espectáculo taurino en el que se dio muerte a tres bravos toros ante el asombro de una concurrencia entre la que se encontraba el papa.

A decir verdad, todo el papado de Inocencio VIII estuvo caracterizado por enormes fastos, pero también por el incremento de la compraventa de los puestos eclesiásticos, el auge de las supersticiones y las peregrinaciones masivas que marcaron un periodo de crisis moral en el seno de la Iglesia. Falleció en Roma tras una lenta agonía en un caluroso mes de julio de 1492, dejando abierta la incógnita sobre quién sería el siguiente en asumir el cetro de la Iglesia católica. Por supuesto, candidatos no iban a faltar, ya que, una vez más, la práctica totalidad de las familias influyentes italianas querían ejercer la opción de ver a uno de los suyos en el epicentro del poder religioso cristiano en la tierra.



II PARTE

ALEJANDRO VI,  
UN PAPA ESPAÑOL EN EL VATICANO  
[1492-1498]

## UN AÑO DECISIVO

EL AÑO DE 1492 QUEDARÁ SEMBRADO PARA LA HISTORIA DE grandes y trascendentales episodios. Acaso el principal de ellos fue el del descubrimiento oficial de América, con la consiguiente proyección universal de la flamante corona española, en la concepción de la cual, como ya sabemos, Rodrigo Borgia tuvo tanto que ver. En lo que respecta al veterano cardenal, esta fecha fue desde luego la más recordada de su biografía, pues accedió, tras paciente espera, al ansiado solio pontificio. En realidad, para el ilustre valenciano la llegada al papado fue la meta final de una larga y consolidada carrera eclesiástica en la que consiguió ser mano derecha y eficaz asesor de nada menos que cinco papas. Ahora, tras la muerte de Inocencio VIII, el eterno vicescanciller, que ya contaba sesenta y un años de edad, no quiso esperar más tiempo ni desvelar cómo serían las incógnitas de un nuevo pontífice en su vida, por lo que se lanzó sin ambages a la conquista de un trono para el que estaba preparado y más que cualificado. Todo esto a sabiendas de que la asunción de este poder absoluto y las decisiones que tendría que tomar le granjearían un sinfín de envidias enemigas que a la postre supondrían el desencadenamiento de la famosa leyenda negra que rodeó a los Borgia. Pero a buen seguro que Rodrigo sopesó pros y contras del horizonte que se abría para él y su dinastía, y el resultado del análisis debió de convencerle, pues tras el fallecimiento de Inocencio VIII, acontecido el 25 de julio de 1492, inició su particular carrera para hacerse con la máxima dignidad de la Santa Sede. Como era costumbre, la muerte del papa desató en el interregno toda suerte de algaradas y protestas públicas por parte de un pueblo siempre enojado con sus corruptos gobernantes teocráticos. Cardenales, obispos y clérigos relevantes se parapetaron en sus fortalezas y palacios del Borgo y del Ponte. El propio vicescanciller se tuvo que reunir con diferentes representantes del pueblo romano a los que prometió la concesión de algunas exigencias formuladas al calor del evidente debilitamiento pontificio. Lo cierto es que cada vez que fallecía un papa todo el mundo intentaba obtener justo beneficio del caos, y para esto nadie mejor que Rodrigo Borgia, un hombre avezado en estas lides después de haber vivido tan de cerca cinco exequias pertenecientes a otros tantos vicarios de Cristo en la tierra. Al fin, calmada la plebe y enterrado el papa con el ritual preceptivo, el colegio cardenalicio se pudo reunir con aparente tranquilidad. Fue un cónclave extraño que ha pasado a la historia como ejemplo de escandalosa simonía, aunque en realidad no fue muy distinto a otros anteriores y posteriores en los que prevalecieron intereses más mundanos que celestiales. Recordemos que cada vez que se elegía a un nuevo sumo pontífice concurrían a las reuniones del cónclave de príncipes electores todas las vertientes del poder encarnadas en monarcas poderosos, familias influyentes e incluso cardenales de patrimonio elevado con aspiraciones a lo máximo. Nadie reparaba en gastos a la hora de proyectar a su candidato. Reyes que pretendían papas afines que levantasen la mano en guerras expansionistas o imposición de tributos exagerados, clanes que ambicionaban colocar a uno de los suyos en el trono de Pedro con el fin que podemos intuir y prebostes eclesiásticos instalados en la dulzura del cargo que soñaban, por qué no, con las mieles de aquel que alcanza la cúspide de su carrera. Sea como fuere, estas cuestiones tan crematísticas solapaban los verdaderos fundamentos de la

Iglesia católica, basados en el amor al prójimo, la caridad con el necesitado y la entrega sin interés a las verdaderas cuestiones de la fe cristiana. Y, como ya hemos apuntado, los papas de esta época histórica se caracterizaron más por su visión terrena de las cosas que por su pretendido mando sobrenatural, otorgado desde los cielos para hacer el bien en este valle de lágrimas assolado por la guerra, el hambre o la enfermedad.

En el caso de Rodrigo Borgia, no podemos asegurar que pretendiera desde el principio acceder a la cabeza de la Santa Sede. Fueron acontecimientos y reuniones posteriores los que le abrieron camino en esta sinuosa elección papal, donde se jugaban diferentes bazas pertenecientes a las más variadas posiciones ideológicas. Al fin, el 6 de agosto de 1492 se pudo reunir el cónclave con asistencia de 23 de los 27 miembros del sacro colegio cardenalicio. Curiosamente faltaban los dos cardenales españoles: Luis Juan de Milá y Borja —primo de Rodrigo— y don Pedro González de Mendoza. Asimismo, tampoco hicieron acto de presencia los dos prelados franceses, André Spinay y Pierre d'Aubusson. Esto nos da una pista sobre las primigenias pretensiones de Rodrigo Borgia, pues si en verdad quería ser el nuevo pontífice, ¿por qué no mandó llamar a los cardenales hispanos durante la agonía de Inocencio VIII? Es difícil precisarlo, pero a nadie escapa que estos dos votos hubiesen sido primordiales para una elección rápida y favorable de Rodrigo Borgia. Por otra parte, ocho de los congregados y uno de los ausentes provenían del nepotismo más flagrante, ya que eran sobrinos ungidos por papas anteriores: tres de Pablo II, tres de Sixto IV, uno de Inocencio VIII y dos de Calixto III —el mencionado Luis Juan de Milá y el propio Rodrigo Borgia—. La lista de electores se completaba con miembros representativos de las más ilustres familias italianas y un único foráneo, el cardenal portugués Costa, con lo que los inminentes debates se planteaban más que ardorosos. En todo caso, la figura de Rodrigo Borgia no era en principio una de las favoritas para triunfar en aquel cónclave cuajado de Sforza, Medici, Colonna, Orsini... Por añadidura, el valenciano perdía puntos al ser considerado extranjero en un monopolio religioso más confiado en sostener el poder en nombres de rancia tradición italiana tras el susto de Aviñón. El primer papable que quedó descartado fue, no obstante, el cardenal napolitano Oliviero Carafa. En las siguientes discusiones comenzaron a destacar Giuliano della Rovere —sobrino de Sixto IV— y Ascanio Sforza, este último muy apoyado por el vicescanciller Borgia y por los votos que él controlaba. Por su parte, el cardenal Della Rovere recibía la inestimable ayuda de Francia, Génova y Nápoles, cuyas fuerzas militares habían tomado posiciones en los arrabales romanos en previsión de cualquier acontecimiento poco ventajoso para su causa. Era de hecho una descarada medida de presión sobre los demás, de la que esperaban obtener un magnífico fruto. En cuanto al candidato Sforza, seguramente su poderoso apellido y la hegemonía de su clan en Milán impidieron que su vigor, elegancia y porte sobresaliesen por encima de otras cuestiones, y el resto de los príncipes temerosos de los milaneses comenzaron a desestimar esta opción. Fue entonces cuando el Sforza se dio cuenta de su dificultad para avanzar y volcó sus votos a favor de quien le había ayudado desde el principio, y éste no era otro que Rodrigo Borgia, quien a mitad del cónclave empezó a perfilarse como un serio rival frente a Giuliano della Rovere. Sin embargo, no se puede afirmar que las cosas fueran fáciles para el Borgia, pues, como ya hemos apuntado, era extranjero y estaba considerado fuerte enemigo de franceses, venecianos, florentinos y

napolitanos. El propio rey Ferrante de Nápoles llegó a comentar que la elección del Borgia sería una catástrofe para su reino. Aun así, la candidatura de Rodrigo siguió prosperando en las reuniones del cónclave. Poco a poco, su poder de convicción y las promesas de riquezas y cargos para los electores incubaron en el alma de aquéllos una presunta necesidad de elegir al más adecuado entre sus iguales, y éste fue el vicescanciller Rodrigo Borgia, quien tras una votación unánime, incluido el voto del propio Giuliano della Rovere, fue elegido para ser el nuevo sucesor de San Pedro. Era la madrugada del 10 al 11 de agosto de 1492.

El sistema tradicional imperante obligaba al electo a repartir sus bienes entre sus colegas a su propio criterio, pues debía entrar en la Santa Sede pobre e inmaculado. Lo cual impulsaba a los candidatos a realizar grandes promesas económicas a cambio de los necesarios votos. Tras la victoria de Rodrigo, se empezaron a propagar los pormenores y secretos de las cinco extenuantes jornadas. Fueron, precisamente, los enviados especiales y los embajadores quienes revelaron las promesas efectuadas por el flamante pontífice a sus votantes. Por ejemplo, se supo de inmediato que antes de que los cardenales entraran en la clausura del cónclave fueron vistas cuatro muías cargadas de plata saliendo del palacio Borgia en dirección a la plaza Navona, domicilio de monseñor Ascanio Sforza. Más tarde se concretaron otros acuerdos y por ellos se entregaron al cardenal Orsini los castillos de Monticelli y de Soriano, así como 20.000 ducados; al cardenal Savelli, la iglesia de Santa María la Mayor y 30.000 ducados; al cardenal de Sant Angelo, el obispado de Porto; al cardenal de Genova, la iglesia de Santa Maria in Via Lata; al propio cardenal Della Rovere, el castillo de Ronciglione y diversos beneficios y cargos; y al cardenal Sforza, el puesto de vicescanciller de la Santa Iglesia. Se supo así que el hermano del duque de Milán se habría instituido en gran elector del futuro papa a cambio de la promesa de la cancillería vaticana y de su palacio, el castillo de Nepi y la iglesia de Eger en Hungría, que tenía un rendimiento de 10.000 ducados al año. Como vemos, la obtención de la máxima dignidad católica le supuso a Rodrigo Borgia un desembolso enorme que no tardaría en reponer, gracias, en buena parte, a las concesiones depositadas en sus hijos.

Otros documentos de la época aseguran, en cambio, que se habían depositado 200.000 ducados de oro en una banca romana, a petición del rey de Francia, para asegurar la elección de Giuliano della Rovere. Era mucho más que todo lo que Rodrigo poseía; en todo caso y de ser cierto, este esfuerzo francés se reveló estéril.

Al alba del sábado 11 de agosto, la plaza de San Pedro se vio cubierta por un delicado manto lluvioso, bajo un cielo gris surcado por rayos. Lentamente, los escasos romanos que se habían dado cita a la espera de noticias comprobaron como empezaron a caer los ladrillos que tapiaban la ventana que protegía el cónclave. Cuando ésta se abrió apareció una cruz portada por un prelado, el cual elevó su voz con solemnidad pronunciando la consabida fórmula ritual: «*Nuncio vobis quadium magnum: pontificem habemus*». Según se cuenta, Rodrigo Borgia, presa del entusiasmo, comenzó a agitarse de forma enérgica, recorriendo los pasillos vaticanos al grito de: «¡Soy papa, soy papa, el pontífice, el vicario de Cristo!», lo que nos hace sospechar que ni siquiera él confiaba en su elección al principio del cónclave, y de ahí esta inesperada reacción, más propia de un juvenil que de un maduro y experimentado dirigente eclesiástico. A hombros del robusto

cardenal Severino, el nuevo papa se presentó entonces ante el pueblo, siendo proclamado sucesor del apóstol San Pedro con el nombre de Alejandro VI. Hacía el número 214 en la nómina papal. Las reacciones de los contemporáneos fueron entusiastas y alabaron sin tapujos su inmejorable presencia física sumada a su más que probada inteligencia, lo que auguraba un magnífico papado. Nadie, por entonces, osó recordarle, como se había hecho con otros, que era padre de una numerosa prole, ignoramos por qué, cuando esto era un asunto mal visto entre los que aspiraban al solio pontificio, pero sospechamos que Rodrigo cuidó este detalle hasta conseguir crear neblina suficiente para tapar el origen de sus presuntos vástagos. Y a fe que aún hoy en día hay quien piensa que la descendencia de Rodrigo habría que situarla entre sobrinos y tutelados y no hijos de línea directa. Sea como fuere, la proclamación de Alejandro VI sentó muy bien en el mundo católico. Por ejemplo, en Milán se celebró el acontecimiento con fiestas y repique de campanas, al igual que en otras ciudades italianas como Florencia o Siena, mientras que en España la noticia fue recibida con una explosión de alegría y, en general, no se escucharon más que loas en las cancillerías de la Europa cristiana.

El 16 de agosto se completó la liturgia papal coronando a Rodrigo con el nombre de Alejandro VI. Algunos investigadores sostienen que eligió dicha gracia para igualarse al griego Alejandro Magno. Aunque otros afirman que dicha decisión obedece a la voluntad de Rodrigo de parecerse a Alejandro III (1159-1181), el papa que obligó al emperador Federico Barbarroja a respetar la Iglesia romana.

Fueron, desde luego, días en los que el alborozo y el júbilo se convirtieron en protagonistas de las calles en la Eterna Ciudad de las Siete Colinas. Roma nunca antes había visto unos festejos de coronación papal como los que se organizaron con ocasión de la ascensión del cuarto pontífice español. La ciudad permanecía engalanada, mientras miles de curiosos y visitantes contemplaban bajo el sofocante calor la comitiva que trasladaba al recién ungido desde San Pedro hasta San Juan de Letrán.



Coronación del papa Alejandro VI, por Pinturicchio (1454-1513).

Rodrigo Borgia, tras ocupar la vicecancillería del Vaticano bajo cinco papas, se convirtió en

sumo pontífice en 1492, uno de los años decisivos en la historia universal y especialmente importante para España.

A estas alturas, algún lector se puede preguntar si los hijos de Rodrigo asistieron a estas celebraciones. La respuesta es negativa, pues el propio Borgia se encargó personalmente de evitar una escena familiar que perturbase su día más importante en la tierra. Incluso César Borgia, que por entonces se encontraba en la ciudad de Pisa terminando sus estudios teológicos, fue advertido por algunos heraldos de que no cabalgase hacia Roma para reunirse con su progenitor y que más bien buscase refugio en la plaza de Spoleto a la espera de noticias. En cuanto a los demás, diremos que en esas jornadas fueron enviados a lugares discretos donde pasar este momento decisivo para su padre.

Pero volviendo a la ceremonia de proclamación, hay que decir que toda la ciudadanía romana se volcó por entero en ese día luminoso, más propio, según algunos cronistas, de la Roma pagana e imperial que del siglo XV. Desde el Vaticano, el elegante cortejo se dirigió a la vecina catedral de San Pedro, donde fueron admitidos los canónigos a besarle el pie y los cardenales le renovaron su adoración, mientras el nuevo pontífice permanecía sentado en su silla de oro. Después de una misa y de su rezo personal, en el que invocó el auxilio divino, fue coronado por el primer cardenal diácono Francesco Todeschini-Piccolomini, sobrino de Pío II, que sucedería al propio Rodrigo con el nombre de Pío III en uno de los papados más cortos de la historia. Desde San Pedro, la comitiva se dirigió lentamente a la iglesia de San Juan de Letrán, pasando por el castillo de Sant'Angelo, cerca del cual la colonia judía de Roma le rindió el tradicional homenaje. El conde de Pitigliano precedía a los portadores del Santo Sacramento y dos cardenales de la cámara apostólica, junto con el conde Della Mirandola, enarbolaban el estandarte papal, cuyo resplandeciente blasón —el buey bermejo de los Borgia con tres bandas de azul sobre campo de oro— se repetía en las fachadas de las viviendas romanas y de los arcos de triunfo, así como el símbolo de las llaves. Después de tres largas horas de ceremonia de coronación, el desfile papal llegó a San Juan de Letrán, antigua residencia de los papas y sede episcopal de Roma. El día resultó agotador para el flamante Alejandro VI, quien había acumulado cansancio suficiente en el último mes para derribar diez hombres. Finalmente, la extenuación hizo presa del pontífice y cuando se encontraba en las inmediaciones de la catedral de San Juan de Letrán, no pudo más y se desplomó en redondo ante el sobresalto de prelados y fieles, los cuales, alarmados por la salud del papa, profirieron gritos de lamento en medio de una terrible polvareda que a buen seguro causó estragos entre los humildes peregrinos de aquella jornada. Por suerte, el nuevo soberano de la Iglesia católica sólo sufrió un leve desvanecimiento. El propio cardenal Riario, que se encontraba a su lado, le recogió en sus brazos dándole una primera asistencia. Segundos más tarde, unos improvisados aguadores rociaron con el líquido elemento la cara del papa hasta que éste se recuperó lo suficiente para proseguir con los actos ceremoniales, que concluyeron sin mayores alteraciones. La noticia sobre la proclamación de Alejandro VI llegó a Valencia el 20 de agosto. Como es lógico, la nueva despertó una enorme ilusión entre los habitantes de la capital mediterránea, donde las campanas de la Seo repicaron sin interrupción y los valencianos salieron a las calles en procesión para cantar el *Te Deum* como gesto de homenaje hacia el valenciano más ilustre del momento. Obviamente, Játiva —localidad natal de

Rodrigo— también se sumó a la explosión de alegría y sus gentes se reunieron en la plaza del pueblo para desde allí anunciar el orgullo que sentían hacia su querido paisano. Asimismo, los Borja, que seguían residiendo tanto en Játiva como en Valencia, recibieron múltiples muestras de reconocimiento y admiración. No en vano eran familiares del hombre más poderoso del orbe católico.

## **ALEJANDRO VI INICIA SU GOBIERNO**

Nadie en Roma especulaba sobre la capacidad de trabajo del nuevo papa, pues ésta ya estaba acreditada por Rodrigo desde los tiempos en los que su tío Calixto III le nombró vicescanciller vaticano. Por tanto, el Borgia llevaba más de treinta y cinco años demostrando su valía y sus innegables dotes para asumir situaciones de diverso calado por muy difíciles que éstas fuesen. Según se cuenta, la misma noche de su coronación, y a pesar de haber sufrido un desmayo por agotamiento, se puso manos a la obra y despachó diferentes asuntos que se acumulaban en su gabinete de trabajo.

Uno de los primeros problemas a los que se enfrentó fue el de controlar el alterado orden público que se propagaba por las calles romanas instigado acaso por las familias Colonna y Orsini, las cuales pretendían convertir Roma en su particular campo de batalla. Baste comentar que en los días transcurridos entre la muerte de Inocencio VIII y la proclamación de Alejandro VI se contabilizaron unos doscientos veinte asesinatos. Esto supone más de diez muertes cruentas cada día en una población que apenas superaba las 80.000 almas. El nuevo papa puso, no sin mano firme, fin a esta anarquía. Por otra parte, pronto tuvo que asumir que las arcas vaticanas se encontraban más que depauperadas, e impuso un presupuesto restrictivo que tan sólo se cifraba en 700 ducados mensuales para la gestión económica de la Santa Sede. La medida supuso una ligera conmoción entre aquellos que habían vivido de forma opulenta al abrigo de los papas anteriores. Por cierto, muchos acabaron siendo relegados, pues, como ya sabemos, el nepotismo fue una tradición a la que Alejandro VI no quiso renunciar. Y en ese sentido entregó cargos, honores y prebendas a su legión particular de parientes y amigos leales, dado que al igual que sus antecesores, el Borgia no ignoraba que únicamente podría, desde la soledad de su trono, confiar en gentes unidas a él por lazos de sangre y complicidad. Alejandro VI no fue distinto al resto de los gobernantes italianos de aquella época. La corrupción era denominador común entre príncipes, duques y mandatarios de las diferentes repúblicas y reinos. De igual modo era sumamente difícil encontrar alguien honrado y de moral intachable en este maremágnum aristocrático cuajado de intrigas, conjuras y venenos, siempre a expensas de obtener más y más poder para unas vidas que en la mayoría de los casos no culminaban en longevidad razonable. A fines del siglo XV, la esperanza de vida en Italia era más que discreta, y es por ello que muchos se lanzaban al frenesí del enriquecimiento rápido a costa de lo que fuera, ya que pensaban que vivir el momento era desde luego lo único a lo que se podían aferrar en una biografía que seguramente no pasaría a la historia como ejemplo.

Casi de inmediato, el segundo papa Borgia ordenó que una nueva oleada de catalanes inundara los palacios vaticanos. Esta decisión nepótica levantó airadas críticas entre sus enemigos, los cuales empezaron a ver en el buey rojo —símbolo heráldico representativo de esta familia valenciana— un elemento distorsionador para sus oscuros fines. Alejandro VI, ajeno a los comentarios injuriosos, mantuvo implacable su larga lista de concesiones y entrega de dignidades. El mismo 31 de agosto nombró a su hijo César, de tan sólo diecisiete años de edad y que todavía se mantenía a la expectativa en la ciudad de Spoleto, arzobispo de Valencia, lo

que le convertía en primado de España con una asignación de 16.000 ducados anuales. También aprovechó el día para nombrar cardenal a su sobrino Juan Borja Lanzol, un muchacho de gran capacidad laboral e intelectual a quien Rodrigo quiso tener a su lado como hombre de absoluta confianza. Un año más tarde, en septiembre de 1493, el propio César, en compañía de Ippolito d'Este y Alessandro Farnese —hermano de Giulia, la ahora amante oficial del papa—, sería ungido con el capelo cardenalicio.

Alejandro VI, atento a la política exterior y ocupado con asuntos familiares de diversa índole, no desatendió la adopción de medidas decisivas en el intento de mejorar la gestión de los asuntos internos del Estado. Para ello creó algo parecido a un Tribunal Supremo, integrado por cuatro reputados doctores en jurisprudencia que dictaron leyes para evitar los abusos judiciales que se daban en cortes de segundo nivel. Asimismo, reformó las normas que regían las opresivas cárceles del país y fijó un día a la semana para escuchar personalmente las quejas de los que se creían objeto de agravios. Más tarde, sorprendió a propios y ajenos cuando decidió conceder a sus subditos romanos el derecho a reformar la Constitución que gobernaba Roma, animando a los dirigentes sociales a dictar las leyes que ellos creyesen oportunas con el fin de mejorar la vida de una urbe abocada a la hecatombe más absoluta. No olvidemos que, por entonces, la Ciudad Eterna estaba poblada en apenas un tercio de su superficie total, dejando el resto a las ruinas del antiguo orden imperial o a los suburbios desperdigados en un urbanismo caótico. La reforma fue aprobada bajo el nombre de *Reformationes Alexandri VI*, un documento de derecho público que se convirtió en modelo referente en cuanto a la administración del Estado, las relaciones civiles y la justicia criminal. El papa, aún no satisfecho con estas disposiciones, constituyó una asamblea popular que debía reunirse una vez al mes para tomar las decisiones más convenientes al gobierno y prosperidad de la Santa Iglesia romana y, de igual modo, para proteger la ciudad y a sus pobladores. Este paso fue sin duda el que hizo entrar a Roma en la modernidad renacentista. Desde el pontificado de Alejandro VI, la Ciudad Eterna volvió a resplandecer y aún más cuando uno de sus sucesores, el polémico Giuliano della Rovere —proclamado Julio II en 1503—, se ocupó del embellecimiento de los grandes monumentos y epicentros culturales romanos. El propio Alejandro VI había encabezado esta corriente que pretendía hermostrar Roma y no faltaron, desde su coronación, grandes mecenazgos entre los que sobresalió la contratación del afamado artista Bernardino di Betto di Biaggio, más conocido como Pinturicchio, quien trabajó entre los años 1492-1495 en la creación de seis frescos para las estancias personales del papa, llamadas popularmente los apartamentos Borgia y que hoy en día forman parte de la Biblioteca Vaticana.

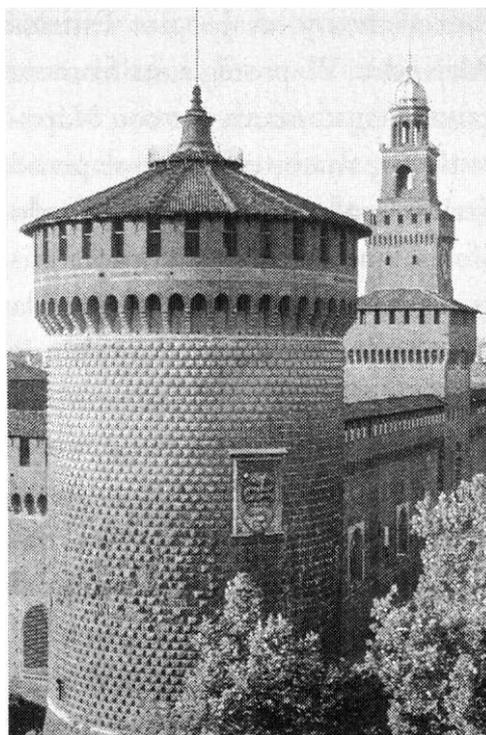
Este mismo año de 1492 nació Laura, hija atribuida a Rodrigo, fruto de su amor con la casi adolescente Giulia Farnese, quien por entonces contaba diecisiete años de edad. La relación entre ambos surgió en 1489, cuando la joven se encontraba instalada en el palacio de los Orsini en Monte Giordano, el mismo lugar en el que se habían educado durante los últimos tres años César y Lucrecia al amparo de doña Adriana Milá, prima carnal del ahora papa Alejandro VI. Giulia era la prometida de Orso Orsini, llamado *el Tuerto* por el vendaje que cubría uno de sus ojos afectados por una enfermedad. El muchacho era hijo de doña Adriana y el fallecido Ludovico Orsini, y gozaba de suficientes recursos como para entusiasmar

a cualquier damisela. Pero, claro está, no era el sumo pontífice de Roma, ni ostentaba su poder, por lo que, según la mayoría de los exegetas borgianos, consintió, al igual que sus parientes, que el terreno Rodrigo disfrutase de los placeres quinceañeros que le otorgaba la bella Farnese. El propio Borgia, por entonces aún cardenal, preparó el enlace entre Orso y Giulia, hecho acontecido el 21 de mayo de 1489 en el espléndido Salón de las Estrellas del palacio Borgia. Hay quien sostiene que la relación entre el papa y la muchacha no superó la mera ficción, sin que se puedan aportar pruebas fidedignas de semejante romance. Pero ¿quién las necesita? A nadie se le escapa que Giulia Farnese ocupó un lugar relevante en la corte femenina que acompañó al papa desde su proclamación. A esto añadiremos que Alejandro, uno de sus hermanos, fue elevado al cargo cardenalicio sin méritos contraídos y que la mencionada Laura recibió las mejores atenciones por parte de su supuesto progenitor Alejandro VI. En definitiva, son los vericuetos de una de las biografías más apasionantes del Renacimiento europeo, con claros y sombras recubiertos por la bruma de la leyenda negra o de la más luminosa realidad. En todo caso, estas acciones pertenecientes al ámbito privado de Rodrigo Borgia no entierran ni un centímetro su elogiado gestión de gobierno y su refrendada proyección sobre el mundo conocido. Aun así ¿cómo les fue en estos años a los herederos del linaje?

## **LAS BODAS BORGIA**

Desde su llegada al solio pontificio, Alejandro VI se empeñó en no desatender el cuidado de su familia. De hecho era hombre amante de la vida hogareña y disfrutaba con profusión cualquier actividad relacionada con los suyos. Es por ello que no tardó en preparar estancias íntimas que le permitieran acompañarse por su nutrida parentela, incluida una corte de féminas integrada por sobrinas tuteladas y demás mujeres de su ámbito privado. El lugar elegido para dichos encuentros fue Santa Maria in Portico, un bello recinto levantado en 1484 por el cardenal Zeno y que había sido cedido generosamente al Borgia para su uso particular. Al parecer, el palacio de Santa Maria in Portico estaba conectado mediante un pasillo con la mismísima Capilla Sixtina vaticana, con lo que el pontífice español accedía de inmediato a la privacidad de su clan siempre que lo precisase.

En 1493 Alejandro VI se puso a la difícil tarea de enlazar el futuro de sus hijos con situaciones que beneficiasen a los Estados Pontificios. Vástagos, la verdad, no faltaban para cuantas alianzas se trazasen en ese sentido. Mientras esto ocurría el papa procuró encontrar apoyos para sus cuitas internas e internacionales. El 25 de abril se rubricaron los protocolos de una liga conformada por milaneses, venecianos y los propios Estados Pontificios. De esa forma, Alejandro VI protegía su frontera norte a la espera de ver qué pasaba en su marca sur con Nápoles. Para mayor reforzamiento de este nuevo escenario se pensó en un compromiso nupcial que uniera los intereses del papado con los de la poderosa casa Sforza, que se mantenía hegemónica en Milán. Con tal motivo el pontífice pensó en su querida hija Lucrecia, de tan sólo trece años de edad y portadora de una belleza que algunos catalogaban de única, virtud que, sumada al poder que representaba su apellido, la convertía en un inmejorable partido para cualquier pretendiente con aspiraciones más allá de su heredad. La delicada muchacha, que ya había pasado por compromisos infructuosos anteriores, se ilusionó al conocer que Giovanni Sforza era su nuevo prometido. Este joven aristócrata era sobrino del todopoderoso Ludovico el Moro, señor de Milán, y del cardenal Ascanio Sforza, fiel aliado de Rodrigo Borgia desde los tiempos del cónclave en el que el valenciano salió elegido papa. Giovanni contaba con veintiséis años de edad y era viudo tras la muerte en un malogrado parto de su primera esposa Magdalena de Gonzaga. Pero a pesar del dolor por la reciente pérdida, no opuso ningún inconveniente a este enlace de conveniencia entre los Borgia y los Sforza. Él mismo era señor de la ciudad de Pésaro, uno de los dominios cercanos a Milán, y sabía que no podía ni debía defraudar a su linaje, y menos ante una oportunidad como la que se presentaba de unirse a los designios del influyente poder vaticano. La boda se celebró en Milán el 12 de junio de 1493, y durante los siguientes cuatro años poco más aconteció en la vida de la joven, salvo que no terminaba de quedarse embarazada, asunto que despertó las sospechas de muchos.



Torre del castillo de los Sforza, en Milán. La familia de los Sforza, señores del Milanésado, fue aliada y rival de los Borgia.

¿Qué ocurría? ¿No se amaban lo suficiente? Lo cierto es que no había ningún inconveniente para generar prole, los esposos eran sanos y parecían enamorados, por lo menos ella. Giovanni se mostraba retraído ante las peticiones amorosas de su joven y virgen esposa. Él doblaba en edad a su cónyuge, pero es posible que guardara secreto amor al recuerdo de su primera mujer. Esto, sumado a la imposición familiar, desvirtuó enormemente el matrimonio y pronto surgieron mil rumores sobre una hipotética homosexualidad de Giovanni, a los que siguieron las habituales habladurías infundadas que certificaban su impotencia viril. Acaso lo más seguro con lo que podamos especular sea que, tras las nupcias entre Giovanni y Lucrecia, los milaneses comenzaron a derivar hacia sus antiguos aliados franceses, situación que provocó el lógico malestar de Alejandro VI, quien no había entregado a su hija favorita para una traición de semejante calado. Por otra parte, el inestable Giovanni mostró desde el primer momento un evidente desasosiego personal siempre que se encontraba en Roma con su nueva familia, lo que le empujó a viajar con demasiada frecuencia a sus posesiones señoriales dejando sola a su esposa durante largas temporadas. Finalmente, milaneses y franceses no ocultaron más sus simpatías y firmaron el enésimo documento de apoyo mutuo. El enfado papal por esta nueva alianza norteña realizada sin su consentimiento desató su enérgica personalidad, y en 1497 declaraba la nulidad del matrimonio entre Giovanni y Lucrecia por la no consumación del mismo. Fue entonces cuando el humillado Sforza dijo la famosa frase que abonó el capítulo más terrible en la leyenda negra de los Borgia: «Si se me quita a mi mujer es porque el papa desea tener la libertad de gozar él mismo de su hija». Lo cierto es que estas palabras, pronunciadas desde el más profundo despecho, fueron creídas desde entonces por todos aquellos que se consideraban enemigos del papa. Y se aferraron a ellas como a un hierro ígneo para relanzar la ofensiva de injurias, difamaciones y libelos que al fin logró sepultar la excelente trayectoria de este

buen papa español. A decir verdad, la disolución matrimonial entre Giovanni y Lucrecia fue un auténtico escándalo generador de mil sospechas que inundaron Roma y aún más allá. Pero poco se dijo entonces que Lucrecia estaba enamorada profundamente de Giovanni, llegando incluso a salvarle la vida gracias a un mensaje que envió a Milán en el que le advertía sobre el peligro real que se cernía sobre él en caso de acercarse a Roma dispuesto a reivindicar su matrimonio ante el papa. Sea como fuere, Giovanni Sforza quedó apartado definitivamente de la vida de Lucrecia después de cuatro años estériles en los que ambos jóvenes desperdiciaron lo mejor de su juventud.

El siguiente en concurrir ante un altar para sellar una nueva alianza entre los Estados Pontificios y España fue Juan Borgia —el primogénito de la prole oficial, según defendemos en este libro—. En 1493 ya se había culminado la reconquista de la península Ibérica, y a esto se añadía el gozoso hito del descubrimiento americano a cargo del almirante genovés Cristóbal Colón. Era desde luego un momento digno de ser aprovechado por el personaje más influyente del orbe cristiano, y Alejandro VI no perdió un minuto en fortalecer su relación con España mediante el matrimonio de su querido hijo Juan con María Enríquez de Luna, prima de Fernando II de Aragón y antigua prometida del fallecido primer duque de Gandía, Pedro Luis Borgia. Juan, en el que su padre había depositado todas las esperanzas para la continuidad oficial del linaje, salió de Roma a principios del verano de 1493 y el 24 de agosto de dicho año contrajo nupcias con María en la catedral de Barcelona. La llegada previa del heredero Borgia supuso una conmoción social en la capital condal: la galanura del contrayente, sus vistosos ropajes y su opulenta comitiva no pasaron de incógnito para los barceloneses, que vieron en el guapo Borgia la imagen característica de aquella estirpe llamada a prevalecer.

Como ya sabemos, el orgulloso César Borgia no había sido reclamado por su progenitor para ningún matrimonio y sí, en cambio, muy a su pesar, para la ostentación de una variada gama de cargos eclesiásticos, culminados en septiembre de este año con la entrega del capelo cardenalicio.

Quedaba pues el frágil e infantil Jofré para cerrar el círculo de alianzas establecidas por su lúcido progenitor, quien se fijó en el incómodo reino de Nápoles a petición expresa de su rey Ferrante, siempre amenazado por una hipotética invasión francesa, asunto que tampoco deseaba el papa, más preocupado por mantener al vecino sureño sumido en la inestabilidad que tutelado por una gran potencia extranjera. En consecuencia se iniciaron las negociaciones entre ambos Estados con el anhelo de reforzar sus posiciones en esta región tan estratégica de Italia. Los embajadores recorrieron muchos kilómetros en esos días portando promesas, ideas, intenciones... El rey Ferrante destapó el deseo de ver a César Borgia casado con su nieta Sancha de Aragón, hija natural de Alfonso de Calabria, el heredero al trono napolitano. Pero Alejandro VI no estaba por la labor de que su hijo más preparado abandonara las obligaciones eclesiásticas para desposarse con una aragonesa de incierto futuro y peor fama. Finalmente, Nápoles aceptó la candidatura de Jofré, de apenas doce años de edad, como prometido de Sancha, una bella y fogosa joven de quince años con fama de precoz en las lides del amor carnal. El 12 de agosto de 1493 se celebró en los palacios vaticanos la boda por poderes. En representación de la novia ausente compareció su tío Federico de

Aragón, quien desató la risa de los concurrentes, incluido el propio papa, al tratar de imitar los gestos y la presunta emoción de la muchacha ante semejante evento. El acto quedó ratificado mediante auténticos esponsales el 7 de mayo de 1494. Para entonces ya había fallecido el rey Ferrante y había ocupado el trono napolitano el duque de Calabria bajo el nombre de Alfonso II, quien asistió a las nupcias de su hija concediendo gustoso al novio los títulos de príncipe de Esquilache y conde de Cariati. La relación entre Sancha y Jofré no fue desde luego paradigma ejemplar, si bien a pesar de las constantes aventuras extramaritales de la incontenible princesa, el matrimonio se desarrolló en un contexto que podemos tildar de moderada felicidad.

## UN PAPA DECISIVO PARA ESPAÑA

Con la mayoría de sus hijos casados, Alejandro VI tuvo tiempo para ocuparse de nuevas cuestiones internacionales en las que los Estados Pontificios estaban involucrados desde tiempo atrás. En aquella época la emergente España era sin duda núcleo germinal para un inminente imperio, y con tal motivo el papa no podía dejar pasar cualquier detalle, por mínimo que fuera, que transcurriera en una de las potencias católicas más poderosas en aquel fin de siglo. Sólo existió una controversia, y ésta se dio nada más iniciarse el reinado del papa Borgia, cuando aceptó que miles de judíos expulsados de la península Ibérica pudiesen instalarse en Roma. El suceso desató la ira del embajador en el Vaticano don Diego López de Haro, quien protestó con iracunda energía ante los preladados de la curia por esta presunta blandura moral esgrimida por el pontífice. A decir verdad, la antigua capital del mundo siempre había demostrado signos de tolerancia hacia el resto de las religiones que no fuesen la católica, y los hebreos jamás habían interferido con gravedad en la vida cotidiana o aristocrática de los italianos, siendo en la mayoría de las ocasiones relegados a las juderías o guetos de las diferentes ciudades. En la propia Roma ya hemos comentado que los seguidores del Antiguo Testamento habían ofrecido su reverencia al recién proclamado Alejandro VI, quien por cierto no despreciaba los servicios profesionales de algunos judíos, incluido algún médico personal como el provenzal Bonet de Lates. En todo caso, esta actitud papal se enfrentaba claramente a las corrientes antihebreas que dominaban los reinos europeos de la cristiandad. Si bien se nos antoja exagerado que algunos cronistas establecieran la cifra de los acogidos en Roma en 300.000, pues sabido es que de España partieron al exilio unos 150.000 judíos. Incluso cabe comentar que los propios enemigos de Alejandro VI utilizaron este gesto de solidaridad para una vez más disparar sus mentiras incontroladas, y el propio cardenal Giuliano della Rovere llevó la osadía al extremo de sugerir que el pontífice podía ser un *marrano* como aquellos a los que protegía.

En cuanto a las relaciones con España, éstas terminaron por suavizarse tras la alteración provocada por el asunto judío, ya que existían abundantes cuestiones de gran calado que debían ser resueltas de forma inmediata para mayor seguridad de la corona castellanoaragonesa. Por ejemplo, tras el descubrimiento de América el 12 de octubre de 1492, se suscitaron no pocos debates entre portugueses y españoles por cómo debía conducirse la conquista del Nuevo Mundo y, sobre todo, a qué límites territoriales debían ceñirse los dos Estados, pues ambos reclamaban su justo derecho a prosperar en aquella latitud recién nacida para el conocimiento del Viejo Mundo. El genovés Cristóbal Colón constató su impresionante hallazgo ante los reyes Isabel y Fernando en la ciudad de Barcelona, y como es lógico se solicitó con premura la certificación papal sobre aquella deslumbrante buena nueva. Alejandro VI, consciente de la grandeza que suponía aquel hito de la exploración, dictó tres bulas consecutivas el 3 de mayo de 1493. En la primera concedía a los reyes españoles las nuevas islas y tierras, así como las que se encontrasen en sucesivas expediciones, siempre que no perteneciesen a otro soberano de la cristiandad. Tal decisión la argumentó afirmando que el nuevo descubrimiento extendía la esfera civilizadora de Europa y ensanchaba los

dominios cristianos con el triunfo de la fe católica en aquellos remotos lugares. En la segunda bula reconoció a España los mismos derechos territoriales otorgados a Portugal por los precedentes papas sobre las tierras que sus subditos o navegantes habían descubierto. En este texto el papa hizo alarde de perspicacia diplomática al establecer la fórmula de *donación de tierras* a España, lo que reconocía implícitamente el derecho portugués fijado en tratados anteriores. En la tercera estableció las obligaciones de España como flamante potencia para educar en la fe católica y en el modo de vida europeo a los habitantes de los nuevos territorios. A estos tres documentos les siguió un cuarto emitido al día siguiente bajo el título de *Inter Coetera Divina*. En el texto se define la línea divisoria de norte a sur que pasaba a cien leguas a oriente de Cabo Verde. Constaba de unas mil seiscientas palabras, en su mayoría dedicadas a la obligación de convertir a las poblaciones indias a la fe católica y mantener para ello en las islas y tierras firmes lejanas una organización eclesiástica adecuada.

Pero a pesar de todo Portugal no quiso quedarse al margen de este acontecimiento y es por ello que con premura se prepararon diferentes escenarios en los que las dos potencias intercambiaron opiniones, litigios y debates sobre quién estaba más autorizado para asumir protagonismo en aquella magna empresa. Como es lógico y siguiendo la tradición del momento, se solicitó la mediación vaticana, hasta que por fin el 4 de junio de 1493 ambas partes aceptaron y ratificaron un tratado en la ciudad castellana de Tordesillas por el cual se fijaban los ámbitos de actuación para las dos potencias con cuatro cláusulas concernientes a las latitudes americanas que reflejaban las direcciones a seguir desde entonces para Portugal y España:

En la primera cláusula se fijaba el meridiano de partición a 370 leguas al oeste de Cabo Verde. De esa forma el hemisferio occidental quedaría para Castilla y el oriental para Portugal.

En la segunda se especificaba que ambas potencias se comprometían a no realizar exploraciones en el hemisferio atribuido al contrario y a ceder las tierras que involuntariamente encontrasen en el espacio ajeno.

En la tercera se acordó concretar un plazo de diez meses para trazar el meridiano; ambos países se comprometían a enviar dos o más carabelas con pilotos, astrónomos y marineros, los cuales se reunirían en Gran Canaria y de allí irían a Cabo Verde para establecer la distancia de las 370 leguas.

Por último, en la cuarta cláusula se autorizaba a los súbditos castellanos a atravesar la zona lusitana en su navegar hacia el oeste, pero sin detenerse a explorar en ella. Además en este punto se estableció una excepción: como Colón se encontraba inmerso en los avatares de su segundo viaje, se autorizó entonces que, si descubría tierras antes del 20 de junio y más allá de las 250 leguas, estas tierras serían para Castilla.

La bula papal de demarcación concedida por el valenciano Alejandro VI quedaba modificada en favor de los portugueses, quienes amparados en este último acuerdo tomaron posesión años más tarde del Brasil. El que se fijasen 370 leguas obedece al deseo de dividir el Atlántico en dos partes iguales entre Cabo Verde y Haití. Los portugueses se reservaron en Tordesillas la ruta a Oriente por África y parte de Sudamérica; los españoles quedaron apartados de Oriente y reducidos a sus Indias Occidentales. Sin duda la intervención de Alejandro VI en estos litigios americanos se puede considerar su actuación más brillante en el

orden internacional. El 25 de septiembre de 1493 se promulgó la última bula papal sobre este farragoso asunto, y en enero de 1496 el sumo pontífice concedía a Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón el título de *reyes católicos*, que aún se mantiene vigente hoy en día. Esta consideración era un claro reconocimiento a la labor evangelizadora emprendida por los monarcas hispanos en la nueva realidad del cuarto continente descubierto en la tierra.

## EL VATICANO BAJO AMENAZA FRANCESA

En 1494 surgió una terrible crisis entre Nápoles, los Estados Pontificios y la poderosa Francia. En la primavera de dicho año Alfonso II ocupaba el trono napolitano. Un suceso que, como es obvio, no pasó desapercibido ante los ojos franceses y menos para su flamante monarca Carlos VIII, quien vio en este acto, y en la alianza matrimonial que unía los intereses aragoneses a los vaticanos gracias al enlace entre Jofré Borgia y Sancha de Aragón, una agresión de alto calado para las aspiraciones galas en la península Itálica. El soberano francés, de natural impetuoso y heredero lejano de la casa de Anjou, ordenó a sus mejores mariscales que preparasen una invasión en toda regla de Italia. El propósito del ejército galo pasaba por realizar la invasión a través del norte italiano para posteriormente transitar las fronteras pontificias hasta culminar en Nápoles. Era un plan ambicioso y no exento de riesgo, pero si tenemos en cuenta que los franceses contaban con más de 50.000 efectivos bien pertrechados, una imparable caballería acorazada y la mejor artillería de la época con 104 piezas de campaña, otras 36 de asedio y más de doscientas bombardas, podemos decir que Carlos VIII, comandante en jefe de aquel contingente ofensivo, tenía algo más que argumentos teóricos para imaginar una victoria aplastante sobre sus debilitados enemigos. Este detalle no era ignorado por el astuto Alejandro VI, quien, en la esperanza de evitar semejante vendaval bélico, intentó que sus diplomáticos convenciesen al rey francés sobre la conveniencia de dirimir las cuitas napolitanas en un tribunal creado al efecto. Estos esfuerzos políticos fueron baldíos y en la propia Francia se barajó la posibilidad de organizar un concilio disidente que analizase de forma crítica la mismísima figura del papa Borgia, con lo que la sombra cismática de Aviñón comenzó a extenderse por el panorama convulso de la cristiandad. Lo peor para Alejandro VI en esta crisis vino cuando una suerte de cardenales francófilos, a cuya cabeza se situó el siempre conspiranoico Giuliano della Rovere, planteó su oposición frontal al gobierno del papa español. El propio Della Rovere abandonó los Estados Pontificios rumbo a Francia tras haber izado en su fortaleza de Ostia la bandera francesa. A estas deserciones cardenalicias que dejaban al pontífice prácticamente solo se sumaron a favor de los galos los apoyos tácitos de diferentes familias italianas como los Colonna romanos o los Sforza milaneses, con lo que napolitanos y pontificios quedaban a merced del imparable enemigo externo mientras sus pilares eran socavados por múltiples facciones opositoras del interior. No es de extrañar que Alejandro VI tuviera que recurrir a una necesaria alianza con España a fin de establecer la única defensa posible ante el ataque. Este conflicto sería a la postre definitivo para evitar la anhelada unión italiana que llegaría casi cuatro siglos más tarde. Pero, en ese momento, todo parecía conjurado para desatar el caos en aquel territorio sembrado de odio y venganza desde tiempos pretéritos. Baste comentar que esta invasión francesa supuso el inicio de la intervención bélica española en Nápoles con las famosas campañas protagonizadas por Gonzalo Fernández de Córdoba, conocido popularmente como el Gran Capitán y catalogado el mejor militar europeo del momento. Dichas campañas acabaron en victoria española sobre los franceses, con lo que el flamante imperio español se aseguró la presencia en aquellas latitudes por casi tres siglos más.

Pero volviendo a los albores de esta severa crisis, digamos que el 14 de julio de 1494 Alejandro VI y Alfonso II se reunieron en el castillo de Tívoli a fin de trazar planes ante el inminente ataque francés. Les acompañaban dos mil jinetes e infantes con un testigo de excepción, encarnado en la figura de César Borgia vestido con la impedimenta de cardenal. En la reunión se acordó movilizar una escuadra naval bajo el mando de Federico de Aragón —hermano del monarca napolitano— con la misión de tomar al asalto la ciudad de Génova. Por otra parte, una fuerza terrestre capitaneada por Ferrandino —hijo del monarca napolitano— avanzaría sobre la región de la Romaña con el propósito de frenar la ofensiva francesa. Asimismo, se dispuso que los soberanos pontificio y napolitano se establecieran en el castillo vaticano de Sant Angelo, lugar elegido como centro de mando en aquella guerra tan difícil para ambos reinos. Todo parecía preparado para una tremenda sangría y Alfonso II animaba al papa para que excomulgara al agresor Carlos VIII, si bien Alejandro VI se mostró reticente en la adopción de la concluyente medida, ya que sabía que tarde o temprano tendría que negociar con el joven rey francés. Mientras tanto, en Francia, una vez fracasadas las iniciativas diplomáticas, se habían iniciado los preparativos para la invasión. En agosto de 1494 se reunieron en torno al soberano mariscales, generales y cardenales, entre los que se encontraba por supuesto el flamígero Giuliano della Rovere, quien no cesaba de alentar a Carlos VIII en aquel capítulo que él suponía decisivo para su inevitable entronización papal. El 2 de septiembre las tropas francesas irrumpían por el norte de Italia. Tres días más tarde tomaban sin oposición la ciudad de Turín y el 9 de dicho mes eran recibidas en la localidad de Asti por Ludovico el Moro, quien no reparó en fiestas y alharacas en el intento de agasajar al nuevo amo de la situación. En verdad, el Sforza sacó beneficio de esta guerra, pues a cambio de su lealtad recibió el ansiado ducado milanés tras haber fallecido su sobrino Galeazzo. Por otra parte, Venecia se declaró neutral a pesar de las peticiones vaticanas de ayuda a su causa, con lo que el ejército francés avanzaba por Italia como si fuera en marcha triunfal sin enemigos a la vista. En cuanto a la contienda por mar, ésta no pudo ser más negativa para los buques napolitanos, los cuales fueron echados a pique en las aguas toscanas de Rapallo facilitando la ocupación francesa de Génova en medio de un gran saqueo. Florencia no soportó la presión y en noviembre las masas instigadas por el dominico Girolamo de Savonarola expulsaban a los Medici, entregando la ciudad a Carlos VIII, quien era proclamado por el rebelde fraile «enviado de Dios y reformador de la Iglesia». Por tanto, el camino a Roma quedaba expedito para el ejército francés. Las tropas pontificio-apolitanas parapetadas en la Toscana se vieron forzadas al repliegue sobre la Ciudad Eterna, a fin de plantear la resistencia en torno al indefenso papa, el cual tuvo que esgrimir desde entonces sus mejores virtudes como hombre de Estado ante el vendaval que se cernía sobre él y el trono que representaba.

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban, la familia Borgia procuraba mantenerse unida ante la adversidad. En mayo de 1494, Lucrecia Borgia viajó a Pésaro en compañía de Adriana Milá y Giulia Farnese. Los planes pasaban por que las tres mujeres regresasen a Roma durante el mes de julio dada la amenaza que se cernía sobre el papado. Pero en el caso de la bella Farnese esto se trastocó al enterarse de que uno de sus hermanos agonizaba tras cruel enfermedad en la localidad de Capodimonte. La joven no quiso desatender la obligación moral de cuidar a su hermano en sus últimos días, y con tal motivo

retrasó su llegada a Roma un tiempo, justo el necesario para que la invasión francesa la sorprendiese lejos de la protección vaticana. Precisamente, el 29 de noviembre de 1494 fue capturada cuando regresaba a Roma escoltada por treinta jinetes que no pudieron enfrentarse a una columna francesa dirigida por el capitán Yves d'Allegre, quien trasladó a la ilustre rehén y a su acompañante Adriana Milá al castillo de Montefiascone, desde el cual, una vez informado Carlos VIII, se solicitó un rescate de tres mil ducados por la liberación de la muchacha y sus acompañantes. La noticia de la captura llegó rauda a la Ciudad Eterna, y una vez enterado el papa tardó poco en confiar la suma solicitada a Juan Marrades, uno de sus sirvientes de confianza, que cumplió con éxito la misión de recuperar a la preciada amante de Rodrigo Borgia.

En diciembre, la situación era opresiva para Alejandro VI y sus súbditos. El emperador alemán también le había negado cualquier tipo de ayuda y todo parecía abocado a la más absoluta tragedia. El propio papa había desestimado las encarecidas peticiones napolitanas de abandonar Roma a su suerte para protegerse en la fortaleza de Gaeta, un bastión sureño considerado más seguro. Pero a esas alturas el papa valenciano ya había decidido clavar su bandera en el Vaticano y si debía morir, esto sólo podría ser defendiendo in situ el trono para el que fue elegido dos años antes. Carlos VIII se sentía vencedor en aquella partida tan desigual y ahora anunciaba su entrada en Roma como un capítulo más de una fiesta en la que interpretaba el máximo papel otorgado a los figurantes. Lo que ignoraba el soberano galo es que la astucia de Alejandro VI aún iba a reportar grandes sorpresas en aquella trama más propia del teatro fingido que de la realidad.

En el mencionado mes de diciembre, la vanguardia del ejército francés hizo acto de presencia ante las murallas romanas. Desde las torres del castillo de Sant'Angelo el cada vez más solitario papa contempló con gesto sereno como las unidades de la orgullosa caballería gala se desplegaban con pintoresca parafernalia tomando las posiciones más estratégicas que dominaban la Ciudad de las Siete Colinas. En ese momento, el Borgia fue consciente de que sus súbditos no se enfrentarían a los invasores. De hecho, la práctica totalidad de las casas señoriales romanas pactaron con los franceses, siendo los Orsini los últimos en negociar con el enemigo. Estaba claro que nadie desenvainaría su espada para defender la Santa Sede y únicamente pequeños grupos de guardias españoles permanecían fieles al pontífice, custodiando los pasos clave del Vaticano, así como el último bastión del castillo de Sant'Angelo. Ante esta situación, el papa aceptó negociar con los franceses. La reunión se produjo en las estancias de la Capilla Sixtina y, tras escuchar lo que tenía que decir la embajada de Carlos VIII, el pontífice determinó que lo mejor para empezar a resolver aquel trance era disponer la salida de Roma de Alfonso II de Nápoles, al que después de una emotiva ceremonia invistió con el ducado de Calabria, proclamándole miembro de la Orden de Jerusalén. Después de esto, Alejandro VI se quedó solo ante sus oponentes con la única virtud de su talento para resolver aquel nudo político difícil de desenmarañar. Acto seguido aceptó las condiciones galas que le exigían el perdón para los cardenales rebeldes, con Giuliano della Rovere a la cabeza. Asimismo otorgó permiso formal al ejército francés para que transitara libre por los territorios pontificios hasta su objetivo final en Nápoles. A cambio consiguió de Carlos VIII que Roma sólo fuese ocupada en parte sin superar la orilla izquierda del río Tíber,

lo que dejaba a salvo de las inminentes tropelías el reducto vaticano y el castillo de Sant'Angelo. Esto era, sin duda, una pequeña gran victoria para Alejandro VI, quien empezó a albergar fundadas esperanzas en la resolución del problema más grave al que tuvo que enfrentarse en su vida papal. El 31 de diciembre de 1494, las primeras formaciones francas entraron en Roma por la puerta del Popolo. La población civil les vitoreó con gran entusiasmo. De paso, algunos alborotadores pagados por la familia Colonna promovieron disturbios por las calles romanas con la intención de hacer ver al resto de la ciudadanía quiénes estaban ahora al mando de la situación.

Las tropas francesas quedaron acantonadas en la ciudad durante casi un mes. En estos días la soldadesca realizó terribles expolios en palacios, villas y casas aun de la más humilde condición. Los asesinatos y violaciones eran asunto cotidiano y pronto el sentir popular comenzó a exigir que se pusiese fin a semejante abuso. Cabe comentar, para nuestra historia, que la propia residencia de Vanozza Catanei fue saqueada el 8 de enero de 1495, noticia que un consternado César Borgia comunicó a su padre mientras éste se disponía a rubricar los acuerdos con Carlos VIII. Lo cierto es que la hecatombe prevista para los Estados Pontificios tan sólo tres meses antes se convertía ahora en escenario adornado por un razonable equilibrio de fuerzas. Alejandro VI, presionado por las armas francesas, tuvo que transigir en el perdón a los cardenales irredentos, la marcha del ejército invasor a Nápoles y en algunos detalles tales como la entrega de su hijo César a Carlos VIII en calidad de rehén amistoso durante cuatro meses, además de ceder la posesión de algunas fortalezas relevantes y la custodia del príncipe otomano Djem, hermano del sultán Bayaceto, por el que éste pagaba la bonita suma de 40.000 ducados a cambio de su estancia en el Vaticano. Frente a esto, ¿qué obtuvo Alejandro VI? En primer lugar, su permanencia como cabeza visible de la Iglesia, que no era poco, dado lo que se llegó a especular en Francia tan sólo seis meses atrás. En segundo orden obtuvo el reconocimiento del rey francés, quien aceptó el poder terreno y espiritual del papa, prometiendo su incorporación a una hipotética cruzada contra los turcos. Por otra parte, Alejandro consiguió, para alivio de sus subditos, que las tropas francesas abandonasen Roma, devolviendo al papa las llaves de la ciudad. Estos logros, que parecían imposibles a fines de 1494, eran ahora gozosa realidad gracias al talento conciliador del sumo pontífice, el cual no tardó en ser alabado por su pueblo libre al fin del yugo invasor. El 19 de enero de 1495, Carlos VIII escuchaba con devoción la misa oficiada por el Santo Padre. Al concluir la ceremonia ambos gobernantes se abrazaron con emoción. El soberano francés por entonces contaba veinticinco años de edad y su afán de gloria inmerso en un mundo lleno de frivolidad no le impedía ser consciente de aquel momento profundo protagonizado por él y por el hombre con mayor autoridad moral de la cristiandad, quien ahora le daba su especial bendición. En ese sentido, debemos decir que Alejandro VI fue generoso hasta el extremo en la concesión de dádivas, condecoraciones, homenajes... Al igual que hicieron otros grandes de la historia, siempre atentos a las pequeñas circunstancias que consiguen motivar acuerdos, protocolos o en este caso, la supervivencia de la mayor institución religiosa del mundo.

Con el forzoso beneplácito del papa, el ejército francés encaminó sus pasos hacia Nápoles. En ese trasiego se recibieron las airadas protestas de España por el comportamiento nefasto de los galos durante la campaña. Como hemos dicho, la

futura guerra entre franceses y españoles estaba a punto de estallar. Además, el enérgico César Borgia no soportó por más tiempo su situación de prisionero y en cuanto se le presentó la oportunidad escapó del campamento francés, asunto que se interpretó como una traición del papa, si bien esta huida no fue más que una decisión personal del vástago Borgia. Finalmente, el 22 de febrero de 1495 los soldados de Carlos VIII entraban sin oposición en la ciudad de Nápoles. Previamente, el rey Alfonso II había abdicado en su hijo Ferrante II para posteriormente marchar al exilio en Sicilia, donde pretendía tomar los hábitos religiosos, aunque esto último no pudo ser, pues falleció ese mismo año de 1495 en la localidad de Messina. El propio hijo de Alfonso también tuvo que renunciar a su flamante corona ante la presión de las armas francesas y acabó recluido en una pequeña isla de la bahía napolitana. En consecuencia, Nápoles, reino ambicionado por Francia desde tiempos de los Anjou, pertenecía al fin a Carlos VIII, primo en vigésimo grado de la mencionada casa nobiliaria y que por tan nimio vínculo genético había organizado la invasión de Italia y puesto en peligro la monarquía vaticana.

Desde luego, el botín merecía la pena, pero su particular sueño italiano le iba a durar un breve espacio de tiempo, el suficiente hasta que desembarcasen en la punta de bota italiana los tercios españoles. Por cierto, como curiosidad médica apuntaremos que en estos meses de presencia francesa en Nápoles se cometieron abundantes tropelías sexuales, lo que al parecer desató una enfermedad conocida en aquel momento como el *mal francés* por los napolitanos o el *mal napolitano* por los franceses, y que comúnmente pasó a la historia con el nombre de *sífilis*, un terrible mal venéreo del que el propio César Borgia sería víctima.

Por su parte, Alejandro VI no perdió un minuto en preparar su especial vendetta contra Carlos VIII, quien, a pesar de proclamar a los cuatro vientos su rendida obediencia al papa, no por ello había dejado de poner en jaque a los Estados Pontificios, enseñoreándose a posteriori del reino napolitano, lo que le convertía de facto en enemigo de media Europa. El propio papa volvió a tejer el entramado de una liga santa contra el francés animando desde posiciones discretas a Venecia para que ocupase la cabeza visible de la magna empresa. La Serenísima aceptó el reto y pronto diferentes potencias como España, Alemania y la propia Inglaterra se sumaron a este esfuerzo. Por añadidura las otrora incondicionales francófilas Milán, Florencia y resto de las repúblicas italianas tornaron intenciones, apuntándose al vigoroso grupo de naciones aliadas contra Francia, lo que provocó a finales de marzo de 1495 que Carlos VIII y sus tropas, cada vez más menguadas en el sur de Italia, quedasen a merced de una inminente encerrona poco deseable para el sorprendido monarca galo.

El 1 de abril, César Borgia, al mando de su eficaz guardia española, masacró a decenas de mercenarios franceses que intentaban saquear iglesias y palacios romanos tal y como lo habían hecho en su primer paso por la ciudad. En esta ocasión las cosas no les fueron bien y el joven Borgia pudo vengarse en carne enemiga de todo el odio acumulado por la humillación sufrida a manos francesas. Lo cierto es que estos soldados, en esencia suizos y alemanes al servicio de Francia que regresaban a casa y que murieron en su totalidad perseguidos y descuartizados por las tropas vaticanas, fueron el primer aviso sobre lo que podía ocurrir al resto del contingente galo. Once días más tarde Alejandro VI, en una

florida ceremonia, proclamaba la santa liga contra el francés, y el ejército aliado comenzó a preparar la guerra. Italia, todavía sin recuperarse de la tormenta bélica anterior, se disponía a ser nuevo campo de batalla donde se iban a batir los intereses de media Europa. Aunque en esta ocasión el trémulo Carlos VIII rehusó, dada su precaria situación, el enfrentamiento directo y preparó su contingente expedicionario para el regreso a casa, mientras entregaba al duque de Montpensier el control del reino conquistado.

A decir verdad, las cosas habían cambiado drásticamente en tan sólo cinco meses, y ahora Carlos VIII solicitaba hablar con el pontífice para mejorar sus delicadas relaciones. Pero en esta ocasión Alejandro VI no quiso parlamentar, y escoltado por 7.000 hombres abandonó Roma sabiendo que la baza decisiva la jugaba él en un tablero ajedrezado donde las piezas cambiaban de bando según soplara el viento del poder. Por tanto, a Carlos VIII no le quedó más opción que retroceder con los restos de su ejército, acosados por las tropas de la coalición. El 6 de julio, ambas formaciones chocaron con resultado incierto en la batalla de Fornovo. Al poco el rey francés consiguió escapar de su desastrosa aventura italiana atravesando los Alpes. Los resultados no habían sido desde luego los más adecuados. Las arcas francesas se encontraban muy mermadas por la empresa, miles de hombres sucumbieron en el empeño y en Nápoles las tropas del Gran Capitán deponían al virrey Montpensier para nuevamente instalar en el trono al rey Ferrante II, quien poco pudo saborear este oropel, pues falleció en 1496. La rúbrica a esta crisis internacional la puso, como es lógico, el papa Alejandro VI, y el 9 de agosto de 1495 enviaba una orgullosa bula a Francia en la que se decía entre otras cosas lo siguiente:

A nuestro queridísimo en Cristo, hijo nuestro Carlos cristianísimo rey de los franceses, a tus duques, barones, condes e ínclitos capitanes, a todos y cada uno de los que en Italia estén a sueldo tuyo, militando contigo, y a los otros que son tus secuaces o aliados, o que te dan auxilio y consejos o favores, invito a desistir de sus propósitos de guerra en Italia.

Este fragmento representa la voluntad de un hombre que supo resistir con estoicismo innato una avalancha que otro, seguramente, no hubiese soportado sin la magnífica preparación política y la sólida estructura mental de las que hacía gala Rodrigo Borgia. En el documento se explayaba a gusto contra los excesos cometidos por su súbdito moral, y tal fue el efecto producido por este documento, que muchos franceses reprobaron la actitud de su monarca en esa empresa caprichosa y, en definitiva, estéril. Sea como fuere, Carlos VIII salió perdedor de este conflicto y poco más pudo decir o hacer, pues falleció en abril de 1498 sin que su biografía pueda ser considerada la más luminosa de Francia.

En lo que se refiere a los Borgia, diremos que tras la salida de los franceses de Italia Lucrecia pudo finalmente regresar a Roma para abrir de nuevo su palacio de Santa Maria in Portico, mientras dilucidaba cómo serían sus años venideros en compañía de su marido, el inestable Giovanni Sforza, cuya familia engrosaba la lista de la traición a la Santa Sede ante el peligro francés. Por otro lado, César cobraba protagonismo dada su valentía ante los invasores y Juan permanecía a la expectativa desde España con la clara intención de regresar a Roma en cuanto fuese requerido por su padre para asumir el mando de los ejércitos pontificios, que

estaban en absoluta reorganización. Finalmente, el joven Jofré seguía al lado de su fogosa Sancha de Aragón sin enterarse mucho o nada acerca de cómo transcurrían los acontecimientos a su alrededor. En resumen, una vez superado el trance de la invasión francesa, todo hacía ver que el reforzado Alejandro VI gozaría de un tiempo dominado por la estabilidad. Sin embargo, su reinado no estaba llamado a navegar por mares tranquilos y pronto surgieron nuevas intrigas y despechos que alteraron sensiblemente los acontecimientos de la Santa Sede en aquellos años finales de siglo XV.

## **SAVONAROLA VS. ALEJANDRO VI**

Durante su reinado, Alejandro VI se tuvo que enfrentar a no pocos problemas de diferente índole. Como ya hemos visto, las cuestiones internacionales no se le dieron del todo mal, y en ellas quedaron manifiestas sus dotes y virtudes, cualidades que le acreditaron como consumado hombre de Estado a prueba de conspiraciones, guerras y disensiones. Pero le faltaba en su particular miscelánea de crisis severísimas una alteración de orden religioso gestada en la propia Italia, y dicha eventualidad cobró vida en la figura de Girolamo de Savonarola, un fraile dominico considerado profeta por sus adictos y hereje visionario teñido por la locura por sus más encendidos detractores. El nombre de este singular agitador eclesiástico acompañaría las más inquietas pesadillas del pontífice español durante casi seis años en los que no faltaron zozobras, autos de fe y excomuniones.

Nacido en Ferrara en 1452, era el tercero de una prole que llegó a contabilizar siete vástagos. Los Savonarola conformaban una familia acomodada que se pudo permitir el lujo de entregar a varios de los suyos al rigor de las órdenes religiosas. En el caso de Girolamo fueron los dominicos quienes aceptaron la integración del muchacho en sus filas. Desde luego en esos momentos la prestigiosa institución de predicadores no podía sospechar que aquel impetuoso joven se convertiría en una de sus más famosas ovejas negras. En sus primeros años de fraile, Savonarola acreditó un entusiasmo desmedido por el estudio de los textos sagrados y pronto concibió un especial universo religioso regido por la más estricta ortodoxia de la que él pretendía ser máximo garante. Como es lógico, en dicha cosmogonía el futuro profeta no podía aceptar las tropelías y desmanes que estaban cometiendo los supuestos dignos representantes del catolicismo desde la curia vaticana, e inició su primer apostolado contra los abusos emanados desde las estancias, a su juicio pecaminosas, que poblaban la Santa Sede. Savonarola se fue poco a poco construyendo un prestigio social, primero entre los suyos y posteriormente entre las masas populares que cada vez en mayor número acudían a sus brillantes prédicas. En dichos discursos se criticaba abiertamente la actitud pasiva del papado ante los excesos mundanos de los cardenales, hasta que finalmente fue el propio papa Inocencio VIII objeto de los ataques más airados, al ser considerado por el dominico el mayor símbolo de la ignominia humana. Con treinta y nueve años de edad fue nombrado prior de la iglesia de San Marcos en Florencia. Para entonces su situación mental no invitaba al optimismo, pues vivía constantemente atenazado por la terrible y personal intuición de una inminente condenación eterna para este mundo pecador sin recato. A esto añadía sus constantes brotes epilépticos y sus visiones en sueños que él consideraba avisos que le transmitía el mismísimo Dios supremo. Savonarola se dejó impregnar por un fanatismo religioso extremo y comenzó sin ambages a proclamar la más que probable llegada del Anticristo en medio de autocastigos mortificadores, rezos prolongados hasta el éxtasis y ayunos voluntarios que le colocaban al borde de la muerte por inanición. Esta actitud, supuestamente espiritual, empezó a reunir en torno a él a miles de creyentes, primero en Florencia y posteriormente por toda la Toscana. Es curioso comprobar como este suceso religioso inscrito en el más

rancio fundamentalismo se propagó casi sin impedimento por una latitud que había sido la primera en abandonar el medievo en beneficio del más luminoso Renacimiento; pero la condición humana nos ofrece en ocasiones estas paradojas difíciles de evaluar si no pensamos en aquellos siglos cubiertos por la miseria, el hambre, la enfermedad o la violencia. Savonarola no fue distinto a otros disconformes con la situación impuesta por la Iglesia católica, y más tarde las corrientes protestantes darían buena muestra de esta desilusión generada por el Vaticano.

Pero volviendo al caso, diremos que la llegada al trono de San Pedro de Alejandro VI no varió un ápice la visión que tenía de las cosas este alterado fraile, y mantuvo sus soflamas apocalípticas animando a sus numerosos feligreses al arrepentimiento y a una desafiante desobediencia a las normas establecidas por el papado. Savonarola se convirtió en un furibundo enemigo de los Borgia, declarando abiertamente que esta familia era el más claro exponente de la lujuria, la corrupción y el incesto. Atacó a todos y cada uno de los miembros del clan valenciano, incluido Rodrigo, a quien imputaba los vicios y pecados más terribles para un hijo en Cristo. Pero no sólo los Borgia fueron objetivo del fraile; también los Medici de Florencia padecieron su ira, dado que los consideraba paradigma de todos los males que azotaban la tierra.



Retrato de Girolamo de Savonarola, fraile dominico cuya prédica apocalíptica entre el pueblo de Florencia puso en jaque al Vaticano. Grabado. Biblioteca Nacional. Madrid.

Ya vemos que muy pocos poderes fácticos se libraban de los iracundos dictados proferidos por este levantisco predicador convertido en profeta del Sumo Hacedor. Como ya hemos dicho, la llegada de los franceses a Italia en 1494 fue considerada por Savonarola como la anunciación de la tan ansiada liberación del yugo papal. El propio dominico creyó ver en Carlos VIII a todo un enviado del cielo dispuesto a emprender la revolución definitiva que salvase las almas de los pecadores humanos. El 8 de noviembre del mencionado año, los seguidores de Savonarola protagonizaron una revuelta popular en Florencia que consiguió expulsar de la

ciudad a los odiados Medici. El dominico, orgulloso por su acto, se autoproclamó jefe de la ciudad para posteriormente cederla a los invasores franceses, los cuales no es que prestaran mucha atención al profeta de Cristo, aunque le dejaron manos libres para actuar en la bella plaza a su antojo. Desde entonces, podemos decir que quedó proclamada en Florencia una especie de república teocrática que algunos llamaron *savonarolense*. El propio instigador de esta situación se transformó en un terrible dictador que sembró de negritud la ciudad toscana. Se prohibieron bailes, música y festejos. Las mujeres debieron cubrir con velos sus rostros y los condenados por blasfemia eran castigados con la práctica de un agujero en sus lenguas. Se quemaron manuscritos de Petrarca y Boccaccio, considerados autores pecaminosos. Asimismo fueron a la pira inquisitorial adornos, cosméticos, espejos... Florencia entristeció en una época donde la urbe había sido llamada a ser vanguardia de la modernidad. Pero los fieles a Savonarola seguían adelante. En una ocasión se contabilizaron más de 15.000 leales frente a su líder espiritual.

Este problema, de alta magnitud, no pasó desapercibido para el resto de la Iglesia, y una vez solventada la cuestión de la invasión francesa, el aparato vaticano se puso a trabajar con febril actividad para devolver al redil a su díscolo hijo. En esencia, fueron los franciscanos, eternos oponentes de los dominicos, quienes empujaron con más fuerza dispuestos a resolver la controversia generada por Savonarola. Finalmente Florencia quedó a merced de un encendido debate promovido por dos facciones antagonistas, los *arrabbiati* o «airados», que apostaban por la expulsión de la ciudad del fraile, y los *piagnoni* o «plañideros», que le defendían. La disputa culminó en sufragio realizado por los prebostes florentinos, y por un solo voto de diferencia Girolamo de Savonarola consiguió permanecer en su particular trono florentino, lo que de hecho le dio mayor fuerza moral para proseguir con su férrea ideología dictatorial. Los discursos inflamados de odio hacia el Vaticano se incrementaron hasta conseguir colmar el vaso de la paciencia para un preocupado Alejandro VI, quien en el otoño de 1495 prohibió tajantemente al dominico continuar con sus predicaciones multitudinarias. La respuesta del irredento fue por el momento calmada, empero en las Navidades de ese mismo año no pudo contener su agitada lengua y proclamó a Cristo rey de Florencia, ante el delirio de sus seguidores.

Una vez más, el papa español adoptó la prudencia como estrategia a seguir en aquella locura que rozaba la herejía, y en el verano de 1496 envió a Florencia a Ludovico de Ferrara, hombre mesurado que ostentaba el cargo de procurador de la Orden de los Predicadores. La misión del eclesiástico consistía en entrevistarse discretamente con Savonarola para hacerle entender que su actitud no beneficiaba a nadie y ya de paso aprovechó para intentar sobornarle con la entrega del capelo cardenalicio. Esta treta vaticana no surtió el efecto deseado, más bien lo contrario, pues el dominico, tras rechazar esta invitación a la corrupción, se vio reforzado en sus tesis, con lo que inició una nueva ofensiva contra los poderes fácticos de la Iglesia. El 21 de julio de dicho año, Alejandro VI ofreció una nueva reunión a Savonarola, con el fin de analizar en común las visiones apocalípticas del fraile. Pero éste rehusó la petición papal, alegando que no podía concurrir a la cita por motivos de salud. Estaba claro, a esas alturas, que este agrio episodio en el seno de la Iglesia católica acabaría tarde o temprano en cruenta tragedia.

El 8 de septiembre, Alejandro VI ordena una reestructuración eclesial en

Florenia, lo que de facto renovaba la prohibición de predicar para un cada vez más enfadado Savonarola. De hecho, el dominico se debía a sus devotos, a ellos les había transmitido que era profeta de Dios y una de sus exposiciones más blindadas era, precisamente, la de defender la misión divina emprendida por el rey francés Carlos VIII, por lo que volvió a invocar la presencia francesa en la Toscana hasta derrotar los Estados Pontificios que, según él, se encontraban poseídos por el Maligno. Lo cierto es que Savonarola no podía defraudar a sus partidarios. En aquellos meses Florenia se encontraba dominada por la más terrible histeria colectiva, y la religión más extremista se enseñoreaba de esa cuna renacentista. En octubre, Alejandro VI decidió enviar una carta al sublevado, pues el asunto había superado para entonces cualquier razonable previsión. Ahora ya no se trataba de una anécdota protagonizada por un iluminado, sino más bien de una cuestión política que afectaba a una región de vital importancia para la estabilidad italiana. No olvidemos que la Toscana constituía el auténtico parapeto geográfico que protegía Roma, y no es de extrañar que el papa viese con ojos de preocupación cómo algunos magnates florentinos se sumaban a la causa del supuesto profeta. En el documento dictado por Alejandro VI se podía leer lo siguiente:

En tus prédicas públicas, predices el futuro y afirmas que lo que dices te llega de la eterna luz y como inspiración del Espíritu Santo, con lo cual desvías a estos hombres sencillos del camino de salvación y de la obediencia a la Santa Romana Iglesia. Hubieras debido predicar la unión y la paz y no estas que el vulgo llama profecías y adivinaciones. Debieras, aun más, considerar que las condiciones de los tiempos no son para que tales doctrinas sean pregonadas, pues si ellas de por sí pudieran causar discordias aun allí donde hubiera paz completa, cuánto más no lo harán en momentos en que hay tantos rencores y facciones.

El texto incluía además algunas indicaciones al dominico para que cesase en su inútil empeño de agitar Florenia. Luego, en tono paternalista, Alejandro VI intenta comprender que Savonarola se mueve por dictados inocentes que no pretenden más que el bien de la Iglesia, y concluye animando al fraile a que no predique más, mientras le invita a visitar Roma, donde será recibido con la mejor disposición. Los exegetas de Alejandro VI ven en esta misiva una auténtica declaración de guerra por las buenas o por las malas. Ignoramos lo que debió de interpretar Savonarola, pero lo cierto es que nunca acató estos mensajes papales, incrementándose con cada uno de ellos su arrogancia y desafío hacia la autoridad vaticana, lo que dejó al papa escasas o nulas alternativas de acuerdo.

El 7 de febrero de 1497, la florentina plaza de la Señoría fue escenario para un monumental auto de fe en el que se quemaron cientos de libros, obras de arte y los ya mencionados manuscritos de Petrarca y Boccaccio en un episodio que pasó a la historia como *la hoguera de las vanidades*. Miles de fanáticos seguidores del fraile enarbolaban los colores blanco y negro característicos de la orden dominica. El fuego purificador iluminó Florenia y la guardia personal de Savonarola peinó casa por casa la ciudad en busca de objetos y actitudes pecaminosas.

Era desde luego momento para adoptar medidas fulminantes que frenaran en seco aquella tropelía teocrática dominada por un ser convulso y creído de su

propia verdad religiosa. El 13 de mayo de 1497, Alejandro VI, a sabiendas de que el diálogo o los sobornos serían inútiles, dictó orden de excomunión para Girolamo de Savonarola. El encargado de transmitir esta decisión fue Gian Vittorio de Camerino, un toscano exiliado en la Santa Sede y enemigo jurado del dominico. La respuesta pública de Savonarola se produjo el 11 de febrero de 1498, cuando ante miles de congregados proclamó por su cuenta la excomunión del mismísimo Alejandro VI. Nunca nadie había llegado a proferir semejante osadía, y quedaba patente que la situación ya no admitía vuelta atrás. Aun así, el vicario de Cristo en la tierra emitió una carta el 9 de marzo en los siguientes términos:

El oficio pastoral no nos permite tolerar durante más tiempo las tretas de este dominico desobediente. Así pues, volvemos a ordenar perentoriamente o que se envíe a Roma a Savonarola o que se le encierre en un claustro de manera que no pueda predicar ni hablar con nadie hasta que no recapacite y merezca nuestra absolución. [...] De Savonarola no exigimos otra cosa que el reconocimiento de nuestra suprema autoridad.

Esta última oportunidad concedida por la Santa Sede fue también desestimada por el cada vez más enajenado fraile, el cual, llevado por el más absurdo delirio, respondió invocando a las potencias de España, Francia, Inglaterra, Hungría y Alemania para que celebrasen un concilio de urgencia en el que se depusiese al papa.

Semejante insolencia fue determinante para que Alejandro VI mandara llamar al embajador florentino para anunciarle que en caso de que Savonarola no fuera entregado o sometido a prisión, el interdicto papal caería sin compasión sobre la ciudad de Florencia. Esto era dejarla sin el acceso a los sacramentos de la Iglesia, establecer la imposibilidad para sus habitantes de ser enterrados en tierra sagrada, y lo que es acaso peor, también se impediría el negocio comercial con otras ciudades, dado que la urbe sería considerada proscrita. La noticia cayó como una pesada lápida sobre Florencia y sus ciudadanos. Para entonces muchos de ellos ya mostraban signos de hartazgo ante los discursos sobredimensionados y apocalípticos de su exagerado dictador teocrático. Por otra parte, los magnates de la ciudad que habían apoyado a Savonarola no veían compensadas sus esperanzas de futuro, y con esta amenaza de interdicto pensaron que era mejor mantener los negocios terrenales que la ilusión en las profecías lanzadas por un desprestigiado fanático. De ese modo, la otrora leal Florencia comenzó a recelar de su insigne emisario de Dios. Por añadidura, los dirigentes vaticanos establecidos en la ciudad toscana anunciaron la excomunión inmediata para aquellos que siguieran escuchando los sermones del visionario. Esto terminó por menguar de forma alarmante la lista de adeptos de Savonarola y, poco a poco, el fraile comprobó como se quedaba casi solo y a merced de unas circunstancias escasamente halagüeñas para su persona.

El 25 de marzo de 1498, el clérigo Francesco della Apulia, titular en la iglesia florentina de la Santa Cruz, juzgó que había llegado la hora de retar públicamente a Savonarola, quien hasta entonces alardeaba de forma arrogante de que el fuego era el auténtico amigo de la pureza y él como elegido de Dios no lo temía al poseer dicha virtud. El franciscano Della Apulia animó a su oponente dominico a entrar juntos en sendas hogueras para probar ante Dios cuál de los dos tenía razón. A las

8 de la mañana del sábado 7 de abril, víspera del Domingo de Ramos, la multitud bulliciosa se agolpaba alrededor de dos piras de madera rociadas con aceite y resina, entre las que se había habilitado un espacio estrecho que permitía el paso de un hombre. A mediodía, se elevaron las murmuraciones, pues Savonarola no comparecía para cumplir su afirmación, aunque anunció que un milagro estaba a punto de producirse. Al caer la tarde, la cuita estaba aún sin dirimirse, con airadas disputas entre franciscanos y dominicos ante la impaciencia popular. De improviso estalló una tormenta que inundó de agua las calles florentinas, con lo que la singular reunión quedó disuelta a la espera de nuevas. Esa misma noche las facciones rivales dieron rienda suelta a las viejas vendettas y decenas de florentinos sucumbieron en una batalla campal que se adueñó durante horas de la ciudad. Finalmente, los escasos partidarios que aún le quedaban a Savonarola renegaron de su condición y pidieron clemencia por su rebeldía. El propio dominico acabó por rendirse al alba del día siguiente. Era el fin de una locura que había soñado con profundas reformas en la Iglesia de Roma. Ahora, aquel integrista con ínfulas de profeta se veía preso, con su ropa hecha trizas y cubierto por los escupitajos e insultos de aquellos conciudadanos que tanto le habían aclamado.

Florenia no aceptó extraditar a Savonarola al Vaticano y el Consejo de la ciudad dispuso lo necesario para juzgarle allí mismo. Alejandro VI aceptó la decisión y destacó dos legados como observadores de un proceso que duraría cuarenta y dos días, en los que el acusado fue sometido a diversas torturas de la época, como la de sufrir elongación de sus miembros por acción del temible torno. A pesar de estos castigos, el dominico se mantuvo en sus posiciones sin que llegara jamás a arrepentirse de sus actos, mientras profería en medio del dolor toda suerte de condenas, blasfemias e improperios contra aquellos que le juzgaban en la tierra. El 23 de mayo de 1498, Girolamo de Savonarola fue declarado culpable de herejía y cisma, por lo que recibió, a través del cauce civil, la sentencia a morir ahorcado y quemado en compañía de los dos únicos discípulos que habían permanecido fieles a su causa. La pena fue cumplida con rigor inaudito, ya que el propio verdugo no quiso estrangular al reo antes de ser ahorcado para evitarle mayor sufrimiento, con lo que Savonarola tuvo una agonía prolongada durante minutos, colgado en la soga. Para mayor drama, fue lanzado aún vivo a las llamas de la hoguera y en ellas permaneció hasta quedar reducido a cenizas. Las autoridades ordenaron entonces que los restos del condenado fuesen esparcidos por las aguas del río Arno, impidiendo así que los prosélitos todavía fieles al furibundo predicador pudiesen conservar las reliquias de su líder.

Cabe comentar que el Vaticano puso mucho cuidado en que esta sentencia se considerase un delito político y no religioso, si bien no tomó buena nota de lo acontecido, pues esta contundente protesta enarbolada por Savonarola fue sin duda una clara precursora del maremágnun impulsado por otros reformistas que sí tuvieron mejor fortuna, verbigracia Martín Lutero o Juan Calvino. Por cierto, el prodigio anunciado por Savonarola nunca ocurrió, de no ser que el mismo día que lo auguró falleció en Francia su loado Carlos VIII, el pretendido libertador de Italia por la mano de Dios. Sea como fuere ambos comparecieron casi a la vez ante el Ser que presuntamente les inspiró.

En el caso de Alejandro VI ya hemos demostrado que hizo todo lo posible por resolver de forma incruenta este conflicto, y sabemos que no disfrutó con la muerte

de su oponente, aunque en último extremo tuvo que defender la autoridad papal y eso no era asunto baladí en aquel escenario sometido a continuos seísmos sociales, políticos y, por supuesto, religiosos.

## GUERRA CONTRA LOS ORSINI

La invasión francesa de Italia puso en evidencia las debilidades endémicas de los Estados Pontificios. El poder espiritual del papa había quedado a salvo tras el envite. Sin embargo, las cuestiones terrenas intraquilizaban, y mucho, al intuitivo Alejandro VI. Para el pontífice no pasaba desapercibido que la mayoría de las grandes casas italianas le habían traicionado en los momentos de máxima necesidad ante el peligro extranjero, poniendo en serio riesgo la propia supervivencia del Vaticano y sus territorios vasallos. Ahora llegaba el momento de ajustar cuentas internas con todos aquellos clanes tan desafectos. Sólo así se garantizaría una equilibrada cohesión cara a un mejor futuro para los dominios de la Santa Sede. No es de extrañar pues que, desde el fin de la amenaza gala, las dinastías que habían rendido homenaje al invasor Carlos VIII se pusieran en guardia pensando en la inminente venganza del sumo pontífice, y razón no les faltaba a los Conti, Colonna, Savelli u Orsini.

Precisamente estos últimos se constituyeron, por su fidelidad mantenida a Francia desde los tiempos de Carlos de Anjou, en los principales enemigos del papado. Como ya hemos visto, Alejandro VI no gozaba de un minuto para el aburrimiento. En 1496 tuvo que enfrentarse no sólo al mencionado Savonarola, sino además al poder representado por la casa Orsini, muy arraigada en las tierras de la Romaña y Nápoles, donde en esos meses los tercios españoles del Gran Capitán marchaban victoriosos ante los franceses de Montpensier. No obstante, Virginio Orsini —gran jefe de su clan— mantuvo enarboladas las banderas del desafío y se preparó a conciencia para el choque con las tropas pontificias; unos contingentes, en todo caso, bastante desorganizados después del desastre sufrido a manos francesas. Se necesitaba pues con urgencia un conductor de hombres que supiese dirigir ejércitos en campaña, pero que a la vez fuese absolutamente fiel a los intereses Borgia. ¿Existía tal personaje? Desde luego que no, y es por ello que Alejandro VI decidió optar una vez más por el vínculo sanguíneo que, al fin y al cabo, era lo más fiable a lo que aferrarse. En el catálogo familiar César estaba descartado por el momento para tal cometido, ya que su destino era la Iglesia y no una gloriosa posición militar. Por otra parte, el pequeño Jofré apenas contaba quince años de edad y bastante tenía con intentar controlar el ímpetu de su insaciable Sancha de Aragón.

Al fin quedaba Juan Borgia, primogénito de la prole oficial llamada, según su padre, a descollar en la historia de los humanos. El duque de Gandía permanecía en España a la espera de acontecimientos que reclamasen su presencia en Italia. Como ya sabemos se casó en 1493 con María Enríquez, prima del Rey Católico Fernando. Fue una boda celebrada primero por poderes, y más tarde de forma presencial en la ciudad de Barcelona. Desde entonces, Juan residió en la tierra natal de su padre, más entregado a los placeres del juego y las mujeres que a su estricta condición de aristócrata terrateniente. Lo cierto es que el Borgia era un muchacho frívolo y dominado por las ganas de festejar cualquier detalle o circunstancia por nimios que fueran; ante esta actitud se encontraba la doliente María siempre quejosa por las continuas aventuras de su marido. Según parece, Juan escapaba con cierta frecuencia y nocturnidad por las calles de cualquier

pueblo o ciudad de sus dominios en compañía de amigos que le escoltaban en el frenesí de las noches mediterráneas. No era en realidad nada distinto de lo que podría perpetrar cualquier noble de la época, y se dice incluso que su propio suegro era compinche en estas fiestecitas íntimas siempre costosas para las arcas de quien las pagase. Y, en ese sentido, el vástago Borgia era el más espléndido de los anfitriones, llegando a malgastar, según algunos, más de 3.000 ducados en un mes, lo que significaba una auténtica fortuna. Este tren de vida le supuso entrar en flagrante deuda con decenas de acreedores y, a fin de calmarles, se vio impelido a hipotecar sus propiedades y a solicitar préstamos a usureros, poniendo la dote de su mujer como garantía.



Vista parcial de la fachada del palacio de los Borgia en Gandía (Valencia), cuyo ducado ostentó Juan, el primogénito del papa Alejandro VI, que comandó los ejércitos pontificios en la guerra contra los Orsini.

Obviamente, las noticias de este desenfreno no tardaron en llegar a la Santa Sede, donde un preocupado Alejandro VI se vio obligado a solicitar a su querido hijo la certeza o no de los maledicentes rumores. Juan respondió a su padre mediante cartas en las que minimizaba sus presuntos excesos. La verdad es que el papa no deseaba bajo ningún concepto que los Borgia importunasen al imprescindible, para sus intereses, rey Fernando de Aragón, ya que la agraviada en este caso era nada menos que su prima más querida. Juan, en su defensa, expuso que las correrías al amparo de la luna obedecían a simples paseos con buenos amigos, tal y como rezaban las costumbres locales; dijo además que las timbas de naipes en las que presuntamente dilapidaba su fortuna no eran de tal magnitud como se presumía, y que más bien formaban parte de simpáticos encuentros privados con estos nobles. Por otra parte, ante la acusación de ser protagonista de innumerables hazañas carnales fuera del matrimonio, explicó que nada de eso era cierto, pues amaba profundamente a su esposa, la cual, a pesar de sufrir constantes diarreas, según él, se encontraba en disposición de ofrecerle muy pronto un heredero.

Estas convincentes palabras fueron suficientes para calmar el desasosiego del

pontífice, cuya situación en Italia era tan difícil que una vez entrado el verano de 1496 decidió llamar a su lado a Juan con el propósito de entregarle la capitanía de los ejércitos pontificios. El 10 de agosto de dicho año, el duque de Gandía puso pie en Italia. Para entonces, tal y como había prometido, ya era padre de un hijo y esperaba ilusionado la llegada de otro. Su hermano César le recibió en la ciudad de Corneto para entrar juntos de manera triunfal en Roma. La recepción preparada para Juan Borgia fue tan emotiva como colorista. El duque vestía sus mejores galas, en las que destacaba abundante y rica pedrería. Su rubia cabellera quedaba cubierta por un magnífico sombrero de terciopelo rojo. La visión del elegante muchacho debió de impresionar a su progenitor, pues rompió en sollozos mientras abrazaba al hijo recuperado. El propio César cedió a su hermano los apartamentos que ocupaba en el Vaticano, para que de esa forma pudiese estar más cerca del papa en jornadas que se antojaban decisivas para la guerra contra los clanes rebeldes al poder Borgia. En octubre, mediante ceremonia oficial, se hizo entrega a Juan Borgia del mando sobre las tropas vaticanas. Alejandro VI, consciente de la incapacidad castrense de su primogénito, designó al veterano y experimentado Guidobaldo de Montefeltro, duque de Urbino, como asesor militar del flamante gonfalonero pontificio. Este curtido guerrero había acreditado su fidelidad al papa en los exigentes trances provocados por la anterior invasión francesa y sería un buen asesor al que recurrir en los más que probables momentos de necesidad. Con gran pompa, el ejército pontificio desfiló por las calles de Roma bajo la mirada orgullosa de Alejandro VI y la envidiosa de César, quien seguía renegando de sus hábitos cardenalicios, mientras se imaginaba en el puesto de su hermano. Las tropas de Juan entraron muy pronto en combate asediando plazas y castillos de los Orsini. A decir verdad, todo parecía fácil para los soldados del papa, dado que en las primeras semanas una decena de bastiones cayeron en sus manos para desesperación de Virginio Orsini, quien, atezado por los pontificios en el norte y los tercios españoles del Gran Capitán en el sur, cayó prisionero de estos últimos para morir al poco en una prisión de Nápoles.

La campaña estaba resultando victoriosa, sin embargo la llegada del duro invierno frenó en seco las aspiraciones de los atacantes, asunto que permitió a los Orsini tomar la iniciativa desde su fortaleza inexpugnable de Bracciano con ofensivas que comenzaron a desestabilizar las líneas pontificias. Finalmente, en enero de 1497 se libró la batalla de Soriano en la que tropas de los Orsini, dirigidas por el brillante condottiero Vitellozzo Vitelli, cayeron por sorpresa sobre el campamento pontificio ocasionando una auténtica carnicería entre los hombres del atónito Juan Borgia, quien pudo escapar a duras penas, para más tarde presentarse humillado ante su progenitor. El papa escuchó con gesto serio las excusas presentadas por su derrotado hijo y de inmediato comprendió que Juan era más débil y frágil de lo que él había podido esbozar, por lo que, una vez más, decidió poner en marcha el engranaje diplomático del Vaticano para establecer protocolos adecuados con los Orsini, una familia que, a pesar de su última victoria, había resultado muy dañada en esta guerra de desgaste. Tengamos en cuenta que esta singular estirpe se arrogaba el derecho de ser fiable descendencia de las más rancias familias patricias romanas, incluido el linaje del mismísimo Cayo Julio César. Asimismo, los Orsini llevaban a gala contar en su acreditada historia familiar con dos papas: Celestino III (1191-1198) y Nicolás III (1277-1280), a los que se añadiría posteriormente Benedicto XIII (1724-1730). En consecuencia, los Orsini

creían ser dueños de una magnífica posición social ante el resto de los clanes italianos, con un más que respetable patrimonio económico en sus manos que les permitía comprar cuantas voluntades quisieran. Por tanto, no les interesaba alargar las tediosas negociaciones con los poderosos Borgia a fin de evitar un mayor quebranto de su prestigio, pues al fin y al cabo se habían enfrentado al mismísimo pontífice, supuesta referencia moral en aquella Italia fragmentada y a merced de familias inmersas en cuitas internas desde hacía siglos. Dichas conversaciones fructificaron el 5 de febrero de 1497, cuando la Santa Sede ratificaba un tratado de no agresión con los Orsini. En el texto se admitía la devolución de los castillos tomados a sus dueños anteriores y el Vaticano recibiría una indemnización económica cifrada en 50.000 ducados. Por su parte, los Orsini se comprometían además a no volver a tomar las armas contra el papa y a un intercambio de prisioneros entre los que no figuraba Guidobaldo de Montefeltro, quien, incomprensiblemente, fue el gran perjudicado de estas negociaciones al obligar a su familia a pagar de su tesoro el rescate del militar cautivo desde la refriega de Soriano.

Una vez concluida la contienda y pacificada momentáneamente Italia, todos se empeñaron en celebrar los carnavales de ese año con mayor algarabía que nunca. Incluso el propio Juan, que había sido tachado por las malas lenguas de cobarde, se desquitó entre máscaras de los sinsabores de la guerra. Hizo bien, pues sus días en la tierra estaban a punto de concluir.

## **A SANCHA LE GUSTAN TODOS**

En la primavera de 1496 un soplo de aire fresco inundó los ambientes palatinos del Vaticano con la llegada a Roma de los jóvenes Jofré Borgia y Sancha de Aragón, a la sazón príncipes de Esquilache. Por entonces el más pequeño de los Borgia contaba quince años de edad, tres menos que su esposa, la cual ya venía precedida por una aureola de pésimos comentarios sobre su presunto mal comportamiento. Según se dice, la muchacha gustaba en demasía de las camas ajenas y, a esas alturas de su vida, se le atribuían varios amantes carnales que le proporcionaban todo el placer que su apocado marido no le podía ofrecer, dadas las exigencias amorosas de la fogosa napolitana. Sancha gozaba de una espléndida apariencia física jalonada por un cuerpo turgente y un rostro agraciado. Una auténtica belleza mediterránea que, a tenor de los chismes escupidos por los corrillos palaciegos, no tardaría en desplegar sus encantos ante los soberbios mocetones Borgia. En efecto, parece constatado que de inmediato la exuberante princesa conquistó el cuerpo de César Borgia, convirtiéndose en una de sus amantes oficiales para escándalo de muchos, pero no del incauto Jofré, quien parecía permanecer indolente ante los excesos de su presunta dueña.

En esos meses Lucrecia hizo muy buena amistad con Sancha. Ambas damiselas contaban casi la misma edad y pronto se dedicaron a participar con entusiasmo en cuantas cenas y convocatorias sociales se daban por Roma. Tanto a la hija de Alfonso II de Nápoles como a la del papa Alejandro VI les gustaba protagonizar momentos divertidos inscritos en la rebeldía propia de su casi adolescencia. Por ejemplo, se comentó con fruición entre sus coetáneos aquel día en el que las dos muchachas provocaron un tremendo alboroto en la catedral de San Pedro cuando, en medio del oficio dedicado al día de Pentecostés, Lucrecia, seguida de Sancha y de sus damas, decidió, sin previo aviso, cambiar de ubicación en la iglesia para, desde su posición original, acudir casi en tropel y con sonrisas cómplices al lugar del coro donde se encontraban los clérigos leyendo los evangelios. Como es lógico, los murmullos de la concurrencia cubrieron el espacio del sagrado lugar y no pocos prebostes eclesiásticos interpellaron al papa para que reprobese la conducta bochornosa de su hija y nuera, las cuales argumentaron en su defensa ante el sumo pontífice que la ruptura del estricto protocolo vaticano obedecía más al aburrimiento producido por la ceremonia tediosa e interminable que a una gamberrada premeditada. El papa escuchó, en el fondo divertido, las explicaciones juveniles de las damiselas y no quiso ejercer ninguna acción de castigo al pensar que sólo se trataba de una chiquillada.

Sea como fuere, Sancha animó constantemente la vida romana en aquel tiempo de malestar y guerras. La napolitana no era tan refinada como su exquisita cuñada, pero tenía el carácter suficiente para cubrir cualquier defecto en su educación con la alegría de su optimismo vital. Es por ello que se nos antoja muy arriesgado secundar la corriente crítica que se creó en torno a la princesa de Esquilache y, si bien parece fundamentado que le fue infiel a Jofré con sus hermanos, no lo parece tanto cuando algunos enemigos de los Borgia pretenden elevar la lista de hombres que yacieron con Sancha hasta el infinito, incluido, cómo no, el propio Alejandro VI.

En agosto de 1496, Sancha, como otras jóvenes de su condición, quedó flechada ante la imponente figura de Juan Borgia, quien acababa de llegar a Roma para su misión guerrera contra los Orsini. La alegre damita no perdió tiempo en seducir al hermoso duque de Gandía y éste, fiel a su fama de conquistador, se dejó llevar por la emoción del momento hasta acabar en el lecho con su inspirada cuñada, la cual ya podía decir que conocía perfectamente a todos los hijos varones del papa. Aunque fue sin duda el irresistible César quien más llegó a intimar con la representante italiana de la casa de Aragón y, en ese sentido, algunos pusieron el grito en el cielo al comprobar cómo Sancha se dirigía al cardenal en términos más que coloquiales aun en presencia del atónito Jofré. Sin embargo, César intentó en todo momento mantener la discreción de aquel sonoro romance, justo lo contrario de lo que hizo Juan, más inconsciente e inmunizado a los pecados de la carne, por lo que en alguna ocasión fue recriminado por su hermano César, quien no veía bien que se aireara ninguna relación amorosa de los Borgia y menos con una familiar tan directa. Ya bastante tenían los valencianos con la miríada de chismorreos e invenciones que los oponentes lanzaban sobre ellos impunemente. El conflicto con los Orsini distanció la relación entre Juan y Sancha, pero tras la vuelta del gonfalonero vaticano la pasión entre ambos se reanudó a tal punto que el propio papa tuvo que intervenir dispuesto a zanjar de manera definitiva el cada vez más estruendoso escándalo familiar. Quién sabe hasta dónde pudo calar esta sensación agria generada por el ahora incómodo duque de Gandía, el cual contaba con numerosos detractores sobre su cuestionada dirección de los ejércitos vaticanos en la perdida guerra contra los Orsini. Entre los críticos se encontraba su propio hermano César, quien no dudaba en elevar la voz ante su padre intentando convencerle de la inutilidad acreditada por Juan en cuantos cometidos le habían sido encomendados, por lo que se le suponía indigno del cargo militar otorgado. En el fondo, César ambicionaba ocupar la posición de Juan y no reparó en tretas a la hora de desprestigiar al primogénito, asunto por el que muchos exegetas borgianos han llegado a pensar que el propio César estaba implicado en primera línea en el macabro suceso que puso fin a la vida de Juan Borgia el 15 de junio de 1497.

Por su parte, Sancha continuó feliz al lado de Jofré y contempló con agrado que su hermano el napolitano Alfonso de Bisceglie se convirtiera en 1500 en el tercer esposo de su querida Lucrecia Borgia. Más tarde, al constatarse el asesinato de éste por orden de César, la enérgica Sancha entraría en conflicto con su antiguo amante hasta la ruptura total. Sancha de Aragón falleció en 1506 con tan sólo veintiocho años de edad odiando hasta el último minuto de su vida al Borgia que tanto daño le había hecho, mientras dejaba viudo al desolado Jofré, quien no tardó en volver a casarse con Juana del Milá d'Aragó, para ahora sí engendrar la abundante prole que se le había negado en su primer matrimonio.

Pero retomando nuestra historia principal, cabe decir que desde luego 1497 fue un año crucial para los Borgia. Sepamos por qué.

## LA MUERTE DE JUAN BORGIA

La vergüenza sufrida por las tropas vaticanas a manos Orsini en la llamada guerra de la Romaña puso en solfa la figura del duque de Gandía, muchacho de indiscutible brillantez intelectual aunque presa de los placeres mundanos, por lo que desviaba su atención constante a estos menesteres en lugar de enfocar su talento conciliador hacia retos políticos de mayor calado. A estos signos de su personalidad unía su indiscutible belleza física y su ascendiente social, lo que provocaba un visible recelo por parte de su hermano César, quien pensaba que Juan era favorito ante los ojos de su progenitor. Por añadidura, ni siquiera la guapa Lucrecia ocultaba su predilección por el hermano mayor cuyo carácter y morfología eran los más parecidos a ella. Sin embargo, el primogénito Borgia era, a pesar de los apoyos familiares, el auténtico perdedor en esos días inciertos, sin saber, tras su derrota en la guerra, cuál sería la posición que debería asumir en un mundo que sólo admitía vencedores sin escrúpulos. Precisamente, César estaba convencido en su fuero interno de que él pertenecía al selecto grupo de los supervivientes, y que por tanto había llegado su particular hora de avanzar hacia la obtención total del poder en los Estados vaticanos. Como ya hemos apuntado, despreciaba su condición de eclesiástico por creer que su clase le empujaba a otras misiones de mayor gloria y alabanza. César Borgia se creía, y en efecto lo era, modelo de príncipe renacentista, y ese grado reñía abiertamente con la impedimenta cardenalicia.

El 8 de junio de 1497, Alejandro VI concedía entre otras prebendas a su hijo Juan el ducado de Benevento, con la secreta ambición de verle algún día ocupando el trono napolitano.

Esta concesión nobiliaria venía dada gracias al gentil traspaso que del señorío hizo Federico, heredero al trono napolitano tras el fallecimiento sin descendencia del anterior monarca Ferrante II. El papado ejercía poder nominal sobre Nápoles y, según la costumbre, cada nuevo rey debía ser coronado con la bendición expresa del Vaticano. Por tanto, Federico, quien era tío del soberano difunto, no reparó en agasajos hacia Alejandro VI con tal de verse coronado en un reino deseado por todas las potencias del momento. El propio papa, consciente de su alianza napolitana mantenida a sangre y fuego desde la fallida invasión francesa, no dudó en destacar a sus dos hijos Juan y César como testigos en la proclamación que ungiría a Federico como rey de Nápoles. A esas alturas, César entendió que su hermano, lejos de la reprobación papal, mantendría su prestigioso cargo de gonfalonero vaticano reforzado con una interminable sucesión de títulos aristocráticos y señoríos feudatarios, lo que enervó aún más si cabe el ánimo del Borgia más perverso.

Tan sólo seis días más tarde, los dos hermanos participaron en un copioso banquete celebrado en Roma. Nadie sabe lo que ocurrió con certeza y únicamente se pudo atestiguar que Juan y César se marcharon del convite en medio de una animada conversación más propia de jóvenes que de altos dirigentes vaticanos. Más tarde, Juan se despidió de su hermano y algunos supusieron que con la intención de seguir la celebración por su cuenta en brazos de alguna damisela, acaso la propia Sancha de Aragón. Pero lo cierto es que la princesa de Esquilache

no recibió esa noche la visita de su amante, el cual apareció flotando muerto en las aguas del río Tíber en la mañana del 15 de junio de 1497.

¿Qué había ocurrido? Los escasos datos que se barajan sobre este oscuro suceso son más propios de una novela detectivesca que de una narración histórica con hechos constatados. Según parece, Vanozza Catanei, madre de Juan y César, quiso reunir a sus hijos para celebrar el nombramiento ducal de Juan antes de su inminente marcha a Nápoles. Algunos autores apuntan a que a dicha reunión también estaban invitados Jofré y Sancha, además de significados cargos españoles del Vaticano, incluido el cardenal de Monreal, primo de los Borgia. Al anochecer, Juan y César se despidieron de los asistentes y, acompañados por una mínima escolta, abandonaron la casa de su madre para cabalgar rumbo al Vaticano. Sin embargo, en mitad del recorrido Juan Borgia detuvo su caballo justo cuando la comitiva se encontraba cerca del palacio que ahora regentaba el vicescanciller Ascanio Sforza. El lugar se situaba a la entrada del puente del Ángel, una vía que atravesaba el río Tíber para introducirse en la plaza de los Judíos, sitio al que pretendía dirigirse el inquieto duque so pretexto de visitar a una hermosa dama que, según él, le estaba esperando en el lecho. César le conminó entonces a no realizar ese camino en solitario, dados los múltiples peligros que se esparcían por la Roma nocturna. El díscolo Borgia aceptó la sugerencia de su hermano y se llevó con él a un criado, aunque prescindió raudo de los servicios de éste nada más llegar a la mencionada plaza de los Judíos. Según reza en los textos de la época, se sabe que además de este servidor Juan Borgia fue acompañado por un misterioso hombre enmascarado que había permanecido junto a él en los últimos días y que algunos investigadores intuyen pudiera ser un simple amigo de altas correrías que no quiso dar a conocer su verdadera identidad. Sea como fuere, el duque ordenó a su único escolta que le esperase hasta las doce de la medianoche y, si a esa hora no había regresado, se podía marchar tranquilo al Vaticano, pues él se encontraría seguro en buena compañía. Y así fue como este servidor se convirtió en la última persona conocida que vio con vida al aventurero Juan Borgia.

Al día siguiente, la prolongada ausencia del duque comenzó a inquietar a los habitantes del Vaticano, y Alejandro VI ordenó, siguiendo una nefasta intuición, que se buscara sin demora a su hijo. Lo que se sabe con seguridad, por la investigación que se abrió, es que sobre las doce de la noche del 14 al 15 un hombre llamado Giorgio Schiavone, quien vigilaba junto al Tíber un barco maderero, vio acercarse a dos personas por el tramo que iba del castillo de Sant Angelo a la iglesia de Santa Maria del Popolo. Los dos individuos observaron cuidadosos la zona para constatar que no había nadie más por allí y, al poco, se les unieron otros dos hombres, acompañados por un tercero a caballo que llevaba un pesado bulto que arrojaron al río en la parte donde se vertían las basuras. Esta indicación puso sobre la pista a las diferentes patrullas que buscaban al desaparecido y las batidas comenzaron a peinar las riberas del Tíber, justo en el lugar indicado por el testigo. Al poco se recuperó un cadáver cubierto de barro que resultó ser el infortunado duque de Gandía, quien había sido cosido por nueve puñaladas, una de ellas mortal de necesidad en la garganta.

El rescate del cuerpo y la constatación de su identidad dio paso a una alarma generalizada que acabó expugnando los muros vaticanos con el consiguiente abatimiento de Alejandro VI, quien, tras recuperarse de un desmayo inicial, ordenó una exhaustiva investigación a fin de averiguar qué conjurados se encontraban en

la autoría intelectual y práctica del asesinato que acabó con la vida de su querido hijo. Como es obvio, los mentideros sociales empezaron a funcionar y pronto se señaló a César Borgia como el verdadero instigador de aquel crimen tan terrible, aunque esta hipótesis homicida no se concretó por el momento y tuvieron que pasar decenios para que los enemigos de los Borgia formularan una firme acusación contra César, incriminándole en el asesinato de su hermano. No faltaron otras voces que hablaron del cornudo Jofré, quien, enterado de los líos entre su mujer y el duque de Gandía, habría organizado su particular vendetta. Asimismo, también se especuló con la posibilidad de un simple ajuste de cuentas por causa del juego o de las mujeres. Y en ese sentido la única detención que se llevó a cabo fue la del noble de origen francés Antonio Maria della Mirandola, cuyo palacio estaba ubicado muy cerca de donde se encontró el cuerpo del Borgia, por lo que se llegó a sospechar que el aristócrata había vengado en carne de Juan el mancillado honor de su hija seducida por el duque. No obstante, estas suposiciones no gozaban de sustento alguno, y con la evidente falta de pruebas el conde Della Mirandola fue puesto en libertad. Por concluir con la ristra de posibles culpables, añadiremos que también se habló en esos días de una posible implicación de los eternos oponentes: los Sforza, Colonna y Orsini, pero tampoco se pudo comprobar ningún hecho fehaciente que los incriminara en esta cuestión. Al fin, cómo no, no faltó quien acusó al mismísimo papa de haber eliminado a un vástago muy incómodo por sus constantes debilidades y escándalos públicos.

La verdad es que nunca sabremos quién fue el autor real del homicidio. Lo único constatado en esta historia es que, sorprendentemente, Alejandro VI, a pesar de su visible dolor, suspendió a los pocos días cualquier investigación realizada sobre la muerte de Juan Borgia en el supuesto intento de olvidar lo antes posible el sangriento trance. En cuanto al tratamiento que recibió el castigado cuerpo de Juan Borgia, diremos que fue pulcramente aseado y vestido con sus mejores galas de comandante en jefe de los ejércitos vaticanos. Tenía veintitrés años de edad y atrás dejaba viuda, dos hijos y una estela vital cuajada de momentos frugales, títulos nobiliarios y la única relevancia de haber pertenecido a la familia más poderosa de su tiempo. Más tarde, las paradojas históricas posibilitarían que su primogénito, llamado también Juan y tercer duque de Gandía, engendrara a Francisco de Borja, quien llegaría a convertirse en santo de la Iglesia católica, acaso como signo de redención para la vida azarosa y frívola que tuvo su singular abuelo.

El cadáver de Juan Borgia fue colocado en unas simples parihuelas para ser transportado a la iglesia de Santa Maria del Popolo, donde su madre Vanozza Catanei poseía un panteón en el que ya había sido enterrado Pedro Luis, el primer duque de Gandía. A decir de los testigos, la belleza post mortem del joven era aún mayor que la disfrutada en vida, lo que impregnó de cierto romanticismo una escena funeraria iluminada por cientos de antorchas acompañantes del cortejo. Una vez sepultado con el llanto y el cariño de los suyos, los Borgia intentaron regresar a la normalidad, pues cuestiones de difícil resolución no faltaban en aquel año crucial para la familia valenciana. El propio Alejandro VI creyó ver en la muerte de su hijo una especie de castigo divino por sus desmanes en la tierra, y pensó muy seriamente en la posibilidad de una reforma de la Iglesia mientras recibía el pésame de la consternada cristiandad. En lo que respecta a su prole oficial superviviente, diremos que encajaron de diferente forma la pérdida de su hermano.

César, posiblemente, fue el menos afectado, ya que por fin veía despejado el camino para el abandono definitivo de su oficio eclesiástico. Sin embargo, aún debía cumplir con algunas obligaciones adquiridas, y el 22 de julio de ese año asistió como legado papal a la coronación de Federico de Nápoles. Según se cree, de la visita al sur de Italia se trajo consigo la sífilis, un mal que le acompañaría hasta su muerte. Por su parte, Jofré seguía instalado en su triste existencia y tampoco expresó grandes pesares por la desaparición de Juan, al que apenas llegó a tratar. Todo lo contrario de Lucrecia, quien comenzaba a mostrar síntomas evidentes de profunda melancolía, bien por la desaparición de su hermano y amor platónico, o bien por las constantes manipulaciones a las que era sometida por parte de su parentela. Precisamente, su angustiosa situación sería para Alejandro VI el nuevo problema a resolver.

## LUCRECIA EN LA ENCRUCIJADA

Sin ningún género de duda, Lucrecia Borgia es, junto a su hermano César, uno de los grandes iconos del Renacimiento europeo, y como ya hemos comentado en la introducción de este libro, fue la más vilipendiada de los Borgia, principalmente tras su triste recuperación histórica en el siglo XIX por parte de autores románticos escasamente documentados. La bella italiana de sangre española tuvo que asumir, muy a su pesar, el estigma maligno que acompañó a su clan durante siglos y, ya en vida, acumuló injustos deméritos, suficientes en todo caso para granjearle una brumosa imagen de diablesa seductora armada con los más refinados venenos proporcionados por su siniestra parentela. Estas afirmaciones, carentes de fundamento historiográfico, obedecieron, sin tapujos, al sinfín de libelos e injurias vertidos contra los Borgia por su legión de acérrimos enemigos.



*Retrato de Lucrecia Borgia, por Bartolomeo Veneto. La hija predilecta del papa Alejandro VI gozó de gran inteligencia. Fue una de las bellezas más celebradas del Renacimiento italiano, pero también fue objeto de manipulaciones y víctima de calumnias después de su muerte.*

En aquellos tiempos, la imprenta comenzaba a trasladar cultura al común de las gentes que se podían permitir el lujo de leer y escribir, y los círculos cultos abonados a la propaganda política no tardaron en utilizar papel y linotipias con el propósito de difundir toda suerte de tropelías que pudiesen desprestigiar a los oponentes más consolidados. Como es obvio, los Borgia no permanecieron ajenos a estos ataques escritos, y ellos mismos contraatacaron con el mismo modelo de panfletos que sus rivales utilizaban. En estas misivas calumniadoras, Lucrecia fue con frecuencia la protagonista indiscutible y mucho más tras certificarse su separación matrimonial de Giovanni Sforza, el polémico conde de Pésaro con el que se había casado en 1493 siendo casi una niña de trece años de edad. Como ya hemos dicho, en este tiempo matrimonial el Sforzino, acaso todavía impregnado por el recuerdo de su amada primera esposa Magdalena, quien había fallecido en el parto de su primogénito, no pudo consumar la unión carnal con Lucrecia, ni siquiera motivado por la espléndida

lozanía de la que hacía gala la Borgia. Más tarde, la alianza de los Sforza con Francia y las constantes ausencias vaticanas de Giovanni enfriaron la relación conyugal y, por supuesto, la visión que Alejandro VI tenía sobre la actitud política de Milán, lo que a la postre desembocó en el hecho inevitable de una disolución del matrimonio entre Lucrecia y su esposo.

En la primavera de 1497, el Santo Padre romano había llegado a la conclusión de que el mejor lugar para su hija era España, tierra natal de los Borgia, donde, a buen seguro, su descendiente predilecta se encontraría protegida por los suyos, mientras esperaba mejor azar en su existencia. La idea de Alejandro VI pasaba por enviar a Lucrecia a tierras valencianas escoltada por el duque de Gandía, quien una vez concluida la guerra de la Romaña, con el desastre que ya conocemos, poco o nada tenía que hacer en los Estados Pontificios. El 6 de junio de 1497 Lucrecia ingresaba en el romano convento de San Sixto, un lugar selecto donde se refugiaban las damas de la aristocracia a fin de poner en orden sus cuestiones morales. En esos momentos, la bella Borgia no podía imaginar que su hermano más querido estaba a punto de ser suprimido de este mundo. Precisamente, el asesinato de Juan Borgia trastocó cualquier plan previsto sobre el viaje español, y Lucrecia quedó a merced de futuras decisiones papales. Aquel verano fue caluroso en demasía, aunque los grados centígrados que secaban la capital del Tíber crecieron como la lava escupida por un volcán cuando se supo que la hija favorita del papa se encontraba en supuesto estado de buena esperanza. Si esto era cierto, ¿quién era el padre?

Mucho se ha especulado en torno al artífice de semejante proeza, pues tengamos en cuenta que en diciembre de ese mismo año Lucrecia fue sometida al rigor de un tribunal de la curia vaticana, en el que se dictaminó la virginidad de la joven. Esta circunstancia obedecía a la intención que Alejandro VI albergaba pensando en la tercera boda de su hija. Por tanto, si en diciembre era virgen, ¿cómo es posible que estuviese embarazada en el verano anterior? Observará el lector que los infundios sobre Lucrecia no conocían límite. Pero sí que hay algo de verdad en este farragoso asunto: en marzo de 1498, justo diez meses después de su entrada en el convento de San Sixto, Lucrecia apareció con un bebé en sus brazos al que llamaba cariñosamente Giovanni, aunque el populacho le dio el sobrenombre de *el Infante Romano*, por el que fue conocido desde entonces. La polémica se incrementó en las discusiones que se repartían por las calles de Roma. Las apuestas se cruzaban sobre quién podría ser el presunto padre del niño. Algunos especularon de inmediato que el controvertido honor cabía atribuírselo al propio César Borgia, quien siempre había gozado a su antojo del cuerpo carnal de su preciosa hermana menor. Otros pensaron en el difunto Juan de Gandía, el cual habría dejado este regalito terreno antes de marchar a su encuentro con el Sumo Hacedor. Como siempre, no faltaron quienes acusaron al papa de haber yacido con su hija bajo pecado de incesto.

Vayamos por partes. Sí que es cierto que la leyenda negra borgiana se muestra pródiga en detalles sobre las presuntas relaciones amatorias entre Alejandro VI y su hija Lucrecia. Asimismo se ha contado hasta el hartazgo que Juan y César frecuentaban a buen ritmo el tálamo de su hermana, la cual, a tenor de la supuesta lista de amantes que se le atribuían, más bien debía de dar día, hora y número ante tanta demanda de sus placeres sexuales. Ni siquiera la casquivana Mesalina podía igualar las hazañas imputadas a la pobre Lucrecia según los rivales de su

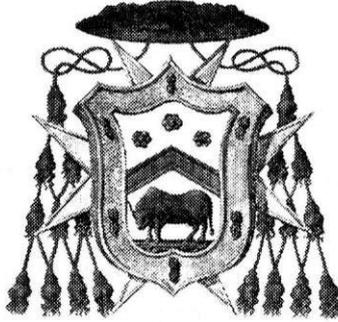
familia. La verdad es que la joven se alojó en el mencionado recinto conventual con la única protección del español Pedro Calderón, un camarero del papa que gozaba de absoluta confianza para el cometido de proteger a Lucrecia en este tiempo de recogimiento. Tras el nacimiento de la criatura en marzo del siguiente año, Calderón, guapo mozo conocido familiarmente con el nombre de *Perotto*, apareció flotando en las aguas del Tíber sin que nadie se preguntase nada por aquella misteriosa muerte. Hay quien ha barajado la posibilidad de una hipotética paternidad del muchacho, el cual se habría extralimitado en la protección hacia la desconsolada Lucrecia y que por ello recibió el castigo de la muerte a manos del iracundo César, quien con su espada segó la vida de Perotto, incluso en presencia del mismísimo papa. Por otra parte, la versión que apunta a Juan Borgia como progenitor del Infante Romano es infundada por el simple cotejo de las fechas, ya que el duque falleció diez meses antes del alumbramiento. En cuanto a César Borgia, se cuenta que el futuro duque Valentino fue padre de este niño fruto de una relación con madre desconocida y que posteriormente la criatura fue entregada a Lucrecia para su cuidado. Al fin nos queda el siempre cariñoso Alejandro VI, quien habría tenido este vástago de sus relaciones con Giulia Farnese, y que según algunos investigadores no pretendía aumentar más su prole oficial, pues ya se comentaba que Laura, la primera hija de Giulia, era también descendiente del sumo pontífice.

En consecuencia, muchos eran los llamados a ser el padre del pequeño Giovanni, pero lo que parece más probable es que Lucrecia Borgia no fuese la auténtica madre de aquel recién nacido tan polémico. Tengamos en cuenta que la Borgia se encontraba en pleno proceso de disolución matrimonial con su marido Sforza. En noviembre de 1497, el señor de Pésaro admitió a regañadientes su proclamada impotencia a instancias de su todopoderoso pariente Ludovico el Moro, quien le había retado a demostrar públicamente su virilidad copulando ante un escogido grupo de jueces eclesiásticos. El Sforzino se negó a semejante y vergonzosa prueba, pues dijo, y razón no le faltaba, que ya había acreditado su potencia sexual embarazando a su primera esposa. Esto no debió de ser muy convincente para el vicescanciller Ascanio Sforza, el cual comentó que una mujer podía quedar encinta de cualquiera. Con tal cúmulo de pruebas, el propio cardenal Sforza hizo público un documento en diciembre de ese año por el que la Iglesia admitía la ruptura del vínculo matrimonial entre Giovanni Sforza y Lucrecia Borgia por la no consumación carnal del matrimonio tras más de cuatro años infructuosos en ese sentido. Por añadidura, Lucrecia fue declarada *virgo incorrupta*, asunto que le evitaba pasar por el deprimente examen médico que lo acreditase. En consecuencia, a nadie escapa que a esas alturas la Borgia, si es que en verdad esperaba un hijo, ya debería de mostrar un avanzado estado de gestación del mismo, pues tan sólo restaban unos tres meses para el nacimiento del llamado Infante Romano.

En este caso, o todos mintieron o nos debemos fiar de las hipótesis y documentos más razonables sobre este enigma natalicio. Y es aquí donde intervienen dos bulas papales que pueden aclarar un poco la cuestión. La primera fue emitida el 10 de septiembre de 1501 y en ella Alejandro VI nombraba al pequeño Juan duque de Nepi, confirmando en el documento que era hijo de César Borgia y de madre ignota. A raíz de este texto papal, se designaron preceptores

para el supuesto primogénito de César, los cuales no dudaron en usar el escudo de armas de César Borgia para los trámites burocráticos que acompañaron la actividad administrativa del heredero, quien por otra parte también vio reflejados los sellos de su flamante padre en Camerino, ciudad de la que el pequeño era señor por concesión de su familia. Pero la contradicción viene cuando el mismo 10 de septiembre de 1501 Alejandro VI emitió una nueva bula en la que ahora admitía que él era el padre auténtico del Infante Romano. En este maremágnum de supuestas paternidades y documentos pontificios no hay que descartar nada, ni siquiera la más flagrante falsificación de cédulas papales.

En lo que respecta a la sufrida Lucrecia, una vez liberada de su segundo matrimonio y enarbolando su confirmada virginidad, se dispuso para el acatamiento de lo que su padre quisiese decidir por ella y por el bien de la Santa Sede. Lo más lógico, una vez descartado el retiro espiritual, era pensar en una tercera boda que uniese los intereses Borgia con los napolitanos, dado el estrepitoso fracaso acontecido tras la alianza con los francófilos Sforza. En esta ocasión la víctima propiciatoria sería Alfonso de Aragón, duque de Bisceglie, hijo natural de Alfonso II de Nápoles y hermano por tanto de Sancha de Aragón. Un enlace que se celebraría el 21 de julio de 1498. En esas fechas, César Borgia se encontraba a punto de despojarse de sus opresivos hábitos cardenalicios para asumir el mando de los ejércitos vaticanos. Era momento pues para que los Borgia alcanzaran el cénit de su esplendor justo cuando el papado de Alejandro VI superaba el ecuador de su reinado en la tierra.



III PARTE

ESPLENDOR Y CAÍDA DE LOS BORGIA  
[1498-1519]

## DE CARDENAL A DUQUE

LA MUERTE DE JUAN BORGIA EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS generó una difícil incógnita sobre qué decisiones adoptaría desde entonces Alejandro VI en la búsqueda de un hombre con intachable reputación militar al que poner en el gobierno de las desmoralizadas tropas vaticanas. El más claro aspirante era César Borgia. Él mismo abanderaba su propia candidatura a ocupar el puesto de gonfalonero en detrimento de otros pretendientes como su hermano Jofré, a quien Alejandro VI había descartado de inmediato dada la debilidad manifiesta de carácter que su hijo menor había acreditado. El Santo Padre no ocultaba el ilusionado anhelo de instaurar en el Vaticano su particular dinastía de papas bajo el apellido Borgia. Sin embargo, su hijo César no había sido llamado a los caminos de la vocación religiosa y, a pesar de haber asumido desde joven lo que su progenitor escogió para él, siempre mostró mayor querencia por los asuntos terrenos que por las cuestiones de la fe. Ya en sus tiempos de adolescencia dio claros síntomas de ambición mundana, lo que no le impidió destacar como buen estudiante universitario y consumado políglota, ya que llegó a dominar con solvencia cinco idiomas que le permitieron ser adelantado en las múltiples relaciones diplomáticas tan necesarias en aquel conglomerado internacional.

El más descollante de los Borgia tuvo una posición más que discreta hasta el fallecimiento de su hermano mayor en 1497. En dicho año, César ni siquiera había cumplido los veintidós años de edad, pero venía soportando desde tiempo atrás las pesadas obligaciones de sus numerosos e impuestos cargos eclesiásticos. Desde luego que el fogoso muchacho se sentía llamado para otras metas y su rabiosa juventud le impelía a protagonizar acciones heroicas para mayor gloria de su escudo heráldico. César sentía fascinación por la guerra y soñaba con dirigir ejércitos contra los enemigos de su causa, arrebatándoles cuantas tierras se le antojasen en un capítulo de grandeza creciente para los todopoderosos Borgia. El 24 de diciembre de 1497, Alejandro VI dejó entrever que seguramente su ahora hijo mayor era el más aconsejable para ocupar la dirección de los ejércitos del papa. Dicho reconocimiento tiraba por tierra la esperanza de ver a un miembro de su familia ocupando algún día el trono de San Pedro, pero César era la única baza real que le quedaba a un sumo pontífice instalado en el nepotismo más clasista, lo que le impedía pensar en alguien externo a su clan para asumir aquel importante grado castrense. César fue informado ese mismo día de lo comentado por su padre y no pudo por menos que expresar la alegría sentida por la decisión de su progenitor.

Aun así, las semanas comenzaron a sucederse en el primer trimestre de 1498 sin que el Santo Padre se pronunciase nuevamente sobre lo que todos estaban esperando. En realidad fue como si Alejandro VI aguardara una señal divina para tomar la trascendental decisión. Ésta llegó en abril de ese año, con los fallecimientos en el mismo día de dos molestos enemigos, Savonarola y Carlos VIII de Francia. Los óbitos no alegraron especialmente al papa, aunque suponemos que respiró aliviado al verse libre de los que habían sido los principales problemas para el Estado pontificio en los últimos tiempos.

Carlos VIII fue sucedido en el trono por Luis XII (1462-1515), un monarca que retomó la vieja pretensión francesa sobre Milán y Nápoles, si bien antes necesitaba

solucionar la integración definitiva en su reino de la región bretona, asunto sujeto con alfileres gracias al enlace de su antecesor con Ana de Bretaña. El rey Luis estaba casado con Juana de Valois, mujer que gozaba de algunas virtudes, pero no precisamente las de poseer un cuerpo perfecto ni una belleza sublime; tampoco eran necesarios dichos dones para la razón de Estado. Sea como fuere, el soberano galo necesitaba con urgencia disolver su matrimonio para organizarse de nuevo con la bretona a fin de asegurar el señorío de Francia sobre dicha geografía tan estratégica desde los tiempos de la Guerra de los Cien Años. En realidad, lo que Luis XII precisaba del papado era una acción moral que le permitiese ajustar la boda adecuada para garantizar la unidad territorial francesa. Por su parte, Alejandro VI no estaba dispuesto a consentir un estrago similar al que le habían causado las tropas invasoras de Carlos VIII. Estaba claro que los franceses no olvidaban el sueño italiano y el propio Luis asumió en su coronación regia celebrada en la catedral de Reims el ducado de Milán y el reino de Nápoles como propiedades pertenecientes a Francia. El propio Alejandro VI, conocedor de estas intenciones y previendo lo que se podía abatir sobre Italia, optó en esta ocasión por la prudente estrategia de la negociación, y no dudó en enviar embajadores al país galo para iniciar las conversaciones sobre protocolos que beneficiasen a ambas partes. El Vaticano no se quedaría solo y a merced de los enemigos como cuatro años antes, y la alianza con el otrora rival francés se antojaba lo más recomendable en aquel contexto de inminente contienda bélica. El cruce de embajadas dejó patente que las monarquías francesa y pontificia se mostraban en esencia dispuestas a rubricar acuerdos de entendimiento en los que el papa se lavaría las manos ante una futura anexión francesa del Milanesado, siempre que los territorios vasallos de la Santa Sede fuesen respetados. Por otra parte, Luis XII sugirió que sólo trataría la cuestión napolitana mediante intercesión vaticana, lo que rebajó ostensiblemente la presión sobre el sur italiano.

Pero Alejandro VI, gran experto en el manejo de las cuestiones políticas internacionales, vio en estas conversaciones una gran oportunidad para la proyección definitiva de su hijo César, quien en aquella primavera de 1498 ya no evitaba comentar su malestar por el silencio de su padre ante su petición de abandonar el capelo cardenalicio. Finalmente, la situación con Francia posibilitó este definitivo paso en su vida y el Santo Padre consintió que su vástago abandonase los oficios para los que se había preparado desde pequeño, dispuesto a entrar con oropel y boato en la gran historia universal. El 17 de agosto de 1498, César Borgia comparecía ante un consistorio de cardenales convocado por su progenitor. El soberbio príncipe ceñía las vestimentas purpuradas del cardenalato y sin perder un instante se dirigió a los congregados para declarar que jamás había albergado en su interior vocación religiosa alguna, abrazando el sacerdocio contra su voluntad. Reconoció además que la dignidad que ostentaba, así como los cargos que le había confiado Su Santidad, resultaban incompatibles con el estilo de vida que él desarrollaba. Finalmente argumentó con enérgica convicción que su incapacidad para poner de acuerdo sus impulsos y el sagrado hábito exponía su alma a un peligro mortal. Por ello y por sus deberes con la Santa Madre Iglesia llegó a suplicar a los que juzgaban el caso que le devolvieran a su estado laico. Tras escuchar las alegaciones de César, los atónitos prebostes eclesiásticos decidieron trasvasar la decisión final al propio Alejandro VI, quien, ausente por decisión personal del consistorio, aprobó la petición de su querido descendiente.

César, libre al fin de sus opresivas ataduras eclesiásticas, se preparó para disfrutar de su nueva situación seglar, en cuyo horizonte se atisbaba una interesante aventura por tierras francesas, ya que el papa había decidido que su vástago formase parte de la brillante alianza que estaba a punto de firmarse con el nuevo amigo galo.

En los acuerdos se estipuló que César, una vez liberado de su condición religiosa, pudiese viajar a la corte francesa. Asimismo se establecía que el Borgia contrajese matrimonio con una relevante noble de su país de adopción, asunto que una vez puesto en conocimiento de Fernando el Católico, siempre vigilante desde España, consiguió crear cierto malestar entre los aragoneses, los cuales no veían con buenos ojos cualquier tratado que afectase sus intereses en Nápoles. En este episodio Alejandro VI supo manejar con astucia la situación planteada y logró calmar el enfado del rey español distribuyendo entre dirigentes eclesiásticos españoles todos los cargos y dignidades de los que se había desprendido César Borgia en su renuncia. Este detalle supuso para España un abundante caudal económico que acalló las voces discrepantes con la alianza que el papa estaba ultimando con Francia. Ese mismo verano César sufrió un empeoramiento generalizado de la sífilis que padecía, lo que hizo temer incluso por la vida del Borgia. Sin embargo, su fortaleza física y las ganas de emprender nuevas hazañas le repusieron en pocas semanas y el 1 de octubre de 1498 pudo subir a bordo de una fabulosa galera puesta a su disposición por las arcas del rey francés. La nave iba escoltada por otras cinco, y era tal la suntuosidad desplegada por la comitiva que muchos llegaron a pensar que César se había llevado toda la riqueza existente en Roma. Lo cierto es que el futuro modelo de príncipe sonreía feliz ante las posibilidades que se le abrían en aquella peripecia francesa. Por los acuerdos firmados por su padre y el rey Luis XII se garantizaba al hijo del papa una fuerza de cien lanzas en tiempo de paz y de otras trescientas o cuatrocientas en caso de guerra en Italia, para apoyarlo en la conquista de la Romaña, en permanente revuelta contra la Santa Sede.

El documento estipulaba además que, en el caso de que el rey de Francia emprendiera alguna acción exitosa en tierras de Lombardía, el susodicho duque recibiría para él y para los suyos el condado de Asti. En el marco de la normalización de las relaciones entre Francia y la Santa Sede, los cardenales Giuliano della Rovere y Raymond Peraud, obispo de Gurck, instalados ambos en la corte francesa, obtendrían seguridad para regresar al Sacro Colegio sin que se les tuviese en cuenta su anterior actitud hostil contra Su Santidad. Entre Aviñón y Lyon se encontraban los condados de Valence y de Diois, dos hermosas ciudades del Delfinado cuyas tierras habían sido unidas para formar el Valentinois. Una cláusula adicional del convenio franco-vaticano prescribía que estos territorios serían elevados a categoría de ducado para destinarlos a monseñor César, quien, por una coincidencia sin duda acordada, recibiría el título de duque de Valentinois. A esta casa ducal correspondían diez mil escudos de renta, un estimable regalo del rey de Francia. Por su parte, el agradecido Luis XII había conseguido de forma rápida, gracias a la dispensa papal de Alejandro VI, anular su matrimonio con la incómoda y más tarde canonizada Juana de Valois para casarse como deseaba con Ana de Bretaña, asunto que garantizaba la permanencia de la Bretaña francesa en el seno de la corona gala. El rey francés obtuvo otras concesiones, como la imposición del capelo cardenalicio para el arzobispo de Ruán, George d'Amboise, uno de sus

mejores consejeros y amigos, y el no menos importante apoyo de la bendición papal en la más que probable ofensiva sobre el ducado milanés.

El 12 de octubre de 1498, el flamante duque de Valentinois puso pie en tierras francesas desembarcando en el puerto de Marsella. Su llegada recibió honores de Estado y varias salvas de cañón fueron disparadas para rendirle un homenaje propio de soberanos. La imagen del Borgia impactó sobremanera a los testigos del fulgente evento, y según se dejó escrito el noble renacentista compareció ante los que le recibieron con un magnífico traje de damasco blanco, adornado por capa y toca de terciopelo negro. Era sin duda una excelsa vestimenta que no ocultaba, sin embargo, su cuerpo estilizado y musculoso de sobresaliente porte; aquella representativa estampa se convirtió en la primera baza ganada por César en tierra franca. En la parafernalia desplegada por el duque comparecían un centenar de hombres gentiles que poco diferían de lo alardeado por su señor. De los buques franceses bajaron a suelo firme varias decenas de caballos del séquito, doce carros de arreos y de equipajes y setenta muías drapeadas con los colores rojo y amarillo del rey de Francia. Una vez dispuesta la comitiva, se emprendió el camino hacia la corte. Previamente la columna pasó por Aviñón, donde César fue recibido con entusiasmo por Giuliano della Rovere, ahora transformado en leal amigo de los Borgia por mor de los acontecimientos políticos. Al cabo de unos días, el propio Luis XII fue el encargado de abrazar a César Borgia como si se tratase de un recuperado hijo pródigo. El monarca cumplió sus promesas y concedió a su nuevo súbdito la ciudadanía francesa y la importante Orden Real de San Miguel, sólo reservada para ilustres personalidades. Asimismo, en aquellos días los condados de Valence y de Diois fueron unificados bajo el ducado de Valentinois, concedido al hijo de Alejandro VI. Es curioso comentar que, al igual que Borja fue italianizado por Borgia, el nombre Valentinois sufrió igual suerte, por lo que en Italia César fue conocido desde entonces como el duque Valentino.

Quedaba pues, una vez solventados todos los trámites aristocráticos, casar al duque con una dama que garantizase sustanciosos intereses para todas las partes en juego. La primera elegida fue Carlota de Aragón, hija natural del rey Federico de Nápoles, quien se negó en rotundo al enlace al constatar que ni Francia ni los Estados Pontificios le garantizaban con esta unión la tranquilidad política de su reino, sino más bien lo contrario. Una vez descartada la aragonesa surgió la figura de Carlota d'Albret, una guapa adolescente de tan sólo dieciséis años de edad que era hermana del rey navarro Juan III. En esta oportunidad sí se pudieron concretar los esponsales, celebrados mediante gran ceremonia en la ciudad de Blois el 10 de mayo de 1499. Trece días más tarde, un emisario ponía en conocimiento del papa no sólo el feliz acontecimiento, sino también que su vigoroso hijo había consumado el matrimonio ocho veces durante la noche de bodas. La encantada pareja fijó su residencia en el coqueto castillo de Nérac, donde César dedicó un tiempo a reorganizar las emociones vividas en esta etapa seglar de su vida. Los regalos cruzados en aquellas nupcias por ambas familias fueron, desde luego, dignos de su clase. César hizo entrega a la novia de 20.000 ducados en joyas y la imposición al hermano de ésta, Amadeo d'Albret, del capelo cardenalicio otorgado por Su Santidad el papa. Por su lado, Alain, duque de Guyena y padre de la muchacha, no pudo ofrecer más dote que 30.000 libras tornesas a pagar en cómodos plazos durante dieciséis años. Pero esta cifra sufrió un notable incremento con la intervención del rey Luis XII, quien aportó a la suma inicial otras 100.000 libras

provenientes del tesoro real. Tal era el interés por agradar a los Borgia en aquella etapa amable.

Una semana después de su boda, el rey francés siguió con sus agasajos e impuso al Valentino la cinta de moiré de la que colgaba la cruz de oro de ocho puntas coronada por cuatro flores de lis, también de oro, y abrochó alrededor de su cuello el mencionado collar de la Orden de San Miguel. Desde entonces, César Borgia incluiría en su escudo, al lado del característico buey rojo con tres franjas de arena, las flores de lis en oro. Tantas gozosas noticias sobre el sólido discurrir de la alianza franco-vaticana animaron al papa a ordenar que se levantasen hogueras por toda Roma para festejar aquellas nuevas tan gratas. El propio pontífice extrajo de sus cofres más preciados una selección de alhajas que envió a su nuera como signo de alegría.

Lo cierto es que la unión entre César y Carlota fue efímera, pues apenas estuvieron juntos tres meses, justo lo necesario para que la joven quedase embarazada de una niña que llevaría por nombre Luisa en homenaje al rey de Francia que tanto respetaban los cónyuges. Por desgracia, César nunca llegó a conocer a su primogénita oficial, ya que los rigores de la guerra le separarían de su esposa para no volver a verse jamás. Si bien la memoria del Valentino fue respetada en todos los términos por su mujer, la cual inculcó a su hija, desde el primer momento, el sentido de la familia y el respeto a la figura de su padre e incluso cuando éste falleció en combate en 1507, una desconsolada Carlota vistió estricto luto recordando acaso los días más felices de su vida en compañía de tan singular marido. Como decimos, César fue requerido por las cuestiones guerreras para las que tanto se había preparado en la intimidad de su ser. Luis XII, ya casado desde enero con la guapa Ana de Bretaña y a la espera de un hijo, decidió poner en marcha el engranaje bélico francés y en julio ordenaba a su ejército que pusiese rumbo hacia Italia. César regresaba a casa.

## GUERRA EN ITALIA

La campaña francesa sobre el norte italiano fue más propia de los fuegos de artificio que de una cruel y sanguinaria contienda. Los milaneses apenas ofrecieron resistencia y el 6 de octubre de 1499 Luis XII efectuaba su entrada triunfal en Milán aclamado por sus gentes, las cuales, siguiendo la costumbre, vitoreaban al invasor de turno, pues a buen seguro no sería peor que el anterior. César, convertido en el duque Valentino, no perdió la ocasión de pavonearse ante sus compatriotas y, a decir de las crónicas, las 300.000 almas que por entonces habitaban la ciudad coincidieron en afirmar que el Borgia era, sin duda, el más galante de aquellos militares que ahora ocupaban la capital lombarda. Una vez cumplido el propósito de la anexión del ducado milanés, Luis XII regresó a Francia despidiéndose de su querido amigo César, el cual se veía ahora con un buen contingente militar dispuesto a respaldarle en su siguiente objetivo, que no era otro sino el de acudir en ayuda de su padre ante la guerra que se avecinaba en el centro de Italia.

En efecto, Alejandro VI había tomado la trascendental decisión de sojuzgar al fin a la pléyade de feudos, ciudades y estados supuestamente vasallos, aunque en el fondo desafectos a la causa pontificia. Estas demarcaciones, en su mayoría diseminadas por la región de la Romaña, debían rendir tributo a los Estados Pontificios y sin embargo no lo hacían desde tiempos pretéritos, en un capítulo de rebeldía prolongada y sostenida por gobernantes de variado pelaje y condición cuya osadía ponía en claro peligro la supervivencia del propio Vaticano. La alianza con Francia dio alas a Alejandro VI, quien, según algunos investigadores, había cimentado en su mente la ambición de crear un Estado fuerte e independiente al margen del Vaticano pero bajo el dominio de los Borgia. Dicho enclave se levantaría a costa de la mencionada Romaña y de otras tierras pertenecientes al Lazio y a Nápoles. El papa, consciente de lo que se jugaba, diseñó meticulosamente el plan de ataque sobre sus vasallos levantiscos. La guerra debía ser rápida y contundente, con acciones decisivas en las principales plazas defendidas por el enemigo. De esa forma, se señalaron en los mapas manejados por los militares pontificios ciudades a conquistar como Imola y Forlì —posesiones de Caterina Sforza—, o la no menos importante Faenza —feudo gobernado por Astorre Manfredi—. Por otra parte, se acordó atacar enclaves bajo protección veneciana y florentina como Rímini, Rávena y Cervia, lo que de facto podía suponer generalizar el conflicto por toda Italia. Pero Alejandro VI había llegado a la conclusión de que era el momento de poner todas las cartas boca arriba en un ejercicio de autoridad propiciado por sus acuerdos internacionales. Ahora Francia se enseñoreaba de Milán y le devolvía a su hijo César, convertido en insigne gonfalonero pontificio, con un ejército preparado para cumplir con los deseos secretamente cocinados por los Borgia. Había llegado la hora de pegarle un buen bocado a la Italia de los tiranos, de los corruptos, de los dictadorzuelos. Era, sin duda, la gran ocasión que siempre habían esperado los valencianos para solidificar su poder en la tierra que los acogió. En realidad se trataba de iniciar una contienda contra todos aquellos usurpadores que negaban el poder temporal de los Estados Pontificios sobre sus territorios, principalmente de la Romaña, una región cedida a la Iglesia por el rey de los francos Pipino el Breve (715-768) con el propósito de

que la Santa Sede pudiese edificar un Estado lo suficientemente fuerte para su continuidad como entidad independiente.

El 14 de octubre de 1499, Alejandro VI promulgaba una bula que en la práctica era una declaración de guerra contra los señores de la Romaña y otras marcas vasallas de los Estados Pontificios, pues en el documento se les instaba al abandono de sus poderes y a la devolución de toda la riqueza expoliada durante generaciones. Lo cierto es que estos señores y alguna señora como Caterina Sforza tenían por costumbre desobedecer al papa negándose a pagar los censos tributarios establecidos desde antiguo. El 9 de noviembre, César Borgia iniciaba en Milán la campaña contra la Romaña. Le asesoraban en el empeño militares franceses dejados por Luis XII, como Antonio de Bissey o Yves d'Allegre. A estas tropas galas se sumaron las propias del Vaticano y un buen número de mercenarios suizos y de otras nacionalidades dirigidos por los condottieros Vitellozzo Vitelli y Achille Tiberti. En total casi 15.000 efectivos bien pertrechados y con el apoyo de un considerable número de piezas de artillería.

Los habitantes de la Romaña no vieron en esta guerra sino una auténtica cruzada de liberación encarnada en la figura de César Borgia, quien se había transformado en el paladín de una justa causa que iba a erradicar de la tierra a cuantos malvados tiranos ejercieran su nefasto poder sobre los oprimidos ciudadanos romañolos. El ejército de la Santa Sede presentaba un aspecto formidable y muy pocos oponentes osaron plantear resistencia alguna ante semejante y abigarrada fuerza punitiva. De ese modo, las tropas vaticanas pasaron sin inconveniente por las ciudades de Parma y Regio. El 15 de noviembre tomaban Módena y en esta plaza quedaron acantonados los soldados del duque Valentino a la espera de nuevas instrucciones. En esos días llegaron a la urbe dos embajadores de Bolonia, los cuales garantizaron a César la actitud pacífica y amistosa que mantendría su ciudad ante el inminente paso de los ejércitos pontificios.

Por tanto, restaban cada vez menos enemigos que batir para las armas del Borgia. Acaso la principal dificultad radicaba en someter las posesiones de la indomable Caterina Sforza, una mujer guerrera acostumbrada a tomar decisiones tan duras como sangrientas. No en vano había crecido con la muerte en derredor.

Era hija bastarda del milanés Galeazzo Maria Sforza, hermano del influyente Ludovico el Moro. A los nueve años de edad fue casada contra su voluntad con Girolamo Riario, sobrino del papa Sixto IV, si bien este parentesco no le privó de ser un hombre zafio y carente de los más mínimos modales. Por añadidura, siempre fue infiel a su esposa, aunque eso no le privó de engendrar con ella cuatro hijos. Como vemos, la bella duquesa no se crió en el mejor contexto de amor y felicidad. Tres años después de su boda, tuvo que asumir el asesinato de su progenitor, víctima de una conspiración, y más tarde el de su propio esposo, muerto a cuchilladas por presuntos desafectos que lanzaron el cadáver al vacío desde las ventanas más altas de su castillo. Dicen las malas lenguas que en el complot estuvo implicada la sufrida Sforza, aunque desde el primer momento se enfrentó a los conjurados demostrando una gallardía propia de los más valientes militares.



Retrato de Caterina Sforza. Señora de Imola y Forlì, fue una mujer que plantó cara a la expansión de los Borgia. Inteligente y bella, hoy en día es reivindicada como una de las damas más interesantes del Renacimiento.

Fuera una simple farsa o no, lo cierto es que la bella y ahora enviudada noble consiguió, gracias a su famosa sangre fría, que se reconociese a su varón primogénito, Octavio, como nuevo señor de los títulos y heredades dejados por su padre fallecido, y ya de paso quedó con manos libres para instruir a su pequeño vástago mientras gobernaba con mano firme el puntal septentrional de la Romaña, donde se ubicaban sus feudos de Imola y Forlì. Caterina también padeció la muerte a traición de Giacomo Feo, un joven amante casi diez años menor que ella al que concedió caprichos y dádivas con tal exceso que, según consta, llegó a ser uno de los personajes más odiados entre los súbditos de la aguerrida milanesa. Al fin llegó el gran amor de su vida en la figura de Giovanni de Medici, de quien la rubia aristócrata se enamoró con rotunda pasión, justo el mismo sentimiento que demostró el guapo florentino. Ambos sabían que la relación entre una Sforza ilegítima y un Medici sería difícil de explicar en aquel tiempo de confusión, pero a pesar de todo decidieron sellar su amor mediante una boda secreta que fructificó con el nacimiento de Giovanni, un muchachito que daría mucho que hablar en Italia, pues con el tiempo se convirtió en un bravo militar considerado héroe nacional y último *condottiero*, reconocido por el sobrenombre de Giovanni *el de las Bandas Negras*.

Sin embargo, la biografía de esta formidable dama sufrió un nuevo quebranto con la muerte de su amado en 1498, por lo que quedaba una vez más sola ante el peligro de los acechantes enemigos que pretendían invadir sus dominios. Y en ese sentido su personalidad, a prueba de arcabuzazos, no le permitía rendirse sin luchar tras haber comprobado que el papa, en su bula del 14 de octubre, la condenaba a abandonar, como a otros magnates romañolos, el gobierno de aquellas latitudes que tanto dolor le habían supuesto. Precisamente entre sus posibilidades defensivas se contaban proporcionar veneno y difundir enfermedades contagiosas, pues era una experta conocedora de las lides alquímicas. Que a

nadie extrañe la utilización de estas armas tan irregulares, ya que era práctica común entre los diferentes magnates de la época, incluidos los Borgia. Caterina, viendo como los ejércitos de sus rivales amenazaban su ciudad de Imola, optó por atacar la cabeza visible de aquella invasión que se cernía sobre su patrimonio territorial, y ésta no era otra sino la del propio Santo Padre de Roma. La estrategia de la Sforza pasaba por enviar una supuesta carta de amistad al Vaticano para que fuese leída personalmente por Alejandro VI. Según narran las crónicas de la época, dos mercenarios pagados por ella convencieron mediante engaño a Tommaso Cospi, un modesto ciudadano de Forlì que se ganaba la vida como músico en el Vaticano, para que les acompañase portando la misiva con la misión de entregársela en mano al sumo pontífice. Algunos investigadores afirman que el pergamino enrollado estaba envuelto por un paño escarlata contaminado por la peste y protegido de manipulaciones al viajar en el interior de una funda de caña. Otros dijeron que el papel estaba impregnado de *cantarella*, nombre por el que se conocía un típico veneno de la época elaborado con arsénico y tripas putrefactas de cerdo. Sea como fuere, este atentado contra el papa fue desbaratado y los emisarios colgados en la horca como escarmiento.

Tras este intento de magnicidio a cargo de la popularmente conocida como *Diabla Encarnada* o *Virago Crudelísima*, estaba claro que los nuevos objetivos para las implacables tropas de César serían las dos ciudades de las que era dueña y señora. El 24 de noviembre de 1499, los ejércitos pontificios entraron como un vendaval en Imola, cuyos defensores entregaron la plaza sin lucha. El 17 de diciembre hicieron lo propio con Forlì. Sin embargo, la duquesa aquí sí que planteó una feroz resistencia, parapetada con mil soldados tras los muros de la inexpugnable ciudadela interior. Los combates fueron terribles a instancias de la propia Caterina, quien animó a sus soldados a pelear hasta el último aliento. César, malhumorado por aquella obstinación, ordenó un ataque total sobre el reducto, mientras ofrecía 20.000 ducados a quien capturase viva o muerta a la vigorosa adversaria. Este reclamo impulsó aún más el empuje de sus hombres, los cuales, ávidos de sangre y botín, exterminaron a la casi totalidad de la guarnición que protegía los intereses de su generala. Por suerte para ésta, el soldado que la prendió fue un educado capitán francés en cuyo código de honor no figuraba ensartar con su espada a ninguna dama por mucha armadura que ciñera. En contra de lo que se pueda pensar, el Borgia no fue agresivo con su flamante y guapa prisionera, que por entonces disfrutaba unos exuberantes treinta y seis años de edad en un cuerpo perfectamente conservado y pleno, gracias a la utilización constante de hierbas medicinales de las que Caterina era entusiasta y gran consumidora. Nunca sabremos si fue la seducción o más bien el miedo, pero lo cierto es que esa misma noche de la batalla el Valentino se cobró su especial triunfo yaciendo en el tálamo con Caterina mientras sus soldados retiraban de Forlì los más de mil muertos ocasionados por el combate. Más tarde, la cautiva Sforza fue confiada a Rodrigo Borgia —pariente de los valencianos y oficial de los ejércitos pontificios— para ser trasladada a Roma, donde fue internada primero en el palacio Belvedere y posteriormente en el castillo de Sant'Angelo, lugar en el que permaneció un tiempo a la sombra hasta que César, pasados unos meses, decidió ponerla en libertad, acaso como agradecimiento por las muchas nochecitas de pasión que vivieron juntos desde la masacre de Forlì. Caterina se retiró a Florencia junto a su pequeño hijo Giovanni, sin que ocasionara más alteraciones en la Italia

que la contempló como fémica indómita, falleciendo en la luminosa ciudad toscana en 1509. Hoy en día los investigadores la consideran una de las grandes mujeres de la Italia renacentista.

En cuanto a la guerra de la Romaña, diremos que el conflicto se detuvo en seco al iniciarse el año 1500. La causa principal fue la inesperada rebelión de Ludovico el Moro, harto del yugo francés sobre Milán. Este levantamiento supuso que Luis XII reclamase al Valentino las fuerzas que le había prestado para la campaña a fin de utilizarlas para sojuzgar, de una vez por todas, la sublevación milanesa. César no tuvo más remedio que aceptar la segregación de su ejército de las imprescindibles tropas galas, y viendo que los efectivos que le quedaban no eran numerosos para proseguir la contienda, ordenó que ésta se paralizase hasta que surgiera una ocasión más propicia. En todo caso, la victoria había sido aplastante para los intereses pontificios. La Romaña quedaba sometida y el vástago de Alejandro VI era considerado libertador de la región, con ínfulas de príncipe aspirante a ocupar algún día el hipotético trono de aquellas tierras tan codiciadas. El 24 de febrero de 1500, el ejército del papa cruzaba el puente Milbio para hacer su entrada triunfal en Roma. Esta vez, a diferencia del humillante regreso de Juan Borgia tras su derrota ante los Orsini, César acudía a los brazos de su padre orgulloso por el incuestionable éxito obtenido. Al fin los ejércitos vaticanos gozaban de un comandante en jefe digno del cargo y a expensas de ser ratificado por el agradecido pontífice. César Borgia comenzaba a tocar su máxima dimensión histórica, mientras sus enemigos trémulos se preparaban para digerir un más que severo desastre. Pero por el momento podían estar tranquilos, pues el Valentino se iba a tomar unas semanas de asueto antes de emprender nuevas venganzas que repusiesen el honor de los Borgia. Un tiempo dedicado a los placeres y a largas conversaciones con su querida hermana Lucrecia, la cual disfrutaba en ese año jubilar de su matrimonio con Alfonso de Nápoles, un apuesto muchacho al que le quedaba poco tiempo en este mundo.

## LUCRECIA ENCUENTRA EL AMOR

En esta etapa de esplendor borgiano, Lucrecia fue ciertamente dichosa al lado de su tercer esposo napolitano. A decir de los cronistas, Alfonso era un bello muchacho tan rubio como su esposa y de un porte muy apropiado para un aristócrata de su clase. Cuando se casaron el aragonés tenía diecisiete años de edad, uno menos que su gentil novia romana, y la verdad es que ambos lucían palmito en una unión adornada por el amor más sincero. Parecía al fin que había llegado la hora de sosiego para la hija del papa, cuyos sentimientos hacia el cónyuge que le tocó en suerte por mor de los acontecimientos políticos eran claros y manifiestos de ternura. La verdad es que esta pareja parecía predestinada a encontrarse en matrimonio.

Desde la marcha de Giovanni Sforza y los capítulos acontecidos posteriormente, con el ingreso de Lucrecia en recinto sagrado y la posterior aparición del misterioso Infante Romano, su padre empleó tiempo y esfuerzo en localizar un candidato idóneo para emparentado a los Borgia mediante una boda con Lucrecia. Pretendientes no faltaron y el pontífice tuvo que analizar a conciencia cada aspirante a yerno. Por ejemplo, se ofreció el duque de Gravina, perteneciente a la familia Orsini, pero los Borgia no habían olvidado todavía el grave asunto de la guerra que les había enfrentado recientemente, y Alejandro VI rechazó este plan. Luego surgió con fuerza la candidatura de Roberto de Sanseverino —hijo del príncipe de Salerno—, que también fue desechada por la presión ejercida desde Milán, donde se veía con temor este acuerdo entre familias tan al sur. Precisamente en estos meses de selección matrimonial Sancha de Aragón habló con más insistencia a Lucrecia de su guapo hermano Alfonso. Las sugestivas palabras de la princesa de Esquilache fueron calando como lluvia fina en el corazón de su romántica cuñada, y pronto el gesto serio que la acompañaba desde su separación se tornó en sonrisas cómplices y ensoñadoras de un prometedor futuro al lado del apuesto galán napolitano. Y lo cierto es que Cupido cumplió el feliz cometido de unir a los dos jóvenes. Desconocemos si fue Sancha la que se dirigió a su tío el rey Federico de Nápoles para sugerirle que propusiera a su sobrino como merecedor de los dones de los que Lucrecia era poseedora. Pero la verdad es que el soberano napolitano remitió la oferta de matrimonio al Vaticano, donde fue muy bien recibida. Alfonso representaba un excelente partido, no sólo por su atractivo físico sino también por su patrimonio, en el que estaban incluidas ricas posesiones territoriales. Por lo tanto no fue difícil fijar los acuerdos necesarios para una nueva unión entre Nápoles y los Estados Pontificios, que poco o nada podría incomodar a los adversarios o aliados tradicionales.

La boda, celebrada como hemos dicho el 21 de julio de 1498, no supuso un acontecimiento de gran importancia internacional. La Santa Sede ya mantenía lazos de amistad con Nápoles, gracias a las anteriores nupcias de Jofré y Sancha, vínculos muy reforzados durante la invasión francesa protagonizada por el rey Carlos VIII. Por tanto, lo que el papa buscó para su querida descendiente no fue otra cosa sino consolidar la relación con el sur italiano y, sobre todo, conseguir un poco de alegría para la deprimida Lucrecia, quien llegó a sopesar, en medio de su

crisis matrimonial con Giovanni Sforza, la posibilidad de enclaustrarse para el resto de su vida en un convento romano. La novia recibió como dote la bonita suma de 40.000 escudos, mientras que el novio aportó el ducado de Bisceglie como regalo personal del rey Federico de Nápoles. Las nupcias fueron celebradas con profusión en exquisitos convites donde los invitados dieron rienda suelta a su imaginación, vistiendo disfraces animalescos que provocaron en reiteradas ocasiones las carcajadas de un complacido Alejandro VI, quien facilitó que los recién casados se instalasen en Santa Maria in Portico, el palacio favorito de Lucrecia. La noche de bodas se consumó en todos sus términos y al día siguiente se comunicaba entre alborozo al papa que su hija de manera oficial ya no era virgen. Dicha alegría se incrementó cuando se supo al poco que la antigua duquesa de Pésaro estaba encinta de su primer hijo. Sin embargo, el infortunio hizo acto de presencia y en febrero de 1499 Lucrecia perdió el bebé que esperaba a causa de una caída mientras paseaba en compañía de sus doncellas. No obstante, el doloroso trance se superó cuando a las pocas semanas la duquesa volvió a quedar encinta, para esta vez sí culminar el embarazo con el nacimiento el 1 de noviembre de 1499 de su primogénito, un hermoso niño al que en rendido homenaje a su abuelo materno bautizaron con el nombre de Rodrigo. Era el primer nieto varón oficial del papa, aunque cabe comentar que Juan, el Infante Romano, siempre recibió igual trato que su primo.

Previo a esto se dieron algunas circunstancias que ensombrecieron los cielos protectores de la bella Borgia. El 2 de agosto de dicho año de 1499, Alfonso, acaso conecedor de la tormenta que se avecinaba sobre Italia a manos francesas, acertó a huir de Roma sin ni siquiera advertírselo a su esposa. El joven buscó refugio en tierras dominadas por los filoaragoneses Colonna, y desde allí envió cartas a Lucrecia pidiéndole que se reuniese con él lo más pronto posible. La respuesta no la dio ella, sino su enojado padre, el cual despachó en lugar de su hija a Sancha de Aragón rumbo a Nápoles y con cajas destempladas tras una bronca monumental entre suegro y nuera. Alejandro VI, muy disgustado por aquel suceso, decidió entonces que sus hijos Lucrecia y Jofré viajasen a la región de Umbría, donde estarían lejos de las apetencias aragonesas y de los inminentes conflictos que se preparaban. En el intento de consolar a su embarazada hija, la nombró gobernadora de las ciudades de Spoleto y Foligno. Asimismo, el pontífice especuló con la posibilidad de conceder a su querida descendiente la gestión de todo el patrimonio vaticano, asunto que desató una miríada de voces críticas entre los buenos asesores del Santo Padre, por lo que esta decisión tan personal y nepótica se descartó con buen criterio. Durante el resto de aquel verano tan confuso, Alfonso de Aragón, consciente del error cometido en su cobarde fuga, acercó posturas con el papa y finalmente solicitó permiso para acudir junto a su mujer y poder así esperar el inminente alumbramiento de su hijo. El Santo Padre, más calmado, consintió en el encuentro, y así el 23 de septiembre el joven matrimonio se pudo reunir en la ciudad de Nepi, de la que Lucrecia recibió el título de gobernadora el 7 de octubre, cuando faltaba menos de un mes para el parto, que al fin se produjo en el romano palacio de Santa Maria in Portico cumpliendo el deseo de todos. Sin embargo, la llegada del altivo César a Roma en febrero del año siguiente iba a trastocar sensiblemente la vida de Lucrecia y, desde luego, la de Alfonso de Aragón, ya que la alianza del Valentino y de su progenitor con el rey francés Luis XII alejaba sensiblemente a los Estados Pontificios de su vecino

napolitano, un delicado asunto que transformaba al duque de Bisceglie en un incómodo elemento sujeto a cualquier y arbitraria decisión por parte del más sanguinario de los Borgia.

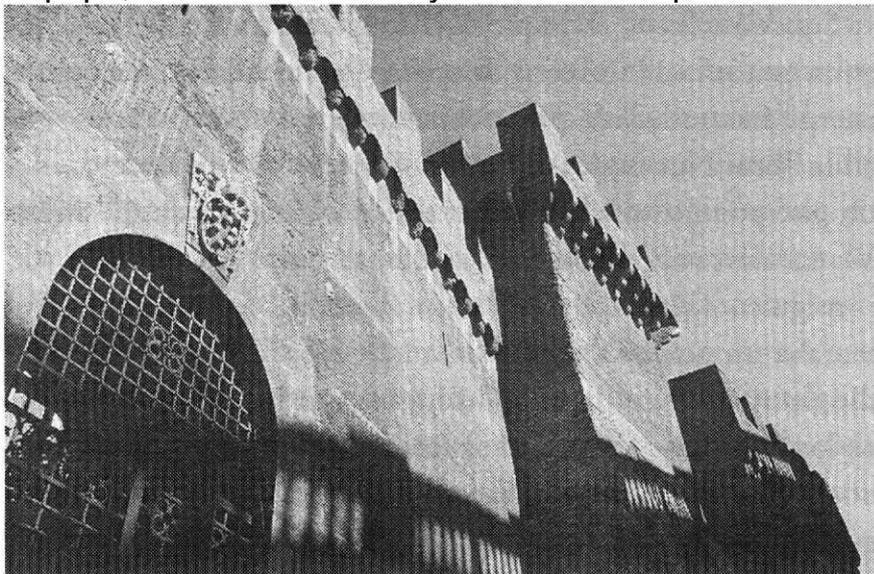
## EL ASESINATO DEL DUQUE DE BISCEGLIE

En el verano de 1500, Lucrecia completaba dos años de felicidad en compañía de su esposo e hijo. La suerte parecía venir de cara para la bella duquesa, la cual albergaba la secreta esperanza de haber encontrado para siempre su lugar bajo el sol. Pero los Borgia no serían los Borgia sin su leyenda negra y, en ese sentido, la hija del papa español fue la más acosada por la desgracia. El 15 de julio de dicho año, Alfonso de Aragón regresaba a su palacio acompañado por dos servidores tras haber disfrutado de una cena organizada por Alejandro VI en el Vaticano. Según parece, el pequeño grupo se topó bruscamente con unos supuestos menesterosos que resultaron ser agresivos atacantes. La escena transcurrió en las escalinatas de la propia iglesia de San Pedro y los en apariencia mendigos, sin mediar palabra alguna —que sepamos—, extrajeron por sorpresa de sus ajironados ropajes sendas dagas con las que hirieron gravemente al noble en la cabeza y demás partes de su cuerpo. Sólo la valiente acción defensiva de Tommaso Albanese, uno de los escoltas del duque, logró evitar una más que segura muerte allí mismo. Según reza en la leyenda borgiana, cuarenta jinetes cuyos rostros se encontraban enmascarados dieron protección a los sicarios en su huida al amparo de la noche, aunque se nos antoja complicado que tanto caballo pudiese pasar inadvertido ante la cercana vigilancia de los soldados vaticanos que hacían guardia a pocos metros del lugar donde ocurrieron los hechos.

Algunos inscriben el atentado contra Alfonso de Aragón en el mismo capítulo de los irresolubles misterios que rodearon a los Borgia, y no falta quien lo asocie con la enigmática muerte del segundo duque de Gandía. Los más prefieren apuntar como culpable al mismísimo César Borgia, acaso molesto con la presencia del napolitano en la corte vaticana, o incluso celoso por el amor que su hermana demostraba hacia su bello marido. Sea como fuere, en esta historia incógnita concurren diversas hipótesis, que dados los acontecimientos conspiranoicos de esta época no conviene menospreciar. Posiblemente la versión más consolidada sea la que acusa al flamante gonfalonero vaticano, pues no olvidemos que el duque Valentino se sentía por entonces más francés que otra cosa y no veía con buen talante que los napolitanos prosperasen en un contexto preparado para ser de dominio de los Borgia. En ese sentido, Alfonso se constituía en personaje tan molesto como su hermana Sancha, la cual seguía siendo amante de César, si bien su frívolo descaro la convertía en otro personaje candidato a ser suprimido de aquel cuadro de conjuras. Por otra parte, no podemos despreciar la hipotética intervención de los clanes rivales de los Borgia. En ese momento, Colonna y Orsini ocupaban la primera línea en el odio profesado hacia los valencianos, aunque los primeros se encontraban muy unidos a los intereses napolitanos, por lo que serían los segundos probables instigadores de un asesinato perpetrado con la intención de hacer todo el daño posible a la familia del papa. Ya en el asesinato de Juan Borgia se especuló que los Orsini bien pudieran ser artífices del homicidio, pero no se pudo verificar dicha acusación. Finalmente, nos resta la versión menos poética: que fueran en realidad simples pordioseros con ánimo de robar a un rico aristócrata. En ocasiones los investigadores policiales más acreditados nos han enseñado que no debemos ofuscarnos con las hipótesis enrevesadas, y que más

bien debemos aplicar la sencilla lógica en la resolución de estos casos tan en apariencia complicados.

Sea como fuere, el duque de Bisceglie no murió de inmediato en esta inicial intentona de acabar con su vida. Su malherido cuerpo fue trasladado por orden del papa a unas estancias sitas en la Torre Nueva que daba a los jardines de San Pedro, justo un piso por encima de los apartamentos privados de Alejandro VI. La alevosa agresión contra Alfonso causó gran revuelo y la consiguiente alarma general por entenderse que aquello representaba un golpe directo a la Santa Sede. El propio pontífice dio instrucciones a su hijo César para que redoblase la guardia en los puntos neurálgicos de la ciudadela vaticana. Y nada menos que dieciséis soldados fueron encargados de velar por la seguridad del dolorido moribundo, quien presentaba un aspecto lamentable, con su cráneo abierto y con múltiples heridas cortantes en el pecho, brazos, costado y piernas. A los pies de su lecho quedaron permanentemente las angustiadas Lucrecia y Sancha. Las dos jóvenes cuidaron de forma conmovedora a su querido Alfonso, el cual, dada su fortaleza física, logró superar el trance de los primeros días gracias, no sólo a los desvelos de su esposa y hermana, sino también al magnífico cuidado de los galenos enviados por el papa, la familia Colonna y el reino de Nápoles.



Acceso principal a los aposentos de los Borgia en Roma. La familia valenciana de los Borja participó, desde Roma, en los hechos decisivos que transformaron Europa durante el Renacimiento.

Todo hacía ver que el duque podría recuperarse de sus heridas. Sin embargo, el 18 de agosto, poco más de un mes después del incidente, Alfonso de Aragón murió repentinamente. Y es aquí donde vuelven a surgir las dudas sobre su fallecimiento. Unos dijeron que fue César quien ordenó rematar la faena concebida por su truculenta mente, encargando esta triste misión a Miguel Corella, un hombre leal a su señor Borgia y de absoluta confianza en la comisión de delitos que pudiesen beneficiar a la familia de Alejandro VI. Otros sostienen que el napolitano sucumbió por los estragos ocasionados en su cuerpo a causa de las infecciones y la abusiva pérdida de sangre, sin que interviniera ninguna circunstancia ajena a ese episodio. La verdad es que a Lucrecia le comunicaron que su amado cónyuge se había ido de este mundo víctima de una convulsión que le provocó a su vez una violenta caída de la cama donde reposaba. Todos dieron el suceso por zanjado y, dados los calores estivales, se aceleraron los trámites para enterrar el cuerpo del duque, cuyo disfrute en la tierra tan sólo se pudo prolongar diecinueve escasos años, dos

de ellos compartidos en absoluta gracia con la ahora doliente Lucrecia Borgia. El sepelio y la posterior sepultura del cadáver se dieron en la iglesia de Santa María de las Fiebras, con el oficio dirigido por el arzobispo de Cosenza, Francesco Borgia, otro pariente del clan español que ejercía oficio de tesorero en la corte vaticana. El 25 de agosto, Alejandro VI encabezó una procesión solemne hacia Santa Maria del Popolo con el propósito de rendir un último homenaje a la figura de su yerno desaparecido. Eran tiempos de jubileo en el Vaticano y no fue difícil que se sumaran miles de peregrinos al cortejo funerario, en cuya vanguardia iba también un circunspecto César Borgia, quien dio visibles muestras de estar afligido. Lo que ignoramos es si este alarde sentimental era fingido o no. Por su parte, Lucrecia aceptó de su padre la sugerencia de viajar a la ciudad de Nepi con el propósito de intentar mitigar la pena que invadía su desolado corazón. A estas alturas, contaba veinte años de edad y tres matrimonios frustrados, en gran medida por la política de Estado. En Nepi, la bella Borgia pasaría un tiempo en compañía de su pequeño hijo Rodrigo hasta conocer el nuevo destino que su familia había designado para ella. Lucrecia era ciertamente la más sufrida en esta tragedia italiana.

## **CÉSAR, SEÑOR DE LA ROMAÑA**

El año de 1500 finalizaba el convulso siglo XV y, según normas antiguas establecidas por la Iglesia, debía ser año jubilar en Roma. El propio Alejandro VI se vio inmerso en un periodo de máxima actividad ceremonial y diplomática. En aquellos meses miles de peregrinos acudían a la Ciudad Eterna con el ánimo instalado en sus almas y dispuestos a recibir indulgencia plenaria para sus vidas penitentes. El Santo Padre se multiplicaba en febril actividad oficiando misas conmemorativas por la mañana, recibiendo embajadores y príncipes por la tarde y firmando acuerdos internacionales que mejorasen la situación de los Estados Pontificios por la noche. En consecuencia, el vicario de Cristo en la tierra poseía una agenda de trabajo que pocos mortales hubiesen podido soportar. Pero el papa español estaba hecho de buena pasta y se superaba constantemente para asombro de los que le rodeaban, incluido su leal y eficaz secretario personal Johannes Burchard, un impecable y experimentado maestro de ceremonias vaticano cuyas actitudes diplomáticas solventaron más de un obstáculo en aquellos meses frenéticos y plenos de conflicto. Burchard nos legó unas memorias, antes de fallecer en 1506, en las que reflejaba valiosos detalles sobre su vida al lado de los Borgia, y la verdad es que capítulos emocionantes no faltaron para que este buen sacerdote nacido en Estrasburgo pudiese completar su voluminoso compendio de recuerdos.

En aquel verano jubilar, los valencianos habían visto morir envuelto por la neblina de una supuesta venganza al infortunado Alfonso de Nápoles, aunque las exigentes cuestiones internas se imponían con tal severidad que no hubo tiempo para más duelos familiares, y con Lucrecia refugiada en Nepi, el resto de la familia se dispuso a preparar el segundo asalto sobre la Romaña, ya que aún quedaban algunos dominios en rebeldía que debían ser sojuzgados lo antes posible a fin de concluir la magna empresa liderada por César Borgia. Por otra parte, el sumo pontífice acababa de cumplir setenta años de edad y se encontraba algo mermado en su capacidad física por tantos eventos a los que debía atender con su acostumbrado vigor intelectual. Según expresaron algunos próximos al Santo Padre, éste les comunicó en voz alta que deseaba ver, antes de su inevitable encuentro con el Ser Supremo, a su hijo César ciñendo una corona regia en Italia. Ése era el hasta entonces secreto y ambicionado anhelo del patriarca Borgia, y ahora dicha aspiración podía al fin concretarse con el sometimiento romaño.

El 1 de octubre de 1500, el bravo gonfalonero vaticano y sus condottieros más ilustres pasaban revista a 12.000 efectivos dispuestos para la guerra. La formidable tropa se pertrechó gracias a diferentes donativos enviados por una docena de poderosos obispos a los que se prometió capelo cardenalicio y posesiones en la región pendiente de conquista. A estas cifras se sumó la aportación papal extraída, básicamente, de las recaudaciones efectuadas en el año jubilar. Por tanto, la expedición punitiva emprendió camino hacia la gloria con las despensas llenas y los polvorines colmados. Incluso César ordenó reforzar su artillería con la fundición de nuevas piezas de grueso calibre, cuya visión en aquel desfile triunfal que partía a la contienda impresionó profundamente a todos los testigos del evento militar. El contingente, que partió de Roma, avanzó con

presteza hacia su objetivo. Sin embargo, su comandante en jefe realizó una breve parada en Nepi para reunirse con su querida hermana Lucrecia, la cual mantuvo con César una agradable conversación que al parecer le sirvió de hondo consuelo. Este encuentro desmitifica en parte la versión que defendía una agria relación entre ambos hermanos desde el asesinato de Alfonso de Aragón, por entender, tanto Sancha como Lucrecia, que César era el artífice intelectual de dicha muerte. Tras su breve estancia en Nepi, las tropas vaticanas reanudaron su marcha sobre la Romaña, sin que se encontrasen con grandes dificultades dado que la práctica totalidad de las ciudades enemigas se rindieron sin presentar batalla alguna. Lo cierto es que los habitantes de estas plazas vieron en César Borgia a un liberador de sus oprimidas existencias bajo el yugo de tantos y tan despóticos tiranos, y se sumaron con entusiasmo al esfuerzo bélico del papa, interviniendo en algunos casos como quinta columna intramuros, lo que facilitó decisivamente el éxito de la ofensiva pontificia. De ese modo, plazas como Cesena, la poderosa Rímini o Pésaro cayeron sin lucha en manos del ejército vaticano. Únicamente la ciudad de Faenza, en manos de Astorre Manfredi, planteó una férrea resistencia ante el asedio planteado por César Borgia, pero el empeño de la urbe fue inútil y en abril de 1501 sus defensores se rendían víctimas del hambre y de alguna traición intestina.

Después de esta victoria, César pretendió continuar con la guerra amenazando de forma insolente a ciudades como Bolonia o Florencia. Sin embargo, algo había cambiado en el panorama internacional, y es que una nueva alianza había fructificado entre Francia y España, potencias que pretendían repartirse el apetitoso reino de Nápoles. El 11 de noviembre de 1500 se firmó el Tratado de Chambord-Granada, por el que se fijaban las aspiraciones de ambos Estados europeos en el sur de Italia. Su propósito pasaba por destronar al débil rey Federico de Nápoles para luego distribuir el territorio, con los españoles dueños de las regiones de Apulia y Calabria, integrantes del futuro ducado de Calabria, mientras que los franceses se apropiarían del territorio que iba de Nápoles a Gaeta, pasando por el Benevento, Avelino y Salerno, lo que constituía la mayor parte de las ricas tierras de labranza napolitanas. Si bien el bocado más exquisito de aquel singular dividendo era el propio trono de Nápoles, siempre deseado por la monarquía gala, que implicaba, no sólo el dominio de aquella estratégica latitud latina, sino también asumir el simbólico pero importante título de rey de Jerusalén asociado a la corona napolitana desde los tiempos de las cruzadas en Tierra Santa.

Por tanto, el rey francés Luis XII se preparó para una nueva invasión de Italia y, en consecuencia, reclamó a su lado a cuantos militares galos se encontrasen sirviendo en las tropas vaticanas, incluido el propio César Borgia, a quien le unían con Francia sus férreos compromisos adquiridos en años anteriores. A esas alturas, la Romaña estaba prácticamente sometida y Alejandro VI había establecido honorables acuerdos de paz con los vecinos norteños, con el propósito de restablecer el equilibrio político y estratégico en aquella zona donde se debería levantar más adelante el soñado reino de los Borgia. Bolonia aceptó negociar sin lucha, y de Florencia se consiguieron para el duque Valentino hombres y dinero para su inminente campaña sobre Nápoles. En mayo de 1501, un complacido Alejandro VI concedía a su hijo el ducado de Romaña, aunque existen investigadores que sospechan que dicha dignidad fue otorgada en octubre, al inicio

de la guerra; tal era la confianza del Santo Padre en su belicoso vástago. En estos meses primaverales, César se entregó por completo a su nueva condición de gobernante, trabajando de sol a sol en la administración de su recién adquirido feudo, pero sin olvidar las parcelas de ocio que tanto placer le proporcionaban. En ese sentido, la llegada del buen tiempo provocó que el Borgia dedicase buenas horas a la caza, al ejercicio físico, a la organización de festejos taurinos y a las juergas nocturnas. Asimismo, en aquel periodo el ilustre Leonardo da Vinci ofreció sus servicios a César como ingeniero militar experto en la construcción de estructuras defensivas de toda índole, y de paso, el genio florentino, que por entonces contaba cuarenta y nueve años de edad, aprovechó para desplegar su magnífico currículum de conocimientos, lo que impresionó gratamente a César, quien le contrató ipso facto para integrarle en la extensa nómina de talentos bajo el influjo de los valencianos. No olvidemos que en este capítulo de esplendor borgiano muchas mentes lúcidas trabajaron para el linaje de Alejandro VI. Incluso el propio Miguel Ángel Buonarroti pudo, gracias al papa, dar vida a *La Piedad*, una de sus obras más celebradas. En todo caso, el lector podrá encontrar más datos sobre estos dos genios cercanos a los Borgia en el apéndice que se ofrece en las páginas finales de este libro.

Pero volviendo a la narración, diremos que César Borgia, muy a su pesar, tuvo que abandonar momentáneamente su novísimo ducado para acudir a la llamada del rey Luis XII. Corría el mes de junio de 1502 y otra inevitable guerra estaba a punto de estallar en la sangrante península Itálica.



*Retrato de César Borgia*, por Leonardo da Vinci. El duque Valentino, gracias a su carisma y a sus dotes para la guerra y la política, se ha convertido con los siglos en una de las figuras más emblemáticas del Renacimiento, al mismo nivel que su padre, el papa Alejandro VI.

## EL CONFLICTO DE NÁPOLES

En el mencionado mes, César hizo acto de aparición en Roma. Para entonces, la flota española dirigida por el Gran Capitán ya había echado anclas en el golfo de Tarento con sesenta velas y 8.000 soldados, a los que se unieron otros 2.000 que quedaban en Italia de la campaña anterior. Cabe comentar, como curiosidad, que en la armada española, compuesta por buques de diverso calado, iban las famosas carabelas *Pinta y Niña*, supervivientes gloriosas del descubrimiento de América y utilizadas de modo simbólico por los ejércitos hispanos en aquella contienda para elevar la moral de los soldados en la nueva gesta conquistadora. Tarento fue precisamente el puerto designado por Federico de Nápoles para cedérselo a los otomanos en una hipotética acción de ayuda, ya que en su desesperación, tras comprobar que se había quedado solo en Europa, llegó a solicitar apoyo a la Sublime Puerta para tratar de salvar su amenazado trono. En lugar de eso, el aragonés se vio cogido por dos frentes: con los tercios españoles avanzando desde el sur, mientras que las lanzas francesas hacían lo propio por el norte bajando a través de la Toscana.

El 25 de junio, los embajadores de Francia y España eran recibidos por Alejandro VI para solicitarse la aprobación del Tratado de Granada. El Santo Padre escuchó con interés a los diplomáticos y, siguiendo su habitual proceder, les explicó que le parecía muy bien la repartición de Nápoles si se entendía que dicha división era tan sólo un capítulo más en el levantamiento de una cruzada internacional contra el turco. Los enviados aceptaron la sugerencia, y el papa no perdió un minuto en promulgar una bula en la que se deponía del trono al atónito Federico de Nápoles. Era la primera acción de aquella contienda, y más tarde el Tratado de Chambord-Granada pasaría a ser conocido como la «liga del pontífice Alejandro VI con los reyes de Francia y España contra los turcos y sus adictos y cómplices». Huelga comentar que estos últimos eran no sólo la monarquía napolitana, sino también las familias italianas que se habían enfrentado al poder papal, como los Colonna y los Savelli, a la sazón principales aliados de Nápoles.

El rey Federico quiso, no obstante, proseguir con la guerra como única salida a su precaria situación y concentró la mayoría de sus tropas en la ciudad de Capua, un enclave bien fortificado que no quiso capitular ante el superior ejército francovaticano que lo asedió durante semanas. Finalmente, Fabrizio Colonna, comandante militar de la plaza, aceptó, dada su debilitada situación, negociar la rendición de Capua a cambio de ser considerado prisionero de guerra con la posibilidad de negociar su liberación por la módica suma de 15.000 ducados. Peor fortuna corrió Rinuccio de Marciano, el otro condottiero que dirigió la resistencia de la ciudad, pues herido por el disparo de una ballesta sufrió durante días una dolorosa agonía a la que no sobrevivió, a decir de muchos por el efecto de un veneno suministrado por sus captores.

Los sucesos que se dieron en Capua tras la rendición de la plaza sólo se pueden inscribir en la crónica infame protagonizada por humanos. Las tropas francesas saquearon sin compasión vidas y patrimonios movidas por el afán de botín y sangre. Algunos culparon a César Borgia de las tropelías cometidas en

Capua, aunque en defensa del Valentino se puede argumentar que sus soldados no suponían más que una mínima parte de aquella soldadesca bárbara. Tras la caída de su mejor bastión, el rey Federico buscó refugio en la isla de Ischia, acaso con la ilusoria esperanza de que alguien acudiese en su auxilio: por qué no, los turcos. Pero nadie atendió sus encarecidas peticiones de socorro, y tanto franceses como españoles comenzaron a ocupar los territorios previamente designados. En 1502 caía Tarento, último foco de la resistencia napolitana. La guerra había terminado, aunque sólo con una mínima tregua, pues al poco los otrora aliados se enzarzaron en una nueva contienda por la posesión de Nápoles que acabó, como ya sabemos, en grave desastre para los intereses de Francia y en magnífica victoria para España, país que se enseñoreó durante dos siglos más de aquella bella tierra italiana vigilada por el majestuoso volcán Vesubio.

## VENDETTAS, LIBELOS Y ESPONSALES

En aquel verano de 1501, Alejandro VI ofreció una insondable muestra de nepotismo elevado a las alturas. El papa se sentía en la cúspide de su omnímodo poder y quiso demostrar al núcleo duro de la corte vaticana hasta dónde podían llegar sus deseos. Con tal motivo, y a expensas de viajar fuera del Vaticano buscando un poco de tranquilidad después de tantos desbarajustes, decidió que su hija Lucrecia asumiera la regencia de la Santa Sede para asombro de los más reputados prebostes eclesiásticos, los cuales no pudieron constatar en ningún archivo que semejante situación se hubiese dado durante los quince siglos de historia papal.

Aun así, Lucrecia asumió con serenidad la misión encomendada por su progenitor y durante un tiempo se mantuvo al frente de los Estados Pontificios mientras Alejandro VI realizaba, en loor de multitudes, una serie de visitas por sus dominios, circunstancia que le hizo recobrar fuerzas para enfrentarse a los retos que le esperaban en la Ciudad Eterna. El 16 de agosto de 1501 se rubricaban los acuerdos matrimoniales que unirían a Lucrecia Borgia con su cuarto esposo, Alfonso d'Este, hijo del duque Ercole, señor de la ciudad de Ferrara. Dichas negociaciones se habían prolongado seis meses, en los que quedó claro el vivo interés de los Borgia por emparentar con los señores de Ferrara, un estratégico Estado limítrofe con Venecia y la Romaña, cuyo heredero, Alfonso, había enviudado a la edad de veinticinco años por la muerte durante un parto de su mujer Ana Sforza. Por su parte, el duque Ercole d'Este no quería un enfrentamiento directo con los Estados Pontificios tras la arrolladora campaña de los ejércitos vaticanos por la vecina región de la Romaña, y en consecuencia aceptó de grado la oferta que podría vincular a su familia con los amos de la situación, los cuales en cualquier momento podrían recordar al duque de Ferrara que su posesión era vasalla de la Iglesia, y que por tanto podría ser reclamada al menor signo de rebeldía, tal y como había acontecido con las ciudades desafectas. En cuanto a la también viuda Lucrecia, ésta aceptó como siempre la decisión familiar sobre su boda, en la que intervino, no sólo Alejandro VI, sino también su hermano César, quien, según dicen, fue el que se decantó por este candidato para que formara parte de los selectos Borgia.

Tan sólo cuatro días más tarde, el papa cristalizó la venganza contra sus rivales mediante una bula en la que excomulgaba en pleno a la familia Colonna. Por añadidura, ordenó la expropiación de todos sus bienes. Este clan, cuyas cabezas visibles habían sido derrotadas en la masacre de Capua, no fue el único en recibir la ira papal. Otros linajes tan corruptos como ellos fueron asimismo condenados al castigo de la confiscación patrimonial. Y, en ese sentido, las familias Savelli y Estouteville fueron las más dañadas al perder de un plumazo el poder que con tanta avaricia habían acumulado durante generaciones. Esta especial vendetta borgiana dejó en la práctica una limpieza de adversarios de alta magnitud, por lo que la opinión pública de la época comenzó a intuir que los valencianos caminaban hacia una etapa gloriosa culminada por la instauración de un reino privilegiado gracias al toque divino.

Para empezar en dicho menester, el propio César Borgia regresó en septiembre a Roma investido con el título de duque de Andría, una dignidad otorgada por los

Reyes Católicos españoles como premio por sus servicios en la guerra de Nápoles.

El Borgia cabalgaba orgulloso al encuentro con su padre. No en vano, y a pesar del negro episodio de Capua, el gonfalonero había vencido con claridad a sus enemigos, propiciando que los clanes rivales fuesen liquidados hasta su casi total neutralización. Ahora el papa disponía de nuevas adquisiciones territoriales a costa de sus oponentes, y desde luego que pensó en hacer buen uso de ellas. Con César dueño y señor de la Romaña, quedaban pendientes de reparto las conquistas pontificias en la región del Lazio, y Alejandro VI recurrió como siempre a la familia para sus clásicos repartos de riquezas. Aquí el lector bien pudiera especular que al fin el resignado Jofré recibiría alguna heredad que otra. Pues no, el olvidado hijo menor del pontífice tampoco fue en esta ocasión merecedor de dignidades, y sí en cambio los nietecillos que tanta alegría daban a su tierno abuelo. Para Rodrigo —el hijo de Lucrecia— fue creado el ducado de Sermoneta, mientras que a Juan —el Infante Romano y presunto vástago natural de César— le fue concedido el ducado de Nepi y Palestrina, con lo que el Lazio quedaba casi en su totalidad bajo el apellido Borgia. Como vemos, el escudo con el buey bermejo, ahora transformado en toro —por razones que desconocemos fehacientemente—, se enseñoreaba de casi toda la Italia central en trasiego imparabile hacia un trono en el que, por supuesto, debería sentarse algún día el majestuoso César.

También en ese tiempo el Santo Padre, muy preocupado por la mala utilización que se pudiera hacer de las publicaciones salidas de imprenta, protagonizó lo que algunos consideran el primer caso de censura literaria cuando ordenó que los libros impresos en algunas de las flamantes linotipias alemanas fuesen sometidos a un riguroso examen por parte de las autoridades eclesiásticas locales. Esta decisión desató enojadas críticas en boca de la intelectualidad germana y abonó el campo de la discordia que germinaría pocos años más tarde con las reformas protestantes que se dieron, precisamente, en el país teutón.

Lo que no pudo impedir Alejandro VI es que los ofendidos Colonna contraatacasen con las armas del papel y la pluma en un ejercicio de propaganda nefasta que sazonó hasta el delirio la mala prensa borgiana. El 15 de noviembre de 1501, un tal Girolamo Mancione, de natural napolitano, escribió un libelo llamado *Carta a Silvio Savelli* que era en realidad un ataque furibundo contra los Borgia, al que de inmediato se abrazó la caterva de enemigos acechantes de los valencianos. En la famosa carta el autor (seguramente un Colonna) plasmó con fiereza una historia, no por esperada menos asombrosa, sobre las maquinaciones, crímenes, aberraciones y envenenamientos supuestamente cometidos por la familia del papa. En el documento, que pronto se conoció por todos los mentideros romanos, se explicaba con absoluta rotundidad y detalle la enorme cantidad de asesinatos cometidos para mayor gloria borgiana. El mencionado Mancione no reparaba en tinta a la hora de explicar con profusión cómo los Borgia habían ordenado la muerte de Alfonso de Aragón, de Perotto Calderón y de tantos infortunados hasta el infinito. Los principales dardos se lanzaron por supuesto sobre las figuras de Alejandro VI y de su hijo César Borgia, de quien se decían cosas como ésta: «Su padre le mimaba porque tiene su mismo carácter perverso, su misma crueldad. Es difícil decir cuál de estos dos seres es más execrable». Asimismo, en este infame texto se barajaba el incesto como algo habitual en la

familia del Santo Padre, y obviamente Lucrecia se llevó la peor parte en dicho asunto, pues quedaba claro que los calumniadores pretendían deshacer los acuerdos matrimoniales entre los Borgia y los Ferrara; cosa que, a pesar de todo, no consiguieron, ya que, por encima de panfletos, se impuso la estrategia de una unión beneficiosa para ambos Estados.

En diciembre de 1501 entraba en Roma una comitiva integrada por más de quinientas personas relevantes de la exquisita corte ferraresa. Los viajeros accedieron a la capital del Tíber por la puerta del Popolo, y a su encuentro acudieron 4.000 engalanados soldados vaticanos bajo el mando de César Borgia. El papa, conmovido por aquel despliegue tan colorista, constató la certeza de que su predilecta estaba a punto de engrosar la nómina de las mujeres respetables europeas. Tengamos en cuenta que la casa de Este, imperante en Ferrara desde hacía tres siglos, se encontraba entroncada con lo más distinguido de la nobleza italiana, y no es de extrañar, pues, que dada su vital posición en el mosaico latino, buena parte de las casas reales europeas quisiesen reclamar acuerdos matrimoniales con los herederos de tan refinado linaje renacentista. El propio rey francés Luis XII ofreció al duque Ercole d'Este la mano de su pariente la duquesa de Angulema para casarla con su hijo, para así estrechar lazos en aquella Italia siempre soñada por Francia. Mas la golosa oferta fue desestimada al entender el noble ferrarés que sin duda el pontífice romano ofrecía muchas más ventajas, sobre todo económicas, que las que se podrían recibir de un hipotético acuerdo con los galos. De igual modo, el emperador austríaco Maximiliano —abuelo del futuro Carlos I de España— no vio con buenos ojos esta *entente cordiale* de los Estados Pontificios con Ferrara, y no cesó de intrigar en el intento de deshacer el compromiso. La verdad es que la inminente boda gustaba a muy pocos, pues se creyó que estas nupcias entre Alfonso d'Este y Lucrecia Borgia sólo servirían para reforzar el poder del papa y, sobre todo, de su hijo César.

Sea como fuere, los embajadores de Ferrara llegados a Roma para escoltar a Lucrecia en el viaje a las tierras de su nueva familia quedaron profundamente complacidos con la guapa muchacha y aún más tras comprobar el dechado de virtudes de las que hacía gala en contraposición a la sarta de infamias, insultos y libelos que trataban de ensombrecer su buen nombre. El 30 de diciembre de 1501 se celebraron los esponsales en el Vaticano. En dicha ceremonia por poderes Ferrante d'Este —hermano del novio— fue el encargado de representarle, colocando un hermoso anillo en el dedo anular de la radiante novia. Una vez concluido el acto se dio paso a más de una semana colmada de festejos y convites, en los que la mejor representación de la sociedad romana brindó por la felicidad de los flamantes esposos. A principios de 1502 Lucrecia Borgia abandonaba el Vaticano despidiéndose de su entristecido progenitor. Lo que ignoraba entonces es que aquel adiós constituiría la última vez en la que ambos se pudieran abrazar, dado que al Santo Padre apenas le quedaban dieciocho meses de estancia en la tierra, tiempo en el que su querida hija no le pudo visitar en su morada vaticana. El 2 de febrero de dicho año, Lucrecia llegaba a Ferrara, siendo recibida con gran alegría por parte de su cónyuge. Comenzaba para ella una nueva vida que, esta vez sí, le otorgaría serenidad suficiente para afrontar el resto de su existencia instalada en la calidez de una corte que supo reconocerle el talento, la virtud y la belleza que la habían acompañado desde niña.

## EL CÉNIT DE LOS BORGIA

Durante el año 1502, César Borgia iba a dar muy buena medida de sus posibilidades reales como militar y gobernante en su Estado romañolo. A mediados de febrero, el Valentino convenció a su progenitor para que le acompañase en una visita a la recién adquirida Piombino, con el propósito de dar vitola oficial a una conquista que cimentaba aún más si cabe el poder papal en Italia. No obstante, todavía quedaban elementos rivales en permanente conspiración contra los Borgia, por lo que, en previsión de cualquier alteración pública aprovechando su ausencia, el Santo Padre salió de Roma envuelto por el secreto tras haber dado a sus cardenales órdenes precisas para que mantuvieran la agenda vaticana como si el sumo pontífice estuviera en la Sede Apostólica al frente de los asuntos y eventos cotidianos. Padre e hijo llegaron de forma sorpresiva a la mentada ciudad, y en ella consagraron iglesias, presidieron desfiles y fueron partícipes de exquisitos convites que celebraban la incorporación de aquella geografía a los Estados Pontificios.

En este mismo periplo, los Borgia aprovecharon para navegar hasta Elba, una coqueta isla situada frente a las costas de Piombino, cuyas fortificaciones estaban siendo revisadas por Leonardo da Vinci, a la sazón ingeniero militar en jefe de César. No fue éste el único trabajo del brillante genio florentino, y en esos meses puso todo su talento al servicio del papa en un proyecto que pretendía mejorar cuantas murallas, fortificaciones y, en definitiva, infraestructuras se hubiesen quedado ancladas en el recién abandonado pasado medieval. Ahora de lo que se trataba era de acomodarse a los nuevos tiempos, en los que la artillería comenzaba a ser pieza clave en aquellas guerras de la modernidad, y César, siempre vanguardista, no descuidó ni un detalle en ese sentido bélico que tenía de la vida.

El duque Valentino disfrutaba con optimismo de su plenitud; ciertamente pasaba por un hombre más dedicado a los placeres del presente que a cualquier previsión futura, pero a nadie escapaba que su capacidad para cumplir con la exigencia no escrita de la razón de Estado constituía su indiscutible aval ante los subditos que le aclamaban, y es por ello que no cupo discutir sobre su acreditada preparación para dirigir los asuntos de la Romaña. En estos meses se abrazó con decisión febril a la administración de sus posesiones, rebajó sensiblemente la presión fiscal que hasta entonces había atezado a los romañolos, impartió justicia como un magnánimo príncipe renacentista y persiguió con valentía a los que infringían las leyes. Esta eficaz gestión sorprendió a propios y ajenos, y el modelo de gobierno establecido por él se recordaría con agrado durante generaciones. Asimismo, César hizo gala además de sus dotes para el liderazgo de sus habituales excesos festivos, por lo que un preocupado Alejandro VI llegó a comentar que su hijo no reservaba nada para el mañana. El 11 de marzo de 1502, el Santo Padre regresaba al Vaticano tras haber superado el difícil trance de una tormenta que a punto estuvo de hundir el navío que le transportaba desde la isla de Elba a la península Itálica. Quedaba patente que el rocoso español estaba a prueba de hundimientos, atentados, conjuras y demás minucias que pretendiesen menoscabar su ánimo ante la adversidad.

En aquella primavera, los acontecimientos se sucedieron a ritmo vertiginoso, como por otra parte era habitual en aquel *puzzle* italiano roto una y mil veces para

luego ser recompuesto de nuevo hasta el siguiente cataclismo. Por entonces los acuerdos entre franceses y españoles para el reparto de Nápoles habían volado en pedazos y ambas naciones se preparaban para la guerra, aunque en esta ocasión los unos y los otros pretendían acaparar el ahora imprescindible apoyo vaticano. Luis XII de Francia reclamó su antigua alianza con el papado y, ya de paso, prometió mirar a otro lado en caso de que las tropas pontificias, con César Borgia a la cabeza, quisieran tomar la ciudad de Bolonia. Por su parte, Fernando II de Aragón hizo saber a Alejandro VI que, si recibía su valiosa ayuda, España concedería a los Estados papales diversos feudos en el reino napolitano.

Las diferentes peticiones y ofertas fueron atendidas con esmero en la sede apostólica, aunque el pontífice se decantó, tras analizar la situación, por la opción francesa que era, en definitiva, la que más posibilidades le daba para prosperar por el centro geográfico italiano. En junio de ese año se dispuso lo necesario para que César utilizara 64.000 ducados extraídos de las arcas vaticanas para rearmar sus tropas. Dicha cifra permitió comprar nuevas piezas artilleras que iban a hacer temblar algunas ciudades como Urbino, Camerino o la propia Florencia, plaza esta última que estuvo a punto de ser asaltada por el ejército pontificio de no ser porque medió el mismísimo Luis XII, quien a efectos de organizar la ofensiva sobre Nápoles entró en Milán justo durante las semanas en las que el duque Valentino destrozaba las voluntades de sus enemigos y los gobiernos corruptos de las familias que seguían obstinadas en su rebeldía contra el poder de los Borgia. Por ejemplo, la toma de Urbino se considera una de las mayores genialidades militares protagonizadas por César. Hasta entonces la urbe, cuyo señor era Guidobaldo de Montefeltro, había permanecido en apariencia fiel a su señor el papa. El propio Valentino, en un alarde entusiasta, comentó que el duque de Urbino era su mejor hermano en Italia, lo que hacía presumir unas relaciones pacíficas entre la hermosa ciudad y el papado. Sin embargo, de forma sorpresiva, el gonfalonero atacó Urbino con 2.000 soldados, provocando la huida del duque a Mantua disfrazado de humilde campesino. Parece constatado que este ataque sobre Urbino no fue advertido al Santo Padre, que pidió raudas explicaciones a su vástago por este comportamiento contra el supuesto aliado. César le envió entonces una prolija carta en la que detallaba su convencimiento acerca de una presunta traición que el duque estaba gestando en complicidad con el resto de los barones desafectos. Alejandro VI leyó estos argumentos y debieron de convencerle, pues al poco premiaba la magnífica conquista de su hijo invistiéndole con el título de duque de Urbino.

En esos momentos decisivos, la mayoría de los rivales de los Borgia se encontraban reunidos en Milán a la espera de recibir la necesaria ayuda de Luis XII, a quien se encomendaron en cuerpo y alma para que les librase del odiado César de una vez por todas. En lugar de eso, lo que contemplaron atónitos fue la aparición inesperada del Valentino en la capital lombarda para ser recibido con gran satisfacción por el monarca francés, el cual había ratificado en secreto su alianza con el papado. Tras este golpe de mano y con las plazas de Urbino y Camerino tomadas por los Borgia, poco o nada les quedaba por hacer en Milán a los enemigos del papa, que con más discreción que nunca fueron desapareciendo de la ciudad; eso sí, con la albergada intención de preparar una conjura definitiva que aplastase la prepotencia esgrimida por los valencianos.

César se reunió con el rey francés y éste le comunicó el estado de las cosas.

Francia no podía tolerar que las tropas pontificias tomaran Florencia, pues semejante agresión fragmentaría el equilibrio de la zona. Por añadidura, la ciudad toscana se encontraba oficialmente bajo protección gala y su conquista supondría un menoscabo decisivo para la imagen francesa en la península Itálica. En compensación, Luis XII consintió que el ejército vaticano pudiese caer sobre Bolonia, Perugia y otras ciudades menos vitales en el mosaico latino, pero ambicionadas por Alejandro VI en su sueño expansionista. La reunión concluyó con la promesa pontificia de aportar 10.000 soldados dirigidos por César a la campaña francesa contra los españoles acantonados en Nápoles. El Valentino acató obedientemente lo expuesto por su querido primo y con presteza ordenó a sus ejércitos establecidos en las puertas florentinas que abandonasen la empresa hasta nuevas instrucciones.

Esta decisión enervó el ánimo de algunos condottieros, que pretendían abalanzarse sobre la ciudad toscana, y constituyó el germen de una inevitable sedición contra su comandante en jefe. En dicha conspiración figuraban antiguos adversarios y otros nuevos de los Borgia. De ese modo, en octubre de 1502 se reunieron en Maglione —uno de los bastiones de la familia Orsini— gentes dispares pero unidas para hacer frente común contra el clan más aborrecido de Italia. El pronóstico no parecía favorable para los Borgia, ya que en el censo de conjurados aparecían los mejores capitanes de las tropas pontificias, verbigracia, Vitellozzo Vitelli, Oliverotto Eufreducci, Paolo y Francesco Orsini, Oliverotto de Fermo o Ernesto Bentiboglio, este último representante de la amenazada ciudad de Bolonia. Todos brindaron por la más que segura muerte, o en todo caso exilio, del nefasto, para sus intereses, César Borgia.

El conflicto se inició con la sublevación de San Leo, ciudad en la que la guarnición fue pasada a cuchillo sin compasión. Al poco los habitantes de Urbino expulsaban a sus invasores para recibir entre vítores al huido Guidobaldo de Montefeltro. La noticia estremeció al Valentino, que presto acudió a reunirse con su padre para dilucidar qué camino seguir en aquella encrucijada planteada por traidores. Durante horas, Alejandro VI y su hijo estuvieron encerrados con sus militares de confianza hasta determinar cómo plantar cara a los sediciosos. Las menguadas tropas pontificias que quedaban en torno a César no superaban los 5.000 efectivos, insuficientes en todo caso para enfrentarse en campo abierto a los más de 11.000 soldados con los que contaban los ejércitos rebeldes. Por fortuna, Luis XII hizo saber de inmediato que él mismo entraría en Italia para defender a los Estados Pontificios del peligro que se cernía sobre ellos, lo que dispuso, en buena medida, la pretensión de los sublevados de atraer a su causa las armas y bendiciones francesas. Además de esto, Venecia y Florencia expresaron claramente que no secundaban la revuelta, por lo que los conjurados quedaban a expensas de sus propias fuerzas y sin los vitales apoyos exteriores. Con estos aires favorables, César, a la vanguardia de sus hombres, se acuarteló en la ciudad de Imola, donde comenzó a beneficiarse, mediante acuerdos secretos y privados, de las disensiones internas que cada vez generaban mayor conflicto en las filas de sus enemigos. Al fin, el desánimo cundió entre los capitanes levantiscos y al gonfalonero vaticano no le supuso mayor problema negociar por separado con unos y otros hasta conseguir doblegar la voluntad de los otrora envalentonados condottieros. El 26 de noviembre de 1502 se firmaban los acuerdos de paz y las

ovejas negras volvían al redil teñidas de blanco inmaculado. Por el aceptado armisticio se entendió que aquella partida concluía en tablas, si bien el duque de Urbino tuvo que asumir la pérdida de la titularidad de su Estado en favor del sonriente César Borgia, quien, por su parte, admitió la independencia, por el momento, de la ciudad de Bolonia.

Sólo restaba concluir esta farsa de contienda con un acto simbólico que definiese a la perfección quién llevaba en su cinto las llaves de Italia.

El 10 de diciembre, César galopaba a la ciudad de Cesena, sede del gobierno romañolo, en la que se encontraba instalado Ramiro de Lorca, a la sazón gobernador de la Romaña y vicecomandante de los ejércitos pontificios. El propósito del Valentino era poner punto final a la conjura contra su persona. Y, según algunas informaciones, Lorca se encontraba en la lista de traidores que pretendían acabar con la vida del hijo del papa mediante un certero disparo de ballesta. César ordenó la detención de su antiguo lugarteniente, quien tras ser sometido a una severa tortura, confesó su implicación en el complot, llegando incluso a decir que tenía previsto llevar la cabeza del duque ante la presencia de los Orsini y los Baglioni. Estaba claro el final de aquel traidor. No obstante, se decidió llevarlo a juicio sumarísimo, donde se le imputaron cargos por corrupción, traición y tiranía, esto último motivado por el terror que Lorca provocó entre los habitantes de Cesena. La pena a la que fue condenado fue, precisamente, la de ser decapitado; paradojas de estas historias miserables. Ignoramos si la confesión del ajusticiado fue la clave para los sucesos que se dieron a continuación en la sitiada ciudad de Sinigaglia, aún pendiente de ser conquistada por las tropas papales.

En esos días finales de 1502, los otrora enemigos se habían transformado en incondicionales aliados de su señor Valentino, y ahora concurrían a su llamada para finiquitar el problema planteado por aquella pequeña urbe que finalmente se tomó tras las habituales negociaciones que permitieron la entrada en la plaza de las tropas vaticanas sin mayor oposición. Pero el aire se encontraba enrarecido durante aquellas jornadas por la sombra de una nueva conspiración, sellada tras los acuerdos del 26 de noviembre. Dicha sospecha fue ratificada por el Valentino gracias a la más que probable sinceridad desatada de Ramiro de Lorca en los tornos de castigo. César, con su lista de conjurados en la mano, partió escoltado por 6.000 hombres a Sinigaglia, donde el 30 de diciembre capturaba mediante treta urdida a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo y los no menos importantes Paolo y Francesco Orsini. A los dos primeros se les ejecutó ese mismo día tras condena sumarísima. Sus cuerpos fueron arrastrados salvajemente por las calles de Sinigaglia. En cuanto a los dos restantes, fueron trasladados a Roma para ser juzgados el 2 de enero de 1503, encontrándoles culpables de traición, por lo que siguieron idéntica suerte a la de sus compañeros. Según parece, el propio Vitellozzo Vitelli dijo antes de morir que el propósito de los confabulados era en efecto acabar con la vida de César Borgia en la mencionada Sinigaglia, lo que daba verosimilitud al relato emitido por el malogrado Ramiro de Lorca.

Sea como fuere, el Valentino estuvo a la altura de las circunstancias para uno de su clase, y de un tajo se había quitado de en medio a un gran número de molestos adversarios, acción que recibió loas abrumadoras por parte de los diferentes Estados italianos y del mismísimo rey Luis XII. Una vez libre de molestos

enemigos, el Valentino prosiguió con sus tropas en el empeño de recuperar las antiguas ciudades vasallas de la Iglesia. De ese modo fueron cayendo Cagli, Città di Castello, Perugia, Fermo, Cisterna, Montone y al fin Siena, donde César Borgia tuvo que frenar su ofensiva al ser reclamado desde Roma por Alejandro VI, quien se veía inmerso en el problema de una nueva sublevación contra los Borgia protagonizada por los enojados Orsini.

## LIBRES DE ENEMIGOS

El 3 de enero de 1503, Alejandro VI, advertido por el intento de asesinato contra su hijo a cargo de los antiguos condottieros vaticanos, entre los que se encontraban los anteriormente citados Orsini, ordenó la adopción de represalias definitivas que pudiesen fuera de juego a las familias rivales de los Borgia. Un día más tarde el cardenal Gian Battista Orsini —cabeza visible de su familia— fue detenido en las estancias vaticanas cuando se disponía a felicitar al papa por la conquista de Sinigaglia. El sorprendido preboste eclesiástico fue conducido a la Torre Borgia para más tarde ser instalado en el castillo de Sant'Angelo como ilustre prisionero. Le acompañaba de esa guisa el obispo de Santa Croce, muy vinculado también a los Orsini. Esta acción provocó abundantes gestos serios entre los miembros de la curia vaticana. No en vano dos de los suyos eran ahora cautivos del Santo Padre, un hecho que sólo se podía catalogar como gravísimo. Pero, a pesar de las encendidas súplicas lanzadas por los príncipes de la Iglesia a su máximo dirigente, éste no quiso consentir la liberación de los reos. Y como era costumbre en aquella difícil época, los soldados del papa expoliaron cuantas propiedades poseían en Roma los Orsini, asunto que terminó por exacerbar el ánimo de los rivales de los Borgia, los cuales abandonaron sus eternas disputas para coaligarse en busca de una sangrienta revancha por tanto daño sufrido. De ese modo los irreconciliables Colonna y Orsini unieron sus fuerzas, que eran muchas, y emprendieron la senda de la guerra contra los intereses del papa español.

Durante días, los componentes de dichas estirpes capitanearon huestes que se lanzaron sobre tierras, pueblos y castillos propiedad de los Estados Pontificios. Poco a poco, las tropas rebeldes se fueron aproximando a Roma, y en los días finales de enero se encontraban a las puertas de la temerosa Ciudad Eterna. Todo hacía prever un inminente desastre jalonado por episodios de saqueo, tropelías y masacres, y quién sabe si la propia caída de Alejandro VI. Pero el Santo Padre supo zafarse una vez más del peligro que se cernía sobre su cabeza y con determinación promulgó el 7 de febrero una bula en la que se decretaba la excomunión de los Orsini, declarándolos además simples delincuentes comunes que quedaban sujetos a una inmediata acción de la justicia. La verdad es que este documento fue redactado en un momento de absoluta zozobra, con la sede apostólica amenazada por las armas enemigas y con unas tropas vaticanas escasas y pésimamente dirigidas por Jofré Borgia, quien había asumido el mando de las guarniciones romanas en ausencia de su brillante hermano. Mientras tanto, Gian Battista Orsini seguía preso a merced de los acontecimientos que se daban extramuros del castillo de Sant'Angelo y nadie parecía acudir en su ayuda salvo su anciana madre, de quien se cuenta que en un intento desesperado quiso sobornar al propio Alejandro VI mediante el envío de una hermosa perla que, en otros tiempos, había suscitado la codicia del papa. La preciada joya había sido un regalo del cardenal Orsini a una antigua amante, la misma que ahora ofrecía dicho tesoro al captor de su otrora amado, con el fin de provocar la compasión del Santo Padre. Sin embargo, Alejandro VI no mostró ningún signo de piedad, aunque, eso sí, se quedó con la hermosa pieza sin que nadie osase rechistar.

El 22 de febrero, Gian Battista Orsini murió en su celda en extrañas circunstancias tras confesar su implicación en la conjura de Maglione. Unos piensan que falleció por agotamiento y pesar tras una vida llena de excesos lujuriosos agravados por las pésimas condiciones carcelarias. Los más, en cambio, aventuran que el jefe Orsini fue asesinado a causa de un veneno suministrado por orden del pontífice. Esta circunstancia agravó ostensiblemente la situación en Roma, por lo que el papa volvió, tal y como había hecho unas semanas antes, a solicitar la presencia urgente de su hijo César, quien se encontraba completando sus conquistas por el centro de Italia. En aquel tiempo el Valentino ya se había despedido definitivamente de su gran amigo Nicolás Maquiavelo, un embajador florentino que había conocido en la crisis de junio y con el que había forjado una amistad en la que ambos se admiraban sin recato. Maquiavelo se uniría a la corte del Borgia en octubre de 1502 para, desde su puesto de asesor, ir creando en su mente el bosquejo que más tarde impulsaría *El príncipe*, su gran obra literaria, donde plasmó con absoluta frialdad el modelo a seguir para todo aquel que pretendiera gobernar siguiendo la razón de Estado. En este ideario político aparecieron frases tan célebres como «el fin justifica los medios». A buen seguro que estas palabras le fueron inspiradas viendo cómo se comportaba su ideal de mandatario renacentista encarnado en la impresionante figura de César Borgia.

En los últimos días de febrero, el gonfalonero vaticano entraba en Roma dispuesto a solventar aquel trance que tanto había enojado a su querido padre. Previamente, los ejércitos dirigidos por él habían sojuzgado y rapiñado al límite cuantas posesiones de los Orsini se habían ido encontrando. Al fin el Valentino dirigió sus 10.000 hombres contra los núcleos rebeldes y a las pocas semanas la situación estaba restablecida, con los enemigos de los Borgia diseminados y vencidos. Era, sin duda, el momento de máximo esplendor para aquellos valencianos llegados a Italia tan sólo unas décadas antes. Ahora dominaban uno de los mayores Estados italianos mientras habían devuelto al patrimonio de la Iglesia buena parte de las ciudades perdidas por mor de baronías insumisas. César Borgia se constituía, tras su ilustre progenitor, en el personaje más poderoso y relevante de su tiempo, sin ni siquiera haber cumplido los veintiocho años de edad. ¿Quién podría pararle en la inevitable consecución de gestas futuras? Sólo su propia muerte o la de su progenitor le privarían de mayor gloria, y por desgracia para él, una de esas dos posibilidades estaba a punto de ocurrir.



**A**uto de moralidade composto per Gil vicē  
te de: contemplaçã da serenissima e muyto catholica  
reynadona. E tanto: nossa seiora: e representada per seu  
mãeado ao poder do príncipe e muy alto rey do Brasil  
primeiro de portugal deste nome. E começa a declaraçã e argumẽto  
da obra. **E** primeiramente no presente auto se segura que no pôto  
q̃ acabamos de pitar chegamos supitamente a hui ryo: ho qual per  
força auemos de passar: em hui de deus bates q̃ naquelle ponto estã  
hũ delles passa pera ho parayso: e ho outro pa ho inferno: es q̃es  
bates tem cada hui seu arrey na: o: ho do parayso hui anjo: ho  
do inferno hui arrey infernal e hui companheiro. Ho primeiro  
entre douts he hui fidalgo que chegua com hui page q̃ he seu hui  
rabo muy comprido e huiã cadeira de palmas. E começa ho arrey  
do inferno desta maneira ante que ho fidalgo venha.

Portada de la primera edición de *El príncipe* (1515), de Nicolás Maquiavelo, uno de los grandes tratados políticos sobre cómo se debe gobernar siguiendo la razón de Estado.

El modelo en el que más se fijó Maquiavelo fue César Borgia.

## LA MUERTE DE ALEJANDRO VI

Durante la primavera de 1503, Alejandro VI, con el horizonte despejado de adversarios internos, se empeñó en la difícil tarea de fortalecer sus cada vez más extensos dominios. Dicho propósito podría llegar a buen puerto sólo si se contaba con la tan necesaria aquiescencia internacional más el apoyo de Venecia, única potencia italiana que aún conservaba el suficiente poder como para incomodar a los Estados Pontificios. En ese sentido, el Santo Padre redobló esfuerzos diplomáticos para intentar convencer a la Serenísima República sobre la conveniencia de una alianza entre ambos Estados que les permitiese afianzar en el campo latino la semilla de un consolidado futuro en común. Algunos especialistas consideran que de haberse producido un sincero entendimiento entre Venecia y el papado, sin duda alguna la unidad italiana hubiese fructificado el siglo <sup>xvi</sup>. Sin embargo, la desconfianza, reina absoluta de aquella época convulsa, evitó cualquier acuerdo, con lo que se desaprovechó una oportunidad única que sólo se volvió a dar en mitad del siglo <sup>xix</sup>, cuando Giuseppe Garibaldi encabezó el *Risorgimento* italiano.

En realidad, lo que Alejandro VI deseaba era verse al margen de las disputas entre españoles y franceses por el control septentrional y meridional de la bota italiana. En el norte, los galos se mantenían en el Milanesado, un territorio reivindicado ahora por los españoles gracias a la intercesión del emperador alemán Maximiliano, quien consiguió esta heredad para su nieto, el futuro Carlos I de España y V de Alemania. Mientras que en el sur, las discrepancias por el reparto de Nápoles habían desatado una violenta contienda con victorias aplastantes para las armas hispanas, como las acontecidas en abril de ese año en los campos de Seminara o Ceriñola. Por tanto, a esas alturas nadie se atrevía a vaticinar cómo concluirían los enfrentamientos y quiénes serían los beneficiados o damnificados en la singular disputa.

El papa optó una vez más por su consabida prudencia para quedar bien con unos y otros litigantes. Para el rey francés Luis XII, las sospechas de un alejamiento papal de su causa a favor de los españoles le animaron a enviar al Vaticano una carta en la que recordaba, no sin cierta amenaza, la alianza formulada en tiempos recientes entre el papado y Francia por la que las tropas pontificias habían incrementado sus posesiones con el beneplácito francés, las mismas tierras que le serían arrebatadas en cuatro días de no mantener la fidelidad prometida. Alejandro VI, consciente del peligro que se cernía sobre sus Estados, dispuso lo necesario para organizar nuevamente su ejército y enviarlo, comandado por César, en ayuda del contingente galo que se preparaba para devolver el golpe en Nápoles a los soldados del Gran Capitán. En aquellas semanas primaverales el Santo Padre recaudó cuanto dinero fue necesario en la labor de pertrechar sus tropas y no reparó en la concesión de capelos cardenalicios a cambio de fuertes sumas donadas gentilmente por los agraciados. El 3 de julio, un orgulloso César pasaba revista a los soldados pontificios que iban a marchar contra Nápoles en ayuda del ejército francés. Cinco días más tarde, el propio pontífice anunciaba públicamente que su gonfalonero salía de Roma para

unirse a Luis XII. Sin embargo, el duque Valentino no partió de inmediato, pues a buen seguro deseaba esperar al 11 de agosto, fecha en la que su padre celebraría el undécimo aniversario en el trono de Pedro.

En aquel tiempo Rodrigo Borgia cumplió setenta y dos años de edad, aunque su espléndido estado de salud y el vigor demostrado ante los exigentes compromisos de su apretada vida oficial no invitaban a pensar que le quedase poco tiempo de vida, más bien lo contrario. El papa español seguía manteniendo un magnífico porte, aunque ya estaba entrado en carnes. Su rostro reflejaba una serena felicidad y carecía de los achaques propios de una longeva existencia. Todavía montaba a caballo y podía permitirse trabajar veinte horas diarias sin ofrecer signos de cansancio. En consecuencia, y a pesar de la insalubridad que gobernaba Roma en esos años, casi todos se atrevían a pronosticar que aún le quedaba un reinado muy prolongado y gozoso. No obstante, el 11 de julio Alejandro VI ofreció síntomas de padecer una extraña enfermedad que algunos asociaron a la disentería, aunque esa suposición no logró importunar un ápice la exhaustiva agenda de trabajo de aquellos días. El 28 de julio el papa presidió su último consistorio vaticano, en el que se oficializó mediante anuncio una futura campaña sobre la Romaña que dirigiría su hijo César nada más regresar de sus obligaciones en Nápoles. No faltaron quienes interpretaron esta intención como un inminente ataque sobre la Toscana, por lo que la alarma regresó a la bella ciudad de Florencia.

Mientras tanto, un insoportable calor se adueñó de Roma, provocando que su clima, ya de por sí insano, generara múltiples epidemias que acabaron con la vida de innumerables habitantes de la eterna pero sofocada ciudad. El 2 de agosto murió a consecuencia de la malaria el cardenal de Monreal, Juan Borgia Lanzol, sobrino muy querido del papa y uno de sus hombres de máxima lealtad. Esto supuso un grave disgusto para Rodrigo, quien suspendió, presa de la melancolía, las audiencias previstas para esas jornadas. Precisamente en el cortejo funerario del Borgia fallecido se dio una de las famosas anécdotas que adornaron la vida del pontífice valenciano. Según se cuenta, Alejandro VI comentó, víctima del terrible calor, que aquel mes era mortal para los obesos. Acto seguido un búho muerto cayó del cielo para desplomarse a poca distancia del Santo Padre, el cual exclamó aterrorizado: «Mal augurio, mal augurio». Dicho esto se encerró un día entero en sus aposentos privados sin querer ver a nadie en ese tiempo.

La verdad es que, a tenor de lo acontecido en las fechas siguientes, razón no le faltaba al intuitivo y supersticioso vicario de Cristo en la tierra. El 5 de agosto, Alejandro VI y su hijo César fueron invitados a una cena organizada por el flamante cardenal Adriano de Corneto, quien deseaba celebrar la concesión de su birreta. Todo transcurrió con normalidad y los comensales se divirtieron enfrascados en múltiples conversaciones livianas bajo el frescor liberador de la noche romana. La residencia de Corneto se ubicaba cerca del barrio de Belvedere y era, desde luego, un lugar más descongestionado que los opresivos palacios vaticanos donde el aire se encontraba viciado por la temperatura y las intrigas cotidianas. El papa y su hijo se despidieron de todos al concluir el convite y regresaron a su morada ya bien entrada la noche sin mayor novedad. Pero, al día siguiente, el pontífice se quejó de un ligero malestar al que no concedió, en principio, ninguna importancia, a pesar de la preocupación expresada por sus médicos. El 8 de agosto falleció otro de sus sobrinos, Rodrigo Borgia, a la sazón capitán de la guardia vaticana. Este nuevo

varapalo hizo comentar al Santo Padre: «En estos días hay en Roma muchos enfermos y muertos... Tenemos que cuidarnos un poco más».

Finalmente llegó el esperado 11 de agosto, aniversario de su proclamación, y fue aquí cuando saltaron las alarmas sobre la precaria salud manifestada por el papa, el cual compareció en la Capilla Sixtina dispuesto a celebrar la santa misa, si bien no podía ocultar un lamentable aspecto físico, con sus ojos apagados en un rostro lívido y cubierto por el sudor. Los asistentes se percataron además del ingobernable temblor que tenían las manos del inesperadamente envejecido Alejandro VI, por lo que comenzaron los murmullos de preocupación sobre la evidente enfermedad que atenazaba su cuerpo. Por su parte, el cardenal Corneto, anfitrión de la polémica cena, había sido el primero en mostrar síntomas de indisposición tras el banquete, un malestar que, en todo caso, no le impidió acudir solícito a la ceremonia en San Pedro, durante la cual mostró una apariencia enfermiza que acabó en un fuerte acceso febril. Aunque esto no extrañó a nadie, ya que en aquellos días la mayoría de la población romana se veía inmersa en estragos provocados por la enfermedad.

Esa misma noche el papa se sintió muy débil y mareado, aunque no fue hasta la mañana siguiente cuando los galenos que le atendían se percataron de su verdadera y grave situación. Al caer la tarde del 12 de agosto, el propio Alejandro VI tomó conciencia de que algo terrible invadía su ser, y con una altísima fiebre rogó a su médico, Bernardo Buongiovanni —obispo de Venosa—, que permaneciera esa noche a su lado. Fue desde luego una madrugada difícil en la que Rodrigo vomitó la cena envuelta en grandes dosis de bilis. Buongiovanni decidió entonces someter al paciente a una sangría. Tal contundente práctica médica trataba de bajar la fiebre del enfermo mediante la extracción de sangre, y en ocasiones acababa con su vida dada la abusiva pérdida de líquido vital. Pero en el caso del papa Borgia, la medida supuso un ligero alivio, lo que permitió albergar esperanzas de recuperación. No obstante, dichas ilusiones se vinieron abajo en los días sucesivos, pues el pontífice recayó una y otra vez hasta que las tomas reiteradas de sangre se entendieron como inútiles en aquella vida que se oscurecía por momentos.

En Roma, la preocupación por la salud del máximo representante de Dios en la tierra aumentó al propagarse la noticia de que César Borgia también permanecía convaleciente en el Vaticano, en lugar de estar al frente de sus tropas en Nápoles. La verdad es que el duque Valentino era otra víctima de la fatal cena, y al extraño mal contraído en el festín se unía en su caso la preocupación de una sífilis en grado extremo sufrida desde su juventud. Como es lógico, los mentideros comenzaron a funcionar y a nadie escapó que los Borgia podrían ser objeto de un envenenamiento. Por añadidura, en esos días se supo que un cocinero y un sirviente del cardenal Adriano de Corneto también habían fallecido a consecuencia de una devastadora dolencia, por lo que no fue difícil elaborar cábalas sobre lo que había pasado realmente en aquella nefasta reunión estival. Como el lector puede intuir, la rumorología dio paso a la inestabilidad social, permitiendo que los humillados enemigos de los Borgia volviesen a cobrar moral levantando sus armas por las atemorizadas calles romanas.

Aun así, el tenaz valenciano logró recuperarse levemente durante un par de días para caer con estrépito el viernes 18 de agosto, día en el que los más cercanos colaboradores de Alejandro VI aceptaron que el fin del Santo Padre era

inminente. En consecuencia, se reunieron en torno a él cinco cardenales para escuchar una misa oficiada por el obispo de Ceriñola, quien dio la comunión al moribundo y la posterior extremaunción. Con todo, Rodrigo Borgia pudo resistir unas horas más en las que incluso llegó a recobrar una efímera lucidez para luego entrar en un profundo coma del que ya no se repuso, falleciendo al anochecer de ese mismo día.

En la actualidad ignoramos la causa real por la que murió el papa Alejandro VI. Algunos apuntaron que la muerte se debió a una dolencia cardíaca agravada por las calenturas de una malaria contraída en aquel asfixiante verano. A esto se sumaron los daños físicos ya adquiridos a causa de una secreta sífilis que padecía. Ahora bien, el grotesco aspecto que presentaba el pontífice en sus últimas horas sugiere la posibilidad de un envenenamiento en toda regla por mano de los incontables enemigos que tenían los Borgia. Según los testigos de esta triste decadencia corporal, el aspecto del papa fallecido mostraba una piel sumamente amarillada, impropia de las víctimas de fiebre amarilla. A esto sumaba unos ojos desorbitados y endurecidos como piedras, mientras que la lengua había adquirido un descomunal grosor que la empujaba fuera de la boca en medio de abundante saliva teñida de impurezas malolientes. Dicha degradación se alió irremisiblemente con el calor excesivo que imperaba en la capital del Tíber y ambos factores aceleraron el proceso de putrefacción, de tal manera que los olores de su cuerpo se extendieron por buena parte de Roma. Nadie se atrevía a entrar en la estancia que albergaba los restos mortales de Alejandro VI, convertido ahora en un cadáver hinchado y pestilente, a tal punto que los enterradores tuvieron que fracturarle varios huesos para poder incrustarlo en el ataúd. Triste final para aquel hombre que había alcanzado la gloria terrena bajo la supuesta protección del cielo divino, el mismo que había hecho temblar a tantos con sólo pronunciarse su poderoso apellido y que ahora concurriría, según sus creencias, ante el Sumo Hacedor, a fin de ajustar las necesarias cuentas.



*El envenenamiento del papa Alejandro VI.* El tumultuoso papado de Rodrigo Borgia se vio interrumpido por su misteriosa muerte, seguramente causada por algunos de sus incontables enemigos.

La muerte de Alejandro VI generó de inmediato algunas incógnitas sobre qué

destino esperaba a la miríada de familiares y paisanos situados en puestos relevantes bajo su nepótica protección. ¿Qué sería ahora de sus queridos hijos? ¿Habría futuro para los Borgia en Italia?

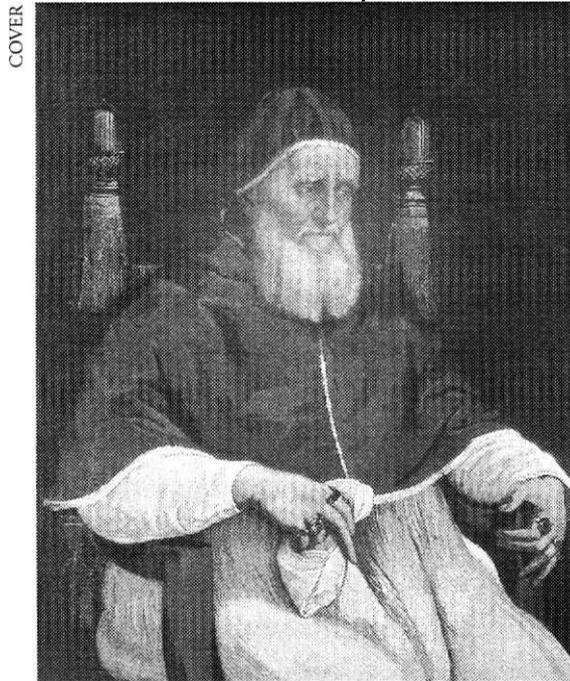
## EL DESTINO FINAL DE LOS BORGIA

Alejandro VI murió sin la presencia física de sus hijos. César, enfermo como él, se debatía entre convulsiones y letargos intentando salvar la vida. Lo cierto es que el duque Valentino era un joven de apenas veintiocho años de edad y con sobradas fuerzas a pesar de la sífilis que le acuciaba, y poco a poco fue saliendo del trance gracias a los cuidados médicos y a su afán por sobrevivir. Según se cuenta, las terapias utilizadas para su curación fueron singulares y, en algunos casos, sorprendentes. Ejemplo de esto último fue cuando situaron al febril paciente en el interior de un toro sacrificado y abierto en canal, pues se pensaba que la vitalidad y los órganos palpitantes del astado insuflarían energía al enfermo. Asimismo, César fue sumergido una y otra vez durante días en agua helada con el propósito de hacer remitir la altísima fiebre que se había apoderado de su cuerpo. De ese modo, con estos remedios y otros, el duque recuperó la perdida salud.

Por otra parte, parece comprobado que Jofré se encontraba fuera de Roma cuando murió el papa, aunque se presentó a las pocas horas en el Vaticano para poner a salvo a las mujeres y niños de la ahora amenazada familia Borgia. Según sabemos, el menor de la prole estuvo a la altura de las circunstancias y logró sacar sin mayores problemas de la sede apostólica a su mujer Sancha de Aragón, a su madre Vanozza Catanei y a los pequeños Rodrigo y Juan. Todos ellos fueron a lugar seguro escoltados por una guardia dirigida por el leal Miguel Corella, quien, a instancias de su señor César Borgia, se apropió precipitadamente, y tras amenazar al camarlengo vaticano monseñor Casanova, de cuantos tesoros pudo incautarse en las estancias privadas de Alejandro VI. En este sentido, se constató el robo de unos 100.000 ducados y algunas joyas pertenecientes al papa fallecido. En cuanto a Lucrecia, ésta se encontraba en Ferrara y, aunque advertida sobre la severísima dolencia de su padre, no pudo acudir a velarle por la dificultad de viajar con presteza por unos caminos abruptos e inseguros.

Sea como fuere, el destino del clan valenciano parecía abocado al desastre en aquellas tierras italianas que los habían acogido durante tantos años. Sus enemigos, una vez desaparecido el jefe del clan, no les permitirían dar ni un paso más en la obtención de poder y lo más probable es que todo acabase en sangrientas vendettas. César, consciente de que su momento de gloria se estaba difuminando a ritmo vertiginoso, diseñó una estrategia que le permitiese escapar por el momento de aquel maremágnum provocado tras la muerte de su progenitor, el cual fue enterrado al día siguiente de su óbito en la pequeña capilla de Santa María de las Fiebres en el Vaticano, cumpliendo el estricto protocolo sin mayores muestras de pesar o cariño. Es triste comprobar cómo en pocos días la ingente obra emprendida por Alejandro VI se vino abajo sin que nadie quisiese hacer nada por evitarlo. El cuarto papa español consiguió en sus once años de pontificado independencia política, económica y territorial para los Estados de la Iglesia, un hecho innegable a pesar de los ataques pertinaces lanzados por sus enemigos durante siglos. En especial, cabe comentar la lamentable actitud del cardenal Giuliano della Rovere, quien tras suceder al efímero Pío III ocupó el ambicionado trono de Pedro, desde el cual se dedicó a incentivar la leyenda negra que cayó sobre los Borgia.

Alejandro VI, durante sus años de reinado, buscó incansablemente la grandeza de su linaje. Sin embargo, no acertó a disponer lo necesario para que su familia se mantuviera intacta en el poder tras su desaparición, por lo que nada más ser sepultado sus eternos rivales aprovecharon para entrar en Roma preparados para consumir la terrible venganza incubada en tantos años de humillaciones continuas. En aquellos días de agosto más de cien casas, casi todas ellas pertenecientes a españoles beneficiados por el papa, fueron asaltadas y sometidas al expolio o al fuego. Asimismo, se consumaron decenas de asesinatos que volvieron a teñir de rojo las calles romanas. El propio César, viendo su causa en precario y aún a merced de la enfermedad, intentó pactar con la familia Colonna a fin de salvar al menos su vida. Para entonces ya era inútil pensar en otra cosa, pues ya no se podía considerar gonfalonero de ningún ejército y las posesiones conseguidas a sangre y fuego en el centro italiano volvían a estar otra vez bajo dominio de sus antiguos tiranos, los cuales se cobraron con amplitud pasadas derrotas en carne de todos aquellos que habían ayudado a los Borgia en la consumación de su aventura expansionista. Con todo, al más esplendoroso de los Borgia aún le restaba suficiente influencia como para que nadie osase atentar contra su figura y, a instancias del recuerdo generado por su magnífico pasado no tan lejano, movió los hilos en el colegio cardenalicio para que los todavía leales a su linaje eligiesen a Pío III como nuevo sumo pontífice.



*Retrato del papa Julio II*, por Rafael Sanzio. Giuliano della Rovere fue uno de los enemigos más acérrimos del papa Alejandro VI. En su papado, bajo el nombre de Julio II, se convirtió en uno de los principales mecenas del Renacimiento.

Aun así estaba claro que el destino había dado la espalda definitivamente a los Borgia. El flamante papa había sido buen amigo de los valencianos y su llegada al trono de Pedro hubiese facilitado a buen seguro una cómoda posición para César, el cual, con este apoyo papal y casi recuperado de su enfermedad, podría haber dicho algo más en medio del panorama incierto. Tengamos en cuenta que la Romaña le seguía guardando fidelidad y sus habitantes gozaban, gracias a su acertada política, de un espacio cuajado de libertad y cierta prosperidad.

Sin embargo, Pío III falleció transcurridos tan sólo veintisiete días de su

pontificado, sucediéndole el mencionado Giuliano della Rovere bajo el nombre de Julio II. Paradójicamente, esta elección se pudo concretar gracias a la mediación del propio César Borgia, quien de forma incomprensible apoyó al más acérrimo enemigo de su clan, acaso confiado por algunas promesas engañosas ofrecidas por Della Rovere. No olvidemos que ambos personajes militaban en el bando francófilo y en esos meses se estaba del lado francés o del español en una Italia sometida al rigor incansable de la guerra. Sea como fuere, Julio II traicionó de forma miserable a César y ordenó su detención en el puerto de Ostia, lugar del que escapó el Valentino con un salvoconducto proporcionado por el Gran Capitán, quien de momento protegió al Borgia en sus dominios napolitanos. Nadie sabe por qué, pero el monarca católico Fernando comunicó a su virrey napolitano que apresase sin contemplaciones al hijo de Alejandro VI, el cual fue trasladado a España en 1504 para ser ingresado primero en la cárcel de Chinchilla y posteriormente en la fortaleza de Medina del Campo, sitio del que César escapó en 1506 para refugiarse en el reino de Navarra, donde su cuñado Juan d'Albret le recibió con honores propios del príncipe que era.

Pareció entonces que un nuevo futuro se abría para el duque Valentino, y más cuando el rey navarro le concedió la capitanía general de sus tropas en la lucha que libraban contra el rebelde Louis de Beaumont. Empero, este presunto porvenir se truncó el 27 de marzo de 1507 cuando, en mitad del asedio de la ciudad de Viana, el gallardo César Borgia se lanzó de forma incomprensible y suicida contra veinte jinetes enemigos. Como es lógico, el desigual combate acabó con el Valentino muerto sobre el campo de batalla, pero empuñando hasta el último momento su espada, esa misma que le había regalado su padre años antes y en cuya hoja rezaba el lema «César o nada», una frase inmortal desde los tiempos en que el célebre general Julio César había ambicionado poseer un imperio, justo lo mismo que soñaron los Borgia quince siglos después, y que por mor de venenos, conjuras y traiciones no pudieron consumir. El más carismático de los Borgia fue enterrado en la iglesia de Santa María de Viana (Navarra), lugar donde sus restos siguen reposando en la actualidad.

En lo que se refiere a Lucrecia Borgia, diremos que mantuvo una existencia más o menos feliz desde su llegada a la corte de Ferrara en 1502. Más tarde, la muerte de su padre y el posterior cautiverio de César la sumieron en sendas depresiones de las que intentó zafarse interpelando a los Reyes Católicos para que liberasen a su querido hermano; asunto que, como ya sabemos, no tuvo ninguna consecuencia, por lo que la triste muchacha se refugió en el buen sabor de la cultura emanada de aquella hermosa ciudad renacentista que con tanto cariño la había acogido. Allí fue, precisamente, donde aplicó sus mejores virtudes en el mecenazgo de grandes artistas y autores como Ludovico Ariosto o Pietro Bembo, del que dicen se enamoró platónicamente hasta 1505, fecha en la que el poeta se marchó a Venecia. El influjo de la romana fue tan generoso y dulce que muchos quisieron componer para ella influidos por su belleza, elegancia y buen gusto. Asimismo, protegió a pintores como el célebre Ticiano, quien realizó en Ferrara algunos notables trabajos. En el terreno familiar gozó en todo momento de la inestimable complicidad de su mejor amiga y cuñada Isabel, duquesa de Mantua, con quien organizó suntuosas fiestas en las que Lucrecia lucía con orgullo magníficas joyas y bellos trajes. En esos años de regocijo tuvo múltiples partos de los que sobrevivieron cuatro hijos, cuyo cariño le sirvió para sobreponerse a la

pérdida de su primogénito Rodrigo cuando éste contaba apenas trece años de edad. Tras la desaparición del malogrado César, la duquesa de Ferrara, una vez desprovista del asfixiante yugo familiar, saboreó con gusto la libertad y, a pesar de las constantes infidelidades de su marido, se aferró a su nueva situación a fin de evitar cualquier vuelta a un pasado del que nada quería saber.

En 1517 recibió la dolorosa noticia sobre la pérdida de su hermano menor Jofré, quien viudo desde 1506 de su esposa Sancha de Aragón, se había casado con una pariente suya de la familia Milá en segundas nupcias para vivir el resto de sus días en sus posesiones napolitanas confirmadas desde España. El 23 de noviembre de 1518 falleció Vanozza Catanei, la gran matriarca del clan y verdadero amor de Rodrigo Borgia.

Finalmente, el 21 de junio de 1519 la propia Lucrecia no pudo sobrevivir a los rigores de un parto. Tenía treinta y nueve años de edad y con ella se iba el último vestigio terreno de una historia teñida de ambición, lujuria y libelos.

En 1610 los restos de Alejandro VI fueron trasladados de la basílica de Santa María de las Fiebras a la romana iglesia de Santa María de Montserrat, bajo tutela española, y allí quedaron junto a los de su tío el papa Calixto III. En 1999 la comunidad autónoma de Valencia financió la restauración de la capilla que albergaba los insignes cuerpos de los dos últimos papas españoles, cuyo apellido fue el más claro exponente de cómo se desarrolló aquel primoroso pero sangriento Renacimiento europeo. Hoy en día, la memoria de este ilustre clan valenciano se sigue recuperando en justicia de unos hechos soterrados por el clamor de una terrible leyenda negra que aún perdura en nuestra época. Hora es de reivindicar la fiel y verdadera memoria de los Borgia. Mi deseo con este libro es aportar mayor luz sobre el transitar de este linaje sometido a la inclemencia de una propaganda nefasta emitida por mentes perversas que, a buen seguro, no diferían mucho de sus enemigos en la realización de tropelías, conjuras y desmanes, pero que, en cambio, no fueron capaces de crear tanta grandeza en tan efímero espacio temporal. Los Borgia fueron modelo para todos aquellos que quisieron gobernar sus Estados de forma razonable en aquellos años en los que se abandonaba el estatus medieval en beneficio de la modernidad, impulsaron leyes vanguardistas de las que surgió bienestar para sus súbditos, consiguieron independencia para la siempre amenazada Iglesia católica, sojuzgaron a terribles y despiadados tiranos que hacían del asesinato su modus vivendi y soñaron el capítulo inicial de una Italia unida y libre de amenazas foráneas. Todo esto a costa de granjearse numerosos enemigos, los mismos que cubrieron con engaño y fantasías su digna memoria histórica. Nos corresponde a nosotros, ya libres de venenosas tramas urdidas al calor de la envidia o de la venganza, elaborar el antídoto necesario que nos permita reconocer con objetividad cómo y por qué actuaron los ancestros del pasado.

## APÉNDICE

### MIGUEL ÁNGEL Y LEONARDO AL SERVICIO DE LOS BORGIA

Durante sus once años de pontificado, Alejandro VI benefició con espléndida generosidad e intuición a diversos artistas, los cuales gracias a la protección papal pudieron embellecer los Estados Pontificios con grandes obras de imperecedero recuerdo. Ya en sus tiempos de vicescanciller vaticano, Rodrigo Borgia había demostrado su gusto exquisito por las bellas artes en la decoración portentosa de los palacios que albergaron su vida oficial y cotidiana. Pero, sin duda, en este capítulo de esplendor borgiano hay que destacar, amén de su predilecto pintor de cámara Bernardino di Betto di Biaggio —más conocido como Pinturicchio—, autor de los frescos en las estancias vaticanas que han pasado a la historia como los Apartamentos Borgia, a Miguel Ángel Buonarroti y, por supuesto, al magistral Leonardo da Vinci, aunque este último prestó sus servicios a César Borgia más en calidad de ingeniero militar que de artista. No obstante, bueno será que nos acerquemos a las vidas de estos dos titanes renacentistas con el propósito de conocer mejor el momento cultural que vivieron los Borgia.

Miguel Ángel Buonarroti destacó por ser un trabajador incansable, desaliñado y frugal, que sólo vivía para y por el arte. De gesto austero y expresión verbal abrupta, supo sin embargo innovar en conceptos tales como *la terribilita*, sin resistirse a mantener un permanente conflicto intelectual con los personajes más relevantes de su fecunda época.



Autorretrato de Miguel Ángel Buonarroti (1475-1564), uno de los mayores artistas del Renacimiento italiano. Gracias al mecenazgo de los Borgia realizó algunas de sus obras más deslumbrantes.

Nació el 6 de marzo de 1475 en Caprese, una pequeña localidad situada en el valle del río Arno y muy próxima a Florencia. Pertenece a un linaje de la baja nobleza, aunque venida a menos en lides económicas. Su padre, Ludovico Buonarroti, era oficial empleado al servicio de la poderosa familia Medici, además

de gran amante del arte clásico. Con anticipación detectó en su vástago los dones necesarios para dedicarse a las diferentes ramas creativas. De ese modo, en 1488 un adolescente Miguel Ángel se inscribió animado por su progenitor en la escuela del pintor Domenico Ghirlandaio, quien enseñó al muchacho los primeros rudimentos artísticos. Al poco, el toscano dio muestras de su innata genialidad, lo que le permitió frecuentar los palacios Medici con preferencia hacia los jardines de San Marcos, magnífico recinto en el que se albergaban esculturas clásicas de la Antigüedad que Miguel Ángel estudiaba con detenimiento. Al mismo tiempo conoció y trabó amistad con diferentes personajes que pululaban por las estancias palatinas. De esa forma, filósofos, humanistas, grandes artesanos y políticos inculcaron al joven aprendiz valores esenciales que le permitieron afrontar la existencia con una perspectiva muy distinta a la que se había trazado en origen. Son años de lectura apasionada en los que los libros de Platón, Dante o Petrarca consiguieron moldear un espíritu destinado a embellecer el mundo renacentista. La muerte de su protector Lorenzo el Magnífico le obligó a dejar su amada Florencia en busca de nuevos escenarios. Bolonia y, finalmente, Roma le acogieron con generosidad. Será precisamente en la Ciudad Eterna donde entre en 1498, precedido por su incipiente prestigio, al servicio del papa Alejandro VI, quien dará el visto bueno a los primeros trabajos en piedra del célebre artista. De ese modo Miguel Ángel comenzó gracias al mecenazgo del Borgia a bosquejar la imagen escultórica de su primera *Piedad*, un hito de las bellas artes que sería el símbolo preclaro de toda una época. Las pinturas de mocedad cedieron pues el testigo a los encargos como escultor y, sin haber cumplido veinticinco años, ya se le reconocía como uno de los más grandes maestros del momento.

En 1500 culminó, para regocijo del papa español que tanto le había ayudado, su monumental obra *La Piedad*, única pieza firmada por él y opus magnum del Renacimiento, en compañía de otras creaciones fundamentales como *Baco* o el *David*, esculpida con el propósito de ensalzar los mejores valores de la juventud florentina y que fue completada en 1504, justo en las fechas en las que Leonardo da Vinci ultimaba su *Gioconda*. Según se cuenta, la rivalidad entre estos dos florentinos que trabajaron para los Borgia fue más que notoria. Ambos fueron requeridos para ornamentar con sendos frescos las paredes del Palazzo Vecchio de Florencia. Miguel Ángel esbozó *La batalla Caseína*, mientras que Leonardo hizo lo propio con *La batalla de Anghiari*. En ningún caso la empresa prosperó y los dos genios acabaron enfrentados. En otra ocasión, el de Vinci mostró serias discrepancias a la hora de votar, como notable de Florencia, sobre la ubicación que debería tener el *David* de Miguel Ángel. Al fin se impuso la cordura y la escultura se situó en la plaza de la Señoría, frente al palacio de gobierno, en detrimento de la opinión leonardesca, que apostaba por empotrar la obra, de más de cuatro metros y medio, en un rincón, privando al público de la visión completa de tan impresionante alarde escultórico.



*La Piedad*, de Miguel Ángel Buonarroti (1500). La primera obra maestra de Miguel Ángel se realizó en Roma a instancias de Rodrigo Borgia, el papa Alejandro VI.

La aureola de Buonarroti se extendió por toda la península Itálica provocando que las peticiones se agolpasen en su taller. El megalómano pontífice Julio II, uno de los sucesores de su envidiado Alejandro VI, no permaneció ajeno al talento del florentino y le ofreció un opulento contrato por el que Miguel Ángel se comprometía a elevar el mayor mausoleo de la cristiandad, destinado al reposo final del papa. El asunto dominó por completo los sueños del escultor, el cual llegó a instalarse durante ocho meses en Carrara, lugar del que se extraían los mejores mármoles de Italia. Miguel Ángel supervisó con celo extremo la extracción y selección de los bloques más puros, si bien, una vez iniciado el trabajo, éste fue detenido por el propio Julio II al no disponer de fondos suficientes que sustentaran el proyecto, lo que motivó un tremendo enfado del artista. No obstante, en 1508 aceptó complacido uno de sus trabajos más bellos e inmortales: la realización de los frescos protagonistas de la Capilla Sixtina. Fueron cuatro años de entrega entusiasta en los que Miguel Ángel plasmó los aciertos de su mente prodigiosa. Trabajó en posiciones físicas extremas que estuvieron a punto de privarle, no sólo de la salud, sino de la vida. Pero, como el resultado demostró, el esfuerzo mereció la pena y gracias a ello los principales episodios del Génesis bíblico pasaron con honrosa dignidad a protagonizar uno de los momentos sublimes del arte universal. Aún más cuando en años posteriores se finalizó el fresco del *Juicio final* que decora la pared del altar mayor. En 1515 retomó la vieja idea de Julio II, rescatando las figuras más importantes del inicial conjunto monumental como el *Esclavo moribundo* y el *Esclavo rebelde* o el majestuoso *Moisés* que domina la obra.

En el capítulo personal, Miguel Ángel nunca quiso casarse, sin embargo sabemos que mantuvo un profundo afecto sentimental por Tommaso de Cavalieri, así como por una madura poetisa llamada Vittoria Colonna. Y a pesar de su hosquedad y su carácter agrio, siempre fue dulce y atento con su familia, amigos y discípulos. Sin duda, su faceta cultural menos conocida fue la de poeta y, en ese sentido, cabe mencionar que nos dejó más de trescientas composiciones bastante

apreciables y muy entregadas al amor más elevado y místico. En su etapa de madurez Miguel Ángel fue abandonado paulatinamente la escultura para dedicarse a la arquitectura e incluso a la política, llegando a ostentar algún cargo relevante en Florencia. En cuanto a la construcción, no pasa desapercibida la Biblioteca Laurenciana, una de sus obras más celebradas.

A pesar del sufrimiento y dolor acarreados en la elaboración de sus prodigios artísticos, Miguel Ángel Buonarroti consiguió vivir casi noventa años. Falleció en Roma el 18 de febrero de 1564, siendo enterrado en la iglesia de la Santa Croce.

Fue uno de los mayores agitadores culturales de toda la historia, rompiendo las barreras de la estética mientras liberaba cuerpos adormecidos en el interior de inmensos bloques de mármol. Un maestro con mayúsculas que supo engarzar mejor que nadie el mundo clásico con el renacentista, dando rienda suelta a nuevos conceptos creativos sin reparar en lo impuesto hasta entonces. Es por ello que su figura admite escasas comparaciones. Acaso uno de los pocos que se le pudo medir en buena lid, y aun superar en algunos aspectos de la creación artística, fue el inmenso Leonardo da Vinci, quien también trabajó al amparo de los Borgia sirviendo a César mientras éste expandía su poder por el centro de Italia.

Leonardo da Vinci es uno de esos ejemplos admirables que nos reconcilian con la humanidad. Su mente prodigiosa cabalgó por territorios ignotos para el conocimiento y, sin duda, fue un adelantado en uno de los momentos más brillantes de toda la historia humana. El Renacimiento iluminó la penumbra dejada por el Medievo, y uno de los faros que propiciaron esa luminosidad fue este ilustre florentino, quien se convirtió sin pretenderlo en el puente necesario que uniera dos orillas como eran el Quattrocento y el Cinquecento. Con Leonardo nació el artista intelectual. Hasta entonces, pintores, orfebres o escultores no se podían considerar pertenecientes a una élite integrada exclusivamente por filósofos y escritores. Su aparición decisiva logró que las dos familias se fundieran en una sola para iniciar un camino artístico común. Cuando alguien le preguntaba por el oficio en el que se encontraba más cómodo, siempre obtenía idéntica respuesta: «Por encima de todo me considero inventor». Nadie puede discutir que no inventara; es cierto que nunca llegó a ver sus invenciones convertidas en realidad, pero su imaginación desbordante traspasó todas las fronteras conocidas.



Autorretrato de Leonardo da Vinci (1512). Junto con Miguel Ángel fue uno de los mayores artistas del Renacimiento italiano y, como en su caso, también trabajó bajo el mecenazgo de los Borgia.

Aquel explorador del saber en sus sesenta y siete años de vida fue capaz de acopiar tal cúmulo de conocimientos que todavía hoy sigue sorprendiendo a propios y extraños. Ninguna disciplina se escapó a su desmedida curiosidad: pintura, ingeniería, medicina, botánica, alquimia, sin olvidarnos de la gastronomía, diseño textil, protocolo...

Buena parte de lo que aprendió y algo de lo que imaginó quedó plasmado en sus famosos cuadernos, pequeñas obras maestras donde Leonardo nos habló de su experiencia vital. Doscientos dieciocho códices con un total de siete mil páginas, ése es el legado escrito que dejó para la posteridad. Seguro es que tenía mucho más que ofrecer, aunque el miedo a su época y a unos coetáneos temerosos de lo intangible provocó que no sólo no escribiera más, sino que los textos fueran codificados para patrimonio de mentes lúcidas y no otras.

Leonardo vino al mundo el 15 de abril de 1452. El lugar de nacimiento lo encontramos en un viejo caserío situado en las inmediaciones de Vinci, una pequeña localidad toscana a unos treinta kilómetros de la esplendorosa Florencia. Era hijo bastardo del notario Piero da Vinci, hombre que no tuvo mucha suerte a la hora de tener vástagos legítimos, ya que, de sus cuatro esposas, sólo pudo obtener un primogénito oficial (Antonio) en su tercer matrimonio, y eso ocurrió en 1475. Sobre su madre se sabe muy poco; al menos, que su nombre era Caterina y que fue una campesina de Vinci, quien tras ceder a Piero el fruto de su amor ocasional se casó con un humilde hornero de la zona para perderse después en la polvareda de la historia anónima. Leonardo soportó francamente mal la ausencia materna y esto al parecer influyó notablemente en su actitud ante las circunstancias vitales. El niño, a pesar de no estar inscrito en la legalidad vigente, estuvo bien considerado por la familia paterna, sobre todo por su tío Francesco y por su abuelo Antonio, que también pertenecía al gremio notarial, formando parte de la pequeña burguesía toscana. Piero era claramente pródigo en amoríos

carneles, y el resultado de tanto ayuntamiento fue de doce hijos, diez de los cuales eran niños.

El joven Leonardo fue creciendo dentro de un ambiente cultural algún punto superior a la media de aquel entonces. Era un muchacho fuerte y sano, siendo de rostro bastante agraciado. Con diecisiete años de edad abandonó su lugar natal para trasladarse a Florencia, donde se inscribió como aprendiz en el taller del célebre artista Andrea Verrocchio, quien regentaba un taller artesano donde se daba cita una cohorte de personajes ávidos de aprender todo lo relacionado con la artesanía: pintura, escultura, música. El taller era bullicioso como la ciudad que lo contenía, y por sus estancias se movían libremente aprendices, recaderos, cocineros o ayudantes del señor principal. Fue ahí donde el flamante discípulo obtuvo la lumbre inspiradora para encender la hoguera de su gran talento multidisciplinar. La belleza del muchacho, junto con su habilidad para el dibujo, facilitaron las cosas que permitieron su incorporación definitiva al servicio del maestro florentino. Los primeros rastros sobre la participación de Leonardo en aquella aula del arte los encontramos en sus más que seguros posados como modelo en diferentes obras de escultura y pintura. Por ejemplo, los más notables exegetas leonardescos coinciden al afirmar que una de las obras más famosas de Verrocchio —su *David* de bronce— se basó en el bien proporcionado cuerpo del de Vinci. También podemos intuir a Leonardo en el cuadro *Tobías y tres arcángeles*, donde aparecería encarnando la figura del arcángel san Miguel, quien en compañía de san Rafael y san Gabriel iría escoltando al recordado personaje bíblico.

Durante los años que permaneció al lado de Verrocchio, el joven no sólo desarrolló sus dotes como pintor, sino que también empezó a interesarse por otras materias, tales como música, matemáticas o gastronomía. En 1476 tuvo lugar un hecho que no podemos obviar, pues Leonardo fue acusado junto a otros tres compañeros de haber abusado sexualmente de un modelo adolescente que posaba para ellos. La misteriosa delación se produjo de forma anónima mediante un papel depositado en el cajón que los Medici —clan gobernante de Florencia— tenían habilitado para que los florentinos dejaran allí todas las cuestiones que les preocuparan (sugerencias, imputaciones, petición de juicios). La sodomía en aquel tiempo no estaba tan mal vista como algún siglo después y eso provocó que Leonardo y sus amigos salieran impunes de aquel episodio poco honroso.

El año 1478 marca el arranque profesional de un Leonardo da Vinci cada vez más obsesionado por indagar en la naturaleza del ser humano y su entorno. En ese tiempo comenzó a descollar de tal manera que no tardó en recibir los primeros encargos provenientes de la Iglesia y nobleza florentinas. De igual modo inició las anotaciones en sus increíbles cuadernos sobre todos los factores estimulantes para su intelecto. Nada escapaba a la visión vanguardista e innovadora de un Leonardo viandante por los caminos de una creatividad sin límites. A pesar de su genialidad innata, no estaba desprovisto de influencias y, en ese sentido, debemos apuntar la inspiración que supusieron para él su maestro Verrocchio, Lorenzo di Credi, Pollaiolo o el joven Botticelli. Leonardo se sumergió en un mundo imaginativo donde la soledad se convirtió en fiel compañera durante sus largos paseos por los campos circundantes de Florencia. En estos trasiegos al abrigo de la naturaleza, mil ideas se agolpaban en su mente creativa, siendo muy

complicado darles paso una a una de forma organizada. En aquel tiempo predominaba en la Toscana la guerra como asunto de conversación, y Leonardo se involucró en diferentes tertulias de las que extrajo argumentos para bosquejar los primeros rasgos de sus artilugios militares.

Mientras tanto, los monjes florentinos de San Donato en Scopeto le ofrecen la posibilidad de pintar un cuadro donde se represente la adoración de los Magos. Antes había abandonado su obra *San Jerónimo*, cuadro que de haberse terminado hubiese supuesto una pequeña revolución en el Quattrocento. Aun así, *La Adoración de los Magos* —por supuesto también inacabada— supone la primera gran obra reconocida para Leonardo da Vinci.

Corría el año de 1481 cuando sintió que Florencia se le había quedado pequeña, imponiéndose el reto de buscar nuevas aventuras para su alma extravagante y bohemia. Con treinta años cumplidos, Leonardo da Vinci abandonó Florencia rumbo a Milán para iniciar la que han considerado sus estudiosos como la etapa más fecunda y feliz del genio. En la ciudad lombarda permaneció diecisiete años, siempre al servicio de la casa Sforza, cuyo jefe principal era Ludovico, llamado *el Moro* por su tez oscura. Quizás las intenciones refinadas y aperturistas de la corte milanesa favorecieron el desarrollo humano y creativo del recién llegado maestro florentino, el cual disfrutaba sin tapujos de cuantos trabajos le iban encomendando. Una de sus misiones fundamentales era la de crear escenarios de placer para la ciudad. Así, un divertido Leonardo se transformó, por méritos propios, en maestro de ceremonias vistosas y espectaculares: organizando eventos, diseñando moda, escribiendo cuadernos de protocolo y humor para amenizar ensoñadoras veladas. La verdad es que la corte milanesa se rindió ante tan singular ingenio. Empero, no sólo de algarabía y lujo se nutrió el talento del de Vinci, pues en estos años la colorista Milán de los Sforza ofreció a Leonardo momentos de inspiración sublime que él se encargaría de transformar en brillantes ejecuciones pictóricas. Como por ejemplo su primera versión de *La Virgen de las rocas*, donde destacaba la extremada delicadeza de los efectos atmosféricos; *Dama con armiño*, una de sus pinturas más elogiadas; el cartón con *Santa Ana, la Virgen, el Niño y san Juan* y, cómo no, una de las obras magnas del Renacimiento, nos referimos a *La Última Cena*, trabajo que fue realizado para el convento de Santa Maria delle Grazie, y motivo de controversia en el famosísimo libro *El código Da Vinci*, al suponer el autor que el rostro de Juan —el apóstol amado— no pertenece a éste, sino a María Magdalena.

A las creaciones pictóricas hay que añadir las de ingeniería y arquitectura. En este tiempo, participa en la construcción de numerosos edificios que marcarán decididamente el alto Renacimiento italiano. Leonardo intuyó como pocos la utilidad del agua como vehículo de vida, diseñando diversas e importantes obras hidráulicas tendentes a mejorar la situación urbanística de Milán. Asimismo, dibujó bocetos donde se podían ver invenciones militares tan asombrosas que nadie especuló con la posibilidad de hacerlas realidad. Leonardo siguió escribiendo en sus cuadernos sobre otras cuestiones como matemáticas, geometría, botánica o anatomía. En este sentido, consiguió permiso para intervenir y diseccionar más de treinta cadáveres —casi todos de reos ajusticiados—, en los que investigaba con pasión músculos, tendones y vísceras, deteniéndose en los pormenores del ojo humano. Estos estudios del cuerpo le fueron muy útiles a la hora de seguir

ahondando en su búsqueda incesante del alma.

Su febril actividad consiguió el milagro de que su día tuviese veinticinco horas: por la mañana pintor o arquitecto, durante la tarde ingeniero o botánico, la noche la llenaba de fiestas y placeres, dejando la madrugada a la práctica forense. Claro está que, en cualquier momento de la jornada, podía llegar la inspiración, y entonces soltaba todo para entregarse por completo a la meditación, único alimento que recibía la mente más lúcida y privilegiada del gran Renacimiento italiano. Quién sabe si entre tanta trascendencia pudo entresacar algún minuto para el amor terrenal. Seguramente sí, pues a su lado estaba Atalante, un guapo mozo diez años menor que él y uno de los primeros cantantes de pastoriles italianas. Según los exegetas leonardescos, este gentil muchacho fue el gran amor de su vida.

En cuanto al capítulo de sus prodigiosas invenciones debemos resaltar varias, pero obligado es empezar por la que alcanzó mayor notoriedad: hablamos del famoso «carro blindado de combate», vehículo accionado mediante manivelas que utilizaban como fuerza motriz los músculos del conductor y cuya defensa consistía en una coraza cónica. Tan novedosos como adelantados resultaron sus diseños sobre naves acorazadas, submarinos o trajes de buzo. No debemos olvidar en estas líneas de guerra leonardescas fusiles repetidores, ametralladoras, bombas fragmentarias, armas químicas, máscaras antigás o un sorprendente modelo de helicóptero. Nada escapó a la intuición del visionario, convirtiéndose en vanguardia pensadora de lo que llegaría, por desgracia, siglos más tarde. En mecánica e ingeniería, sobresalen sus máquinas destinadas a la construcción y mejoramiento de ciudades y cauces fluviales. El mejor ejemplo lo constituye una grúa móvil muy parecida en concepción a las que hoy se utilizan en cualquier obra. También destacan sus apuntes sobre la creación de un primigenio buque de dragado o excavadora flotante que podría ser empleada para facilitar el tránsito naval por los ríos. Leonardo pensó también en ciudades futuristas con varios niveles por donde discurrirían separados peatones y carruajes. En esa urbe imaginaria existiría una compleja pero perfectamente vertebrada instalación de calefacción central.

Igual de interesantes resultan sus estudios sobre aerodinámica. Las indagaciones efectuadas sobre el vuelo de las aves darán como resultado ornitópteros, aparatos voladores para un solo ocupante movidos por la fuerza muscular de las piernas y donde se podía ver un primigenio timón direccional. Por si fuera poco, en 1510 inventó un molino de aire caliente, basado en el principio de la rueda de palas y en el aprovechamiento del calor residual. El mismo sistema será utilizado en otro de sus artilugios, haciendo que el motor sea propulsado por agua, convirtiéndose así en precedente de los medidores de caudal utilizados posteriormente.

En 1502 regresó a su querida pero muy cambiada Florencia, donde ofreció sus servicios como ingeniero militar a César Borgia, quien por entonces dirigía su nueva campaña de expansión por la región de la Romaña amenazando con sus tropas la Toscana. El duque Valentino encarnaba, sin discusión, la figura prototípica del hombre renacentista y pronto surgió entre ellos una simpatía mutua que facilitó la contratación del maestro florentino, el cual incrementó su lista de oficios realizando numerosos trabajos para la casa Borgia, como topógrafo de campo y revisor de las diferentes fortificaciones militares que los Estados Pontificios mantenían en el centro de la península Itálica. En este tiempo Leonardo recorre la

geografía romana anotando sus impresiones en un cuaderno conocido posteriormente como *Código L*. En sus páginas quedaron reflejados los apuntes sobre la ingeniería y arquitectura necesarias para reformar las obsoletas plazas defensivas de las ciudades y castillos aún anclados en la época medieval. De ese modo, y de forma cronológica, el flamante ingeniero general de los Borgia visitó las ciudades de Rímini, Cesena, Faenza e Imola. Más tarde haría lo propio en Piombino o la isla de Elba, donde dio indicaciones precisas para mejorar las infraestructuras ya existentes.

Al fin se produjo, según algunos investigadores, uno de los encuentros más celebrados del Renacimiento cuando coincidieron en la ciudad de Urbino Leonardo da Vinci, César Borgia y Nicolás Maquiavelo, tres grandes figuras históricas que marcaron una época. Maquiavelo era embajador de Florencia y, al igual que su paisano, no tardó en trabar amistad con el Valentino, del que hizo modelo en su futuro ideario político plasmado en las hojas de *El príncipe*, texto universal cuyo séptimo capítulo estaba dedicado íntegramente al Borgia más deslumbrante; el cual, como ya sabemos, perdió toda su influencia tras la muerte de su padre, el papa Alejandro VI.

Este pésimo acontecimiento dejó sin trabajo a Leonardo, quien regresó en 1503 a Florencia, plaza que se hallaba por entonces en medio de una guerra con la vecina ciudad de Pisa. El de Vinci colaboró a favor de sus paisanos, intentando desviar el cauce del río Arno con el fin de menguar la resistencia pisana, pero la operación resultó un fracaso, si bien no desacreditó al ilustre florentino, muy empeñado en algunas pinturas que le servirían de pasaporte para su incorporación definitiva a la galería de los principales creadores universales. Una de esas obras fue la inacabada *Batalla de Anghiari*, donde se refleja la victoria de Florencia sobre Pisa.

Pero, sin duda, la más celebrada es *La Gioconda*, considerada el retrato más famoso del mundo. En esta obra sin igual resplandece el *sfumato*, su gran recurso técnico con el que consiguió la difuminación de paisajes y contornos. *La Gioconda* supuso una de las culminaciones apoteósicas del Renacimiento, donde el maestro volcó toda su ambición y sabiduría, obteniendo el resultado que hoy todos podemos contemplar en el Museo del Louvre de París. Los investigadores deducen que la modelo fue Lisa Gherardini, una joven de sonrisa etrusca que a sus veinticuatro años estaba casada con un mercader llamado Francesco Bartolomeo del Giocondo. En principio, la obra no debía de ser más que un encargo de los que habitualmente la burguesía solicitaba a los artistas, pero Leonardo quedó prendado por la belleza de Lisa, iniciando una ilusionada actividad que se prolongaría casi cuatro años hasta conseguir la perfecta simbiosis de figura y naturaleza. Tras el acabado de la obra en 1506, llegarían otras, pero ninguna pintada antes o después tuvo el calado popular de ésta. A la muerte de Leonardo, quiso la Providencia que su último protector, el rey francés Francisco I, se hiciera con la propiedad del cuadro por la módica suma de 12.000 francos.

Tras una estancia en Milán, Leonardo llegó en 1514a Roma, donde coincidió con Miguel Ángel y Rafael, bajo los auspicios del papa León X. Sin embargo, las discrepancias entre los tres genios provocaron la marcha del florentino al reino de Francia, donde su monarca Francisco I —admirador profundo del italiano— le ofrece un mecenazgo consistente en alojamiento, renta y, lo principal, libertad de acción para que el sabio pudiese desenvolverse a sus anchas.

Era momento para buscar nuevos paisajes, y los encontró en la región de Turena. Allí el rey le cedió un pequeño castillo palaciego en Cloux, muy cerca de Amboise, donde desarrollaría sus actividades postreras rodeado por sus discípulos, además de una pequeña servidumbre. Leonardo se instaló confortablemente, llenando las estancias del *château* con los recuerdos de su azarosa vida y, por supuesto, con sus cuadros favoritos. La asignación económica de 1.000 ducados anuales le permitió vivir holgadamente sus últimos años. El monarca galo, lejos de agobiarle con peticiones, sólo buscó en él la conversación del filósofo, del humanista. En definitiva, del hombre ilustrado que persigue afanosamente la eternidad. ¿Quién sabe si a través de la magia o la alquimia? Por desgracia la enfermedad se adueñó de su cuerpo avejentado, estremeciéndose al comprobar como la parálisis invadía su brazo derecho y, aunque era zurdo, jamás volvió a pintar.

En 1519, con sesenta y siete años recién cumplidos, el paradigma del Renacimiento se sintió morir. El 23 de abril de ese mismo año ordenó la confección de sus últimas voluntades, por las que cedía sus posesiones materiales a sus discípulos más aventajados, destacando entre ellos Francesco de Melzi, quien se convertirá en su principal heredero. Finalmente, el 2 de mayo de 1519 el genio visionario más grande de todos los tiempos pasaba a formar parte de la inmortalidad más gozosa. Su cuerpo mortal fue sepultado en la capilla de San Florentino en Amboise, sitio poco apropiado para albergar restos tan principales. El olvido y la ruina posterior hicieron que la tumba casi se perdiera. En 1874 los supuestos huesos del de Vinci fueron enterrados por el conde de París en la capilla de Saint-Hubert, donde reposan actualmente.

Así vivió y murió el talento más adelantado. El primero que entendió la intelectualidad del arte. El genio que, sin duda alguna, supo ver siempre más allá de cualquier situación establecida. Y, al margen de sus enfrentamientos íntimos, fue junto a Miguel Ángel Buonarroti el mejor ejemplo de *homo universalis*. Ambos fueron mentes privilegiadas que los Borgia supieron entender y valorar. No es mal dato a favor de esta ilustre familia valenciana, tan digna de una época única e irrepetible.

# CRONOLOGÍA

- 1431 Julio. Nacimiento de Rodrigo Borja en Játiva (Valencia).
- 1438 El pequeño Rodrigo se incorpora a su nueva vida en el seno de la Iglesia bajo la tutela de su tío Alfonso.
- 1447 El joven recibe una bula del papa donde se le conceden altos oficios y dignidades eclesiásticas.
- 1449 Rodrigo y su hermano Pedro Luis se instalan en Roma, donde ya vive su tío Alfonso convertido en cardenal.
- 1453 Rodrigo realiza estudios de Derecho Canónico en la Universidad de Bolonia.
- 1455 Alfonso Borja es elegido papa, bajo el nombre de Calixto III. Rodrigo es designado por su tío protonotario apostólico, poniéndose al frente del decanato de Játiva.
- 1456 Rodrigo es elevado al cardenalato y se licencia en Derecho Canónico.
- 1457 Rodrigo ocupa el puesto de vicescanciller vaticano, lo que significa ser el segundo en importancia tras el propio papa.
- 1458 Muerte de Calixto III. Rodrigo seguirá ejerciendo de vicescanciller junto al nuevo papa Pío II.
- 1458 - 1463 Impreciso nacimiento de Pedro Luis Borgia, considerado su primer hijo.
- 1459 Rodrigo conoce a Vanozza Catanei, quien será el gran amor de su vida y madre oficial de cuatro de sus hijos: César, Juan, Lucrecia y Jofré.
- 1464 Muerte del papa Pío II, le sucede Pablo II. Rodrigo es confirmado en su cargo.
- 1471 Muere el papa Pablo II, siendo sucedido por Sixto IV, quien vuelve a confiar a Rodrigo la vicescancillería vaticana.
- 1472 Viaje decisivo de Rodrigo a España, donde entre otras cosas legaliza el matrimonio entre los reyes Isabel y Fernando y visita su Játiva natal.
- 1474 Probable nacimiento de su hijo Juan Borgia.
- 1475 Nace su segundo filogenético, César.
- 1480 Nace su hija Lucrecia Borgia.
- 1481 Nacimiento de Jofré.
- 1484 Muerte del papa Sixto IV, siendo sucedido por Inocencio VIII. Rodrigo Borgia afianza su poder en el Vaticano.
- 1485 Pedro Luis Borgia, primogénito de Rodrigo, obtiene el ducado de Gandía con poco más de veinte años de edad.
- 1486 Adriana de Milá se encarga de educar a César y Lucrecia, mientras Juan permanece en España y Jofré se queda con su madre.
- 1489 Rodrigo se enamora de la joven Giulia Farnese, con quien mantendrá una prolongada relación sentimental.
- 1488-1491 Misteriosa muerte de Pedro Luis Borgia, el primer duque de Gandía. Su título nobiliario y su compromiso matrimonial con María Enríquez serán asumidos por su hermanastro Juan.
- 1491 Primera boda por poderes de Lucrecia Borgia. El matrimonio será disuelto al poco sin que los cónyuges lleguen a conocerse jamás.
- 1492 Julio. Muerte del papa Inocencio VIII.  
Agosto. Rodrigo Borgia es elegido papa bajo el nombre de Alejandro VI.

Comienza el nepotismo borgiano con la designación de varios familiares en cargos relevantes: César es nombrado arzobispo de Valencia.

Mayo. Alejandro VI reconoce a España sus derechos sobre América.

Junio. Lucrecia Borgia se casa con Giovanni Sforza. Agosto. Compromiso oficial de Jofré Borgia y Sancha de Aragón. Ese mismo mes se casa Juan Borgia con María Enríquez.

Septiembre. César Borgia alcanza el cardenalato.

1494 Mayo. Boda de Jofré Borgia y Sancha de Aragón en Nápoles.

Septiembre. Invasión francesa de Italia. El papado y Nápoles se preparan para la resistencia. Noviembre. La población florentina se subleva bajo el mando del fraile Girolamo de Savonarola.

1495 Enero. El rey francés Carlos VIII entra con sus tropas en Roma. Alejandro VI se queda solo, pero consigue negociar con el monarca galo.

Febrero. Los franceses ocupan Nápoles.

Abril. El papa promueve una Liga Santa internacional contra Francia.

Mayo. El ejército francés se retira de Nápoles.

Agosto. El papa recobra su fortaleza política y amenaza a Carlos VIII con la excomunión en caso de insistir en sus pretensiones italianas.

Diciembre. Savonarola desafía al papa proclamando a Jesucristo *rey* de Florencia.

1496 Enero. Alejandro VI concede a los monarcas hispanos Isabel y Fernando el título de *reyes católicos*.

Agosto. Juan Borgia regresa a Italia para asumir la capitanía general de los ejércitos vaticanos. Octubre. Guerra del papado contra las familias rivales.

1497 Enero. Las tropas pontificias dirigidas por Juan Borgia son derrotadas por el ejército de los Orsini en la batalla de Soriano.

Febrero. Firma de la paz entre el Vaticano y los Orsini. Ese mismo mes los seguidores de Savonarola organizan un monumental auto de fe conocido como *la hoguera de las vanidades*.

Mayo. Savonarola es excomulgado por el papa. Junio. Lucrecia Borgia se refugia en el convento de San Sixto mientras espera la disolución del matrimonio con Giovanni Sforza. El 14 de ese mismo mes Juan Borgia es asesinado en extrañas circunstancias. Julio. Alejandro VI suspende la investigación sobre el asesinato de su hijo mientras que César, máximo sospechoso del homicidio, viaja a Nápoles para asistir a la proclamación del rey Federico. Allí contraerá el mal francés o sífilis, enfermedad cuyos estragos físicos harán que enmascare su rostro el resto de su vida. Noviembre. Giovanni Sforza reconoce no haber consumado el matrimonio con Lucrecia Borgia. Diciembre. Anulación oficial del matrimonio entre Giovanni y Lucrecia. El Sforza lanza sobre el papa una acusación de incesto con su hija. En dicho mes Alejandro VI sugiere que su hijo César pueda asumir el puesto de gonfalonero vaticano.

1498 Febrero. Savonarola excomulga por su cuenta al papa. Marzo. Nace Juan, el misterioso Infante Romano, supuesto hijo de César con una desconocida.

Abril. Savonarola es detenido, torturado y juzgado. Mayo. Ejecución mediante horca y hoguera de Savonarola. Julio. Tercera boda de Lucrecia con el napolitano Alfonso de Bisceglie, hermano de su cuñada Sancha.

- Agosto. César recibe consentimiento para abandonar sus hábitos de cardenal.
- Octubre. César viaja a Francia para cumplir los acuerdos del papado con el nuevo rey gallo Luis XII. Allí recibirá el ducado de Valentinois.
- 1499 Mayo. César Borgia se casa con Carlota d Albret, hermana del rey Juan de Navarra.
- Julio. El duque Valentino regresa a Italia acompañando a Luis XII. Nunca volverá a ver a su mujer, que ha quedado encinta.
- Agosto. Lucrecia, embarazada, recibe las gobernaciones de Spoleto y Foligno.
- Octubre. Alejandro VI declara la guerra a los señores desafectos de la Romaña.
- Noviembre. Nace Rodrigo, el primogénito de Lucrecia. Ese mismo mes César dirige una campaña victoriosa por la Romaña.
- 1500 Febrero. Regreso triunfal de César Borgia a Roma tras sus éxitos militares en la Romaña.
- Mayo. Nace Luisa, primogénita oficial de César Borgia, a quien nunca conocerá.
- Agosto. Alfonso de Bisceglie muere tras sufrir un misterioso atentado.
- Octubre. Nueva campaña pontificia en la Romaña. Noviembre. Acuerdo secreto entre Francia y España para el reparto de Nápoles.
- 1501 Febrero. Se inician las negociaciones para la cuarta boda de Lucrecia. En esta ocasión el candidato es Alfonso d'Este, hijo del duque Ercole de Ferrara. Mayo. César Borgia domina Romaña, las Marcas y Umbría. En ese tiempo Leonardo da Vinci es contratado por los Borgia como ingeniero militar. Junio. Los franceses vuelven a Italia y César se incorpora a las tropas galas para marchar rumbo a Nápoles.
- Agosto. Lucrecia se hace cargo del gobierno vaticano durante un viaje de Alejandro VI.
- Octubre. El papado expropia las posesiones de las familias Colonna, Savelli y demás aliados de Nápoles. Estos bienes serán distribuidos entre los nietos varones del papa.
- Noviembre. Aparece el más famoso libelo contra los Borgia, la *Carta a Silvio Savelli*. La leyenda negra antiborgiana se dispara.
- Diciembre. Lucrecia se casa por poderes con Alfonso d'Este en el Vaticano.
- 1502 Enero. Lucrecia viaja a Ferrara sin que vuelva a ver jamás a su padre.
- Junio. Tercera campaña del ejército pontificio. Las tropas de duque Valentino toman Urbino. Nace la amistad entre Maquiavelo y César Borgia.
- Julio. Pacto entre el papado y Francia contra la presencia española en Nápoles.
- Octubre. Los capitanes del ejército pontificio se conjuran contra su comandante en la conocida como conspiración de Maglione.
- Noviembre. Fin de la revuelta. Los rebeldes acatan la supremacía Borgia.
- Diciembre. Ejecución de Ramiro de Lorca, gobernador de Cesena, por traicionar a los Borgia en un nuevo intento de sedición desbaratado por César en la ciudad de Sinigaglia.
- 1503 Enero. Los Orsini son represaliados de forma implacable por los Borgia al ser cabecillas de la conjura contra el papa y su hijo.

Abril. Los Borgia se quedan sin enemigos y viven una etapa de esplendor con una magnífica administración de la Romaña. Algunos intuyen el establecimiento de un reino independiente en cuyo trono se sentará César Borgia. Ese mismo mes, victoria española en Ceriñola contra los franceses. El papa busca de forma infructuosa una alianza con Venecia que distancie a Italia de las potencias extranjeras.

Julio. Último consistorio presidido por Alejandro VI. Agosto. El papa y su hijo César acuden el 5 de ese mes invitados a una cena en casa del flamante cardenal Adriano de Corneto, de la que saldrán envenenados o víctimas de una extraña enfermedad. El día 11 Alejandro VI celebra su undécimo aniversario en el trono de Pedro con evidentes signos de malestar. El 18 morirá tras haber sufrido una terrible agonía. Por su parte, César supera, no sin apuros, sus dolencias, aunque con su poder debilitado por el fallecimiento de su progenitor.

1504 César Borgia es detenido por orden del nuevo papa Julio II, quien le recluye en prisión de la que el Valentino escapará para huir a Nápoles, donde el Gran Capitán le apresa tras recibir las indicaciones de Fernando II de Aragón. Una vez en España, César Borgia pasará por la cárcel de Chinchilla y la fortaleza de Medina del Campo.

1506 César escapa de Medina del Campo para ser acogido en el reino de Navarra. Ese mismo año morirá Sancha de Aragón.

1507 César Borgia fallece combatiendo en el sitio de Viana (Navarra).

1517 Fallece Jofré Borgia.

1518 Muerte de Vanozza Catanei.

1519 Lucrecia Borgia muere debido a los rigores de un parto.

## BIBLIOGRAFIA

- BARBERÁ, Carmen, *Yo, Lucrecia Borgia*, Planeta, Barcelona, 1989.
- BRADFORD, Sarah, *Lucrecia Borgia. Una mujer extraordinaria en un mundo de conspiraciones*, Planeta, Barcelona, 2005.
- BURKE, Peter, *El Renacimiento italiano: cultura y sociedad en Italia*, Alianza, Madrid, 2001.
- CEBRIÁN, Juan Antonio, *Pasajes de la historia*, Corona Borealis, Madrid, 2001.
- CEBRIÁN, Juan Antonio, *La aventura de los conquistadores*, Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
- CLOULAS, Iván, *Los Borgia, fama e infamia en el Renacimiento*, Vergara, Barcelona, 2003.
- CHASTEL, André y MORÁN GARCÍA, Irene, *El Renacimiento italiano: 1460-1500*, Akal, Madrid, 2005.
- CHASTENET, Geneviève, *Lucrecia Borgia, ángel o demonio*, Vergara, Barcelona, 2004.
- CHAUVEL, Geneviève, *Lucrecia Borgia, la hija del papa*, Edhasa, Barcelona, 2002.
- FAUNCE, John, *Lucrecia Borgia*, Planeta, Barcelona, 2004.
- FERRARA, Orestes, *El papa Borgia*, La Nave, Madrid, 1943.
- GALÁN, LOLA Y DEUS CATALÁN, José, *El papa Borgia. Un inédito Alejandro VI liberado al fin de la leyenda negra*, Santillana, Madrid, 2005.
- GARCÍA VILLOSLADA, Ricardo y LLORCA, Bernardino, *Historia de la Iglesia III: Edad Nueva: La Iglesia de la época del Renacimiento y de la reforma católica (1303-1648)*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1998.
- GERVASO, Roberto, *Los Borgia: Alejandro VI, el Valentino, Lucrecia*, Península, Barcelona, 1996.
- GROMLING, Alexandra, *Miguel Angel Buonarroti: vida y obra*, Konemann, Colonia, 2000.
- MAQUIAVELO, Nicolás, *El príncipe*, Tecnos, Madrid, 1988.
- MIRA, Joan Francesc, *Los Borja. Familia y mito*, Bromera, Barcelona, 2001.
- PUZO, Mario, *Los Borgia. La primera gran familia del crimen*, Planeta, Barcelona, 2002.
- ROBICHON, Jacques, *Los Borgia. La trinidad maldita*, Edaf, Madrid, 2001.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *O César o nada*, Planeta, Barcelona, 1999.

\* \* \*

*Primera edición en esta presentación: junio de 2010*

© *Ensueño Films, S. L. Licenciado por Antena 3 de Televisión, S. A.*

© *Herederos de Juan Antonio Cebrián, 2006*

© *Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2010*

*ISBN: 978-84-8460-880-6*

*Depósito legal: B. 22.680-2010*

*Ediciones anteriores en otra presentación:*

*Primera edición: septiembre de 2006*

*Tercera impresión: noviembre de 2006*

*Escaneado por Cnmcleod*

